

A vibrant tropical floral illustration on a teal background. The scene is filled with various plants: a large green monstera leaf in the top left, a bird of paradise flower in the top right, a cluster of red buds in the bottom center, and another bird of paradise flower in the bottom right. The text is overlaid on this scene.

*Las  
mentiras  
de  
Amalia*

*Putu Cordura*

*Las mentiras de  
Amalia*



**PUTA CORDURA**

©Derechos de edición reservados

©2020 Puta Cordura

Título: Las mentiras de Amalia

Imagen de portada: Adobe Stock

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. La editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas. «Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970 / 932720447)»

## ÍNDICE

### DEDICATORIA

CAPÍTULO 1 ♡♡ *Sin oportunidad no hay error*

CAPÍTULO 2 ♡♡ *Remedios caseros contra la resaca*

CAPÍTULO 3 ♡♡ *Una tarrina de chocolate*

CAPÍTULO 4 ♡♡ *Más bien todo lo contrario*

CAPÍTULO 5 ♡♡ *La conciencia también pesa*

CAPÍTULO 6 ♡♡ *Uno rapidito*

CAPÍTULO 7 ♡♡ *Fantasías sexuales*

CAPÍTULO 8 ♡♡ *¿Un tinto de verano? ¡Mejor dos botellas!*

CAPÍTULO 9 ♡♡ *La peor de las malas ideas*

CAPÍTULO 10 ♡♡ *Las damiselas en apuros son caprichosas*

CAPÍTULO 11 ♡♡ *Un regreso inesperado*

CAPÍTULO 12 ♡♡ *Granizado de limón*

CAPÍTULO 13 ♡♡ *Un hada juguetona*

CAPÍTULO 14 ♡♡ *Concierto desde el ático*

CAPÍTULO 15 ♡♡ *Joder con Campanilla*

CAPÍTULO 16 ♡♡ *Memorias de África y pizza congelada*

CAPÍTULO 17 ♡♡ *Que no debiera hacerlo no significa que me arrepienta*

CAPÍTULO 18 ♡♡ *Una nueva técnica de castración*

CAPÍTULO 19 ♡♡ *¿Cómo dices que me mira?*

CAPÍTULO 20 ♡♡ *La vieja de la mirilla*

CAPÍTULO 21 ♡♡ *La hora perfecta para montar un buen pollo*

CAPÍTULO 22 ♡♡ *Niñata engreída*

CAPÍTULO 23 ♡♡ *Un gigante llamado Pitu*

CAPÍTULO 24 ♡♡ *Después de caer, toca que levantarse*

### SOBRE LA AUTORA

### SINOPSIS

*A todas esas mentiras  
que se dijeron (y se creyeron) por amor*

## CAPÍTULO 1



### *Sin oportunidad no hay error*

—¡Quien no apoya no folla!

La música estaba demasiado alta para que ninguna pudiéramos escuchar lo que decía Triana, pero la conocíamos tan bien que no hacía falta oírlo para adivinar sus palabras. Ella nunca bebía sin apoyar antes, era una de sus normas. Como la de no permitir a sus ligues dormir en su casa o la de no acudir nunca a una cita si no era subida a unos tacones de infarto.

Las cuatro pusimos cara rara mientras mordíamos el limón.

—¿De quién ha sido la idea de pedir chupitos de tequila? —pregunté a gritos mientras hacía un gran esfuerzo porque no me saltaran las lágrimas, me había esmerado con mis *smoked eyes* y no quería estropearlos.

—¡Culpa mía! —reconoció Irene sacudiendo las caderas al ritmo de la canción que sonaba a todo volumen haciendo vibrar nuestros tímpanos.

La miré sin dejar de preguntarme cómo podía ser que todo lo que se hacía en el pelo le quedara bien. En su último arrebató había renunciado al naranja valenciana y se lo había teñido de un fucsia chillón que me recordaba vagamente a los chándales noventeros con parches que vestía Triana cuando la conocí.

Menudo equipo, pensé. Estaba acostumbrada a que Triana insistiera en transformar nuestras cenas de chicas en una partida de caza (en busca de una buena pieza de macho de la especie humana, se entiende) pero es que desde que Irene había plantado a Leo, se había vuelto igual... o incluso peor.

En ese momento las dos joyas de la corona habían abierto hueco en medio de la pista y bailaban culo con culo, haciendo un movimiento de *twerking* que podía ser muy sexi... o muy bochornoso, según se mirase.

—A estas dos no hay quien las controle —me gritó Laura al oído.

—¡No seré yo la que lo intente! —respondí levantando las palmas de las manos entre risas.

Laura y yo nos habíamos quedado rezagadas en la barra del Marmarela. Triana e Irene nos habían arrastrado hasta allí después de nuestra ya tradicional cena de viernes en El Portal. A pesar de que yo hubiera preferido estar durmiendo a esas horas, tuve que reconocer que en una discoteca de diseño con decoración ibicenca junto al puerto y al aire libre estaba, al menos, más fresquita que en el zulo.

Exacto, ahora yo vivía en el zulo. Irene se había mudado a su nuevo apartamento hacía poco más de un mes, justo el mismo día que firmó las escrituras y el que despachó a Leo por ser un cabrón casado, mentiroso y aprovechado (todo un derroche de virtudes, ¿verdad?). Desde entonces yo me había proclamado como la reina y señora de aquel vasto imperio de treinta y cinco metros cuadrados.

Por supuesto, y a pesar de que su piso seguía siendo pareciéndose más a unas oficinas desvalijadas que a una casa, Irene me ofreció que me fuera con ella. Pero yo sabía cuánto había deseado ese momento de tener algo que fuera suyo, y preferí dejar que disfrutara de empezar su

nueva vida en su nueva casa a solas.

Como al contrato de alquiler del zulo le quedaban tres meses para su vencimiento, acordamos que yo seguiría allí mientras buscaba otro lugar mejor... lo cual no sería difícil. Estábamos a finales de junio, el verano no había hecho más que empezar y aquel micropiso, con su única ventana dando a un estrecho callejón, era el agujero más asfixiante de la Tierra. Bien mirado, por dimensiones y temperatura, hubiera sido una fantástica sauna finlandesa.

—¿Tú crees que si me marchó se darán cuenta? —me preguntó Laura dejando escapar un suspiro y cambiando el peso de un pie al otro.

Esa noche estaba espectacular (lo cual no era ninguna novedad) con su falda negra con vuelo y un bodi claro con escote corazón. No me explico cómo no teníamos un corro de tíos empalmados a nuestro alrededor. Supuse que sería su mirada lo que les disuadía de acercarse. Algo en Laura gritaba alto y claro que no estaba allí buscando tema, y que cualquier valiente dispuesto a arriesgarse a pesar de sus inequívocas señales acabaría llevándose un buen rapapolvo.

Es que Laura se había tomado muy en serio su intento de arreglar las cosas con Ismael. Durante la cena en nuestra mesa de la esquina le habíamos preguntado al respecto, pero a ella siempre le ha costado hablar de sus cosas (y más si tienen que ver con lo que ocurre entre las sábanas de su dormitorio), así que debimos conformarnos con un tímido: «Vamos poco a poco».

Todas podíamos imaginar que levantar un matrimonio después de una infidelidad no debía ser sencillo. Laura seguía sintiéndose culpable por el daño que había causado a Ismael, y no entraba en sus planes volver a poner lo suyo en peligro por un flirteo con un tío cualquiera en aquella discoteca. Nuestra Sherezade había descubierto que era débil, más de lo que hubiera creído, así que las tentaciones cuanto más lejos... mejor.

—¿Serías capaz de abandonarme aquí con estas dos? —protesté haciendo como que no me percataba de lo que pasaba por su preciosa cabecita para no agobiarla, e hice un gesto con la mano hacia la pista.

Allí estaban Triana e Irene dándolo todo, como si hubiera salido la luna llena y de pronto se hubieran convertido en lobas en celo. Solo les faltaba aullar. Lo cual visto lo visto tampoco parecía ser imprescindible. Intuí que debían estar lanzando otro tipo de señales más discretas que los aullidos pero igual de efectivas, porque ellas sí que tenían un par de tíos restregándose a saco mientras hacían como que bailaban.

Nos habíamos acostumbrado a ver así a Triana, pero lo de Irene estaba siendo todo un descubrimiento. Mientras que la primera tenía mucha experiencia en la materia a sus espaldas, la segunda se había convertido en una alumna con prisa por ponerse a la altura de su maestra. De hecho, el nuevo pelo fucsia de Irene estaba demostrando tener el poder de fascinar a un maromo y mantenerlo revoloteando en torno a ella como una polilla atraída por la luz.

Resultaba evidente que Irene se estaba esforzando por olvidarse de Leo, y yo hubiera dicho que lo estaba consiguiendo. Sobre todo cuando la polilla le metió la lengua hasta las amígdalas. Aunque hay que reconocerle que era una polilla muy atractiva, eso sí.

Triana, por su parte, estaba arrimando la cebolleta con un tío que parecía recién salido de *Mujeres y hombres y viceversa*. No le faltaban los vaqueros tobilleros rotos por las rodillas tan ajustados que eran casi una segunda piel, ni el tupé descomunal que desafiaba las leyes de gravedad con ayuda de kilo y medio de gomina. Era evidente que el cerebro de Triana, afectado por una incipiente intoxicación etílica, hizo una relación de las suyas y le entró la curiosidad por averiguar si lo tenía todo tan empinado como el flequillo.

En ese momento tuve clarísimo que no les importaría que Laura y yo nos marcháramos.

Probablemente ni siquiera se dieran cuenta. Y respiré aliviada.

Yo tampoco quería estar allí. La verdad era que solo tenía ganas de hacerme un ovillo y acurrucarme para lamerme las heridas que seguían abiertas. De vez en cuando sangraban y escocían, como recordatorio de lo estúpida que puedo llegar a ser cuando me lo propongo. Hasta entonces mis heridas eran dos, y tenían nombre propio.

Aquel no era mi lugar. Yo no era más que una treintañera despechada (por partida doble, para más inri) que desentonaba bastante más que el pelo fucsia de Irene. Joder, cómo me seguía fastidiando eso de haber cumplido los treinta.

Me sentía más vieja que nunca. Y tonta, eso también. Al parecer mi mayor talento en la vida era el de escoger mal a los hombres. Menuda mierda, ¿verdad? Ya podría haberme tocado el carisma de Triana, la alegría de Irene, o la serenidad de Laura. Me hubiera conformado con cualquiera de esas cualidades, pero no, la mía era la de elegir siempre mal. Fatal, para ser honesta.

Al menos estaba decidida a aprender de mis errores, a no dejarme engañar... otra vez. Aunque sabía que una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo. Nada es tan fácil como parece, y mucho menos eso de no enamorarme del hombre equivocado.

Así fue como me convencí de que la mejor manera de no volver a cagarla sería no permitir que ningún tío se me acercara. Sin oportunidad no habría error.

Esa era la clave: blindarme por fuera para que no me hicieran daño por dentro.

Resoplé. ¿Sería capaz?

Mi única certeza era que estaba decidida a que así fuera... y pondría todo mi empeño en conseguirlo.

## CAPÍTULO 2



### *Remedios caseros contra la resaca*

A veces no es necesario siquiera abrir los ojos para saber que ese va a ser un día de mierda. Yo lo supe aún con los párpados pegados y legañosos: aquel iba a ser una mierda de tamaño descomunal.

Para empezar era sábado y tenía una resaca mortal. Seguro que la culpa era de los malditos chupitos de tequila que Irene se empeñó en pedir. Y yo, que ya tenía una edad como para no hacer esas tonterías de mezclar, había caído en la trampa. De poco me había servido escabullirme con Laura mientras las dobles de Shakira y Jennifer López lo daban todo en la pista del Marmarela.

Por si fuera poco, el calor del medio día pegaba de pleno contra el cristal de la única ventana del zulo. Calculé que allí dentro debía rondar los treinta y cinco grados. Me despegué con dificultad de la sábana bajera que por el bochorno se me había pegado al cuerpo como el envoltorio a una magdalena. Me arrastré a la ducha y esperé bajo el chorro de agua fría hasta que mi temperatura corporal se reguló. Salí con el pelo chorreando y ni siquiera me molesté en frotarlo con la toalla, sabía que en cuanto pusiera un pie en la calle se secaría en cuestión de segundos.

Rebusqué entre los cajones del diminuto rincón que Irene solía llamar cocina (siempre admiré su optimismo) hasta que encontré una aspirina. Era probable que estuviera caducada, así que preferí no mirar la fecha en el envoltorio por si acaso. Si tenía que morir, que fuera ignorando el peligro, a lo loco. Luego abrí una lata gourmet de salmón y guisantes, las favoritas de Lima y Limón, y les llené sus platitos.

Mis dos adorables gatos me lo agradecieron enzarzándose en una de sus peleas (de esas que nunca sé si son un juego o un duelo a vida o muerte) que acabó en el preciso instante en que me tiraron encima el café que había decidido tomarme después de que mi estómago me dejara claro que estaba en huelga, y que no iba a admitir comida sólida como castigo por aquel chupito que nunca debí beberme.

—Genial —resoplé al ver la mancha en la blusa de mi uniforme—, ahora llegaré tarde. ¡Gracias, chicos!

El maullido que recibí por respuesta me dejó claro que a ellos lo único que les preocupaba era que siguieran llegando con puntualidad sus latas de salmón y guisantes, el resto, plín.

Al salir a la calle el calor me golpeó como una bofetada. Alicante es una ciudad maravillosa... para estar de vacaciones. Cuando tienes que ir andando al trabajo a las tres de la tarde en pleno verano ya no se ve igual de maravillosa.

O tal vez fuera yo, que me había levantado con el pie izquierdo y todo me parecía mal. Escudada tras mis gafas de sol de pasta carey de Chanel, saqué el móvil y pulsé sobre el nombre de Triana mientras enfilaba calle abajo con paso apresurado.

—Por favor, dime que tú también estás como si te hubiera atropellado un camión —supliqué.

—Me subestimas, cariño —contestó al otro lado del teléfono. Y la verdad es que su voz sonaba como un trillón de veces más fresca que la mía.

—Te odio —murmuré—, te odio mucho.

—No te lo tendré en cuenta y, solo porque eres tú, voy a contarte mi secreto —anunció dándose tanta importancia como si fuese a revelar la receta de la Coca-Cola—: lo mejor para no tener resaca es un buen polvo. Uno como el que eché yo anoche, por ejemplo.

Bufé al escucharla. No sé ni por qué me sorprendía, llevábamos hablando veinte segundos y aún no había soltado ninguna cochinada... debía estar quemándole la garganta de aguantarse.

—Un pollazo bien dado y adiós resaca —continuó explayándose a pesar de que yo no quería oír aquello, o quizás precisamente por eso—. Mano de santo, lo prometo.

—Mejor no me hables de pollas, Triana.

—Te ha vuelto a escribir, ¿verdad?

Tragué saliva antes de contestar. Sabía muy bien a quién se refería y sí, me había vuelto a escribir. De hecho, no había dejado de hacerlo.

—Como todos los días —dije al fin con un hilillo de voz.

—Sabes que tienes que bloquearlo —me sermoné adoptando algo parecido al tono de una madre, lo cual no le pegaba en absoluto—, lo que no entiendo es por qué no lo haces.

—Joder, pues porque no es tan fácil.

—Sí que lo es, Amalia, solo tienes que querer hacerlo... —aventuró Triana, que parecía haber desarrollado el poder de ver lo que ocurre dentro de mí cabeza mejor que yo misma—, pero parece que tú no quieres.

No quería, esa era la verdad. O más bien es que no podía. No podía enfrentarme a la idea de sacar a Alberto de mi vida por completo.

Todo había empezado el día de mi cumpleaños, cuando me llamó arrepentido. Me pidió que le perdonara y yo le colgué. Eso fue todo. O no, porque después intentó hablar conmigo varias veces, pero nunca volví a cogerle el teléfono. A esas alturas había decidido que no volvería con él y estaba decidida a ser consecuente. Cuando se dio cuenta de que no iba a contestar a sus llamadas, Alberto cambió de táctica. Empezó con los mensajes y desde entonces no había día en que no recibiera uno.

Al principio pensé que era un arrebató temporal, quizá se había hartado de la mujer con la que iba a tener un hijo, esa compañera de trabajo a la que se tiraba mientras yo creía que nuestra vida era perfecta y me hormonaba para quedarme embarazada de él. Pero el tiempo iba pasando y sus wasaps no dejaban de llegar.

Cada uno de ellos era como una puñalada. Y, por extraño que parezca, yo me había convertido en una yonqui del dolor lacerante que me producían. Esperaba con ansiedad el pitido que avisaba de que entraba su mensaje y, si por algún motivo se retrasaba unos minutos de su hora habitual, me invadía una sensación de desasosiego que no tenía explicación racional. Solo volvía a respirar tranquila cuando el dichoso mensaje llegaba.

Eso no se lo había contado a Triana porque era consciente de que de haber estado al tanto, ella misma me hubiera abrochado la camisa de fuerza para enviarme al manicomio de una patada en el culo. Y con razón.

Por el bien de mi salud mental sabía que tenía que bloquear a Alberto, pero era incapaz de hacerlo. Lo había intentado, que conste, pero siempre me arrepentía en el último momento y volvía al mismo punto en el que me encontraba bloqueada.

Hacia tres meses que me soltó el bombazo de que no solo me era infiel, sino que además había preñado a otra. Tres meses desde que abandoné mi vida en Madrid y huí con el rabo entre las piernas. Tres meses en los que había tenido tiempo de cometer la mayor metedura de pata posible,

liarme con mi jefe, que además resultó ser un cabrón de talla mayor y me hizo pagar la novatada de mi recién estrenada soltería. Tres meses en los que había tenido que aprender a vivir sola y a esforzarme en ser feliz... o al menos en intentarlo.

Por eso cada uno de sus mensajes, todos iguales siempre, era como echar sal a la herida que él mismo me había abierto. Y, a pesar de todo, ahí seguía yo... anhelando cada uno de sus malditos: «*Amalia, no puedo vivir sin ti*».

En el momento en que llegué a la puerta del trabajo y me despedía de Triana, me llegó un aviso de la aplicación de alquileres de pisos a la que me había suscrito con la esperanza de encontrar algo interesante. Al parecer había un anuncio nuevo, sin poder detenerme a estudiarlo con detenimiento le envié un mensaje al anunciante para concertar una cita aquella misma tarde.

Entré en la óptica como un tornado. Solo diez minutos tarde. Había batido mi récord en recorrer la distancia que me separaba del zulo, pero el precio era que iba empapada en mi propio sudor. Busqué el chorro del aire acondicionado y para mi desesperación descubrí que estaba apagado.

—No te molestes, se ha roto. —Escuché a mis espaldas la voz de Maribel, mi compañera—. Ya he dado el aviso, pero me han dejado caer que siendo sábado por la tarde no van a mandar a nadie hasta el lunes.

Pues ya era oficial, mi instinto para detectar los días de mierda no me había fallado. Y aquel estaba siendo monumental.

Pasé media tarde escuchando el incesante parloteo de Maribel, que sí, que era muy maja, pero a mí la aspirina caducada no me había aliviado ni pizca el dolor de cabeza y su voz aguda era como el sonido de un taladro. Mientras que la otra media tarde se me fue pidiendo disculpas a los pacientes porque las gafas de prueba se les resbalaban por la nariz sudorosa en el gabinete. Un desastre.

¿Había dicho ya que Alicante es maravilloso si estás de vacaciones?

Pues yo no estaba de vacaciones, sino currando en un horno y viviendo en una caja de zapatos. Y el verano solo estaba arrancando, aún quedaba lo peor por venir. Además, como yo había sido la última en incorporarme a la empresa, no tendría vacaciones hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Tanto que por un instante dudé en si sobreviviría tanto.

Aquello me sirvió para tomar una decisión. Tenía que mudarme del zulo urgentemente o acabaría derretida viva. Me daba igual a dónde, con que tuviera un aparato de aire acondicionado que funcionara me parecería el putito paraíso. En esos momentos lo único que podía animarme era la cita que tenía en unas horas para ver el piso que acababa de salir anunciado y recé para que, con un poco de suerte, mi día de mierda terminara arreglándose.

Cuando faltaban menos de cinco minutos para echar el cierre, apareció una chica que no debía haber terminado ni el instituto preguntando por unas gafas de sol que le había visto a una *influencer* de la que yo no había oído hablar. Disimulé lo mejor que pude mi ignorancia y también el hecho de que saberme fuera de juego me había hecho sentirme como una abuela nonagenaria que no sabe manejar el móvil. No, no teníamos ese modelo en concreto, pero sí otros parecidos. Sí, claro que se los podía enseñar. Y sí, podía probárselos para mirarse en el espejo mientras ponía morritos. ¿Una foto para enviársela a sus amigas? Sin problema. ¿Otra foto pero con el pelo recogido? Claro, yo te hago un *book* completo, si total solo estoy hasta el mismísimo de tener que pasar la resaca a cuarenta grados y aguantar adolescentes indecisas. Eso fue lo que pensé por dentro, claro, mientras por fuera dibujaba una sonrisa más falsa que el color de pelo fucsia de Irene.

Mi mal humor no desapareció al bajar la persiana. Entre unas cosas y otras habían pasado las nueve de la noche y eso significaba dos cosas. La primera, que iba a llegar tarde a la cita para ver el apartamento. Y la segunda, que eso podía suponer que hubiera perdido mi oportunidad. Solo de pensar en tener que pasar un verano entero en el zulo esperando los mensajes de Alberto (a los que nunca respondía) se me caía el alma a los pies.

Mientras corría hacia el barrio me sonó el teléfono. Lo cogí sin bajar el ritmo. La verdad era que para tener un resacón de miedo estaba haciendo más ejercicio que en toda mi vida.

—¿Qué tal todo? —saludó Laura.

—Bien —respondí casi sin aliento—. ¿Pasa algo?

—No, nada, solo es que estaba acordándome de cómo vimos a Irene anoche y me preguntaba si no la notaste un poco... —dudó antes de continuar, como si le costase encontrar las palabras exactas—, ya sabes, un poco suelta.

Sabía perfectamente a lo que Laura se estaba refiriendo. Y sí, claro que la había notado suelta, tal vez demasiado, pero al fin y al cabo se merecía algo de diversión.

—Démosle tiempo, seguro que es solo una especie de revancha por el tiempo que perdió con el capullo de Leo.

—Entiendo que quiera echar una canita al aire, pero no sé si se estará pasando un poco... ella no es así.

Laura no solo era madre de sus tres hijos, también lo era un poco de todas nosotras. Siempre fue la responsable, la que mantenía la cabeza fría en las situaciones en las que todas las demás la perdíamos. Hasta que un día fue a ella a quien se le fue la pinza con su entrenador personal, claro, pero nadie es perfecto.

—No creo que debamos preocuparnos —la tranquilicé convencida—. No hay nada de malo en que disfrute un poco.

Por encima de mis sofocados jadeos solo escuché silencio al otro lado de la línea. No había dejado de caminar a toda prisa en un intento de que el tiempo dejase de correr, y aún así no se me escapó que ese vacío de respuesta era por mí.

—¿Qué pasa?

—Nada, Amalia —claudicó mi amiga con un suspiro—, solo estaba pensando que ese mismo consejo te lo podías aplicar a ti misma y no te vendría mal.

—Yo lo último que necesito ahora es un hombre en mi vida.

Lo dije convencida de verdad. Solo que a veces las cosas no son tan sencillas como parece y entonces no podía saber que iba derechita hacia donde no quería ir.

## CAPÍTULO 3



### *Una tarrina de chocolate*

Llegué tarde a la cita, por supuesto, si no mi día de mierda no hubiera estado completo. Además con las prisas volvía a estar sudando, el pelo se me pegaba al cuello húmedo y debía estar colorada como una col lombarda.

Habíamos quedado en la heladería que estaba junto al portal del que debería haber sido mi nuevo piso... si no fuera porque a esas horas ya se lo habrían dado a otra más puntual que yo. Pese a las escasas probabilidades de que la persona que me iba a enseñar la casa siguiera allí, barrí con la vista las mesas de la terraza aferrándome con desesperación a la última pizca de esperanza.

No encontré a nadie con pinta de ser quien yo estaba buscando. Solo un grupito de quinceañeros muy ruidosos que no soltaban el móvil ni para hablar entre ellos, una parejita haciéndose arrumacos y dando ganas de vomitar al resto (bueno, a lo mejor al resto no, pero a mí en concreto sí), tres abuelas jubiladas que sorbían con parsimonia sus horchatas mientras se abanicaban con brío dándose golpes en el pecho, y un tío en la mesa más apartada que parecía disfrutar de un helado ajeno a todo lo que le rodeaba.

No pude evitar observar cómo este último hundía la cucharilla hasta el fondo de la tarrina y luego se la llevaba a los labios para lamer el chocolate. Se le quedó una minúscula gota en el labio inferior y la recogió con la punta de la lengua en un movimiento que me pareció casi sensual. Joder, ¿me estaba poniendo cachonda de mirar a un desconocido comerse un helado? La respuesta era sí... y mucho.

Lo que me faltaba, como si no tuviera ya bastante calor por la alocada carrera hasta allí.

Suspiré tratando de acallar el «*Sex bomb, sex bomb, you're my sex bomb*» que sonaba en mi cabeza a todo volumen y busqué mi móvil en el bolso. Me costó lo suyo, y es que llevaba uno de esos maxibolsos que por dentro apenas tienen departamentos y acaban pareciéndose al Triángulo de las Bermudas, porque lo que entra allí no siempre volvía a salir. Un par de minutos después, mientras el guaperas del helado terminaba su tarrina, yo marcaba el número de la persona con la que me había citado rezando lo poco que me sabía para que me perdonara por mi impuntualidad y el piso siguiera disponible.

Escuché el primer tono con una oreja mientras que por la otra me llegaba el ruido de la calle. Allí también sonaba un móvil. Traté de concentrarme en mi propia llamada, pero los ojos se me fueron sin querer (bueno, vale, con premeditación y alevosía) hacia el rincón del solitario desconocido. A él también le debían estar llamando, porque dejó la tarrina sobre la mesa y sacó su teléfono del bolsillo trasero del vaquero. Dios, ¡cómo le quedaban esos vaqueros! Sonó el tercer tono y ya empezaba a temer que nadie contestara cuando por fin lo hicieron.

—Hola.

La voz masculina, grave y profunda, me saludó desde el otro lado de la línea y... ¡desde la mesa apartada del rincón! Había podido leer en aquellos labios carnosos, que hasta hacía nada saboreaban un helado de chocolate, la misma palabra que había resonado a través del auricular.

Como si fuera una película y yo una espectadora a la que el director permite que entre en dos planos al mismo tiempo.

—Mierda —se me escapó sin querer.

Entonces él, como si intuyera que la voz que le llegaba a través de la línea telefónica estaba más cerca de lo esperado, se giró hacia donde yo me encontraba para descubrirme allí plantada con cara de tonta. Y sonrió.

A pesar de la distancia que nos separaba pude apreciar que sus ojos eran de un gris claro increíble y en un arrebato deseé que me miraran con el mismo anhelo con que hasta entonces había mirado a su helado de chocolate. También deseé que me tragara la tierra, porque justo en ese instante, cuando el desconocido más guapo con el que me había cruzado en la vida se incorporaba para acercarse a mí, caí en la cuenta de las pintas que llevaba.

Seguía con el uniforme arrugado y sudado después de toda una tarde de trabajo sin aire acondicionado, el pelo era una maraña de nudos y sin duda alguna debía oler a todo menos a flores frescas. Vamos, el paquete completo para conseguir que cualquier tío se alejara de mí a tanta velocidad que solo quedara una estela de humo tras él.

En fin, no tenía escapatoria alguna, así que no me quedó más remedio que hacer de tripas corazón y mantener el tipo mientras llegaba a mi altura.

—Habíamos quedado, ¿verdad?

Era alto y tuve que levantar la barbilla para poder mirarlo cuando lo tuve enfrente. En el camino hasta sus ojos paseé la vista por un cuerpo que parecía hecho por encargo: abdomen liso, pecho marcado, cuello fuerte con nuez prominente, mandíbula cuadrada, labios carnosos...

—Eso creo —asentí algo aturdida por la carrera... y por las vistas.

—Me llamo Héctor —se presentó y amplió aún más su preciosa sonrisa—, encantado de conocerte.

—Yo Amalia —me apresuré a responder—. Tengo que pedirte perdón por el retraso, pero he tenido un día un poco... difícil.

—Si te consuela el mío tampoco ha sido mucho mejor —afirmó, lo que me hizo pensar que si en sus días de mierda tenía ese aspecto, habría que verlo en uno bueno—. Además, mientras te esperaba he aprovechado para relajarme y tomarme un helado, así que aún debería darte las gracias.

Sonreí porque no se me ocurrió nada que decir. De repente me sentía torpe, desaliñada y fuera de lugar. Hubiera dado cualquier cosa por estar muy, muy lejos de allí. Pero entonces Héctor clavó sus profundos ojos grises en los míos y se me olvidó todo. Hasta para qué había ido allí.

—¿Todavía quieres ver el apartamento?

Esa noche de sábado Laura tenía un nudo en el estómago. Estaba nerviosa. Ismael había dicho que tenía preparada una sorpresa para cuando se durmieran los niños.

Mientras acostaba a los dos mayores en sus camitas con forma de coche de carreras y les leía un cuento, no pudo evitar que la voz le temblara de impaciencia. Tardaron en caer, pero lo hicieron y ella suspiró satisfecha. Luego apagó la luz pero dejó la del pasillo encendida por si alguno se despertaba. Todavía le tenían miedo a la oscuridad. Sonrió enternecida.

No se explicaba cómo era posible querer tanto a alguien, y menos aún que su corazón hubiera triplicado su tamaño para dar cabida al amor por sus tres hijos. Recordó la preocupación al enterarse de su segundo embarazo, por entonces se creyó incapaz de adorar a otra personita tanto como adoraba a su primer hijo, pero llegó el momento y lo hizo sin dificultad. Lo mismo pasó con el pequeño.

Lo cierto es que su faceta de madre ocupaba tanto espacio que la de esposa había pasado a un segundo plano. Se había dejado absorber por las interminables tareas en casa, el constante cuidado de los niños, las rutinas aburridas... Y se había olvidado de Ismael. Ahora era consciente de que aquel había sido su error. Dejó de luchar por su matrimonio a pesar de que un día no tan lejano Ismael lo había sido todo para ella. Quizá por eso se dejó encandilar por Carlos, y eso terminó de confundirla.

Carlos había sido su entrenador personal, aunque al principio le pareció más bien un Dios recién caído del Olimpo. Su cuerpo escultural la volvió loca, pero más lo hizo su forma de follarla. Aún le daban escalofríos solo de acordarse.

No sin esfuerzo apartó a Carlos de sus pensamientos y entró en su dormitorio, iluminado apenas por un par de velas sobre la cómoda. Como de costumbre, el pequeño dormía en la cuna plácidamente después del biberón de la noche. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, intuyó la forma de su marido sobre la cama y fue a su encuentro.

Desde que pusieron las cartas boca arriba y se decidieron a intentar salvar su matrimonio, las cosas estaban un poco tirantes. Laura no podía culpar a Ismael, después de todo él se estaba esforzando mucho por olvidarse de lo de Carlos, y ella también... quizá puede que incluso más. Ambos sabían que les esperaba un camino largo hasta que las cosas volvieran a como estaban, pero también sabían que valdría la pena intentarlo.

Ismael la recibió en la cama con uno de sus inmensos abrazos de oso. Era capaz de envolverla entera con su corpachón y eso siempre le había proporcionado una dulce sensación de seguridad.

Ella se dejó acariciar la espalda y respondió subiéndose a horcajadas sobre él. Llevaba un camisón ligero de verano, que con el movimiento se le subió por encima de las caderas dejando ver que no llevaba nada debajo.

—¿Cuál es esa sorpresa de la que me hablabas? —ronroneó juguetona en su oído.

Le picaba la curiosidad. Tenía que reconocer que con Carlos descubrió que lo que a ella le iba no era precisamente el sexo suave y delicado. Lo que Laura necesitaba para ponerse a tono era algo más salvaje. Nada de mimitos ni palabras bonitas. Mejor un par de azotes y un puñado de guarradas susurradas al oído.

Por suerte su marido había comprendido que a pesar de sus rasgos de muñeca, ella no iba a romperse porque se la metieran hasta el fondo. Ismael se había propuesto reconquistarla sacando la monotonía en la que se habían instalado fuera de su dormitorio. Y la verdad era que su táctica estaba funcionando.

—Venga, dímelo ya y no te hagas de rogar... —suplicó mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Él la sujetó por la cintura y con un rápido movimiento la colocó bajo su cuerpo grande y robusto. Entonces metió la mano bajo la cama y sacó una bolsa negra opaca. Laura conocía bien esas bolsas, eran del sex shop. Sintió un escalofrío de anticipación.

Ismael se tomó su tiempo para sacar unas esposas, no de las de peluche rosa, sino unas metálicas con pinta de ser auténticas. Cogió una de las muñecas de su esposa y la obligó a subirla por encima de su cabeza, luego hizo lo mismo con la otra y las aprisionó con las esposas intercalando una de las barras del cabecero de forja, de manera que Laura no tenía opción de liberarse.

Ella jadeó ante la sensación de saberse sometida a su voluntad, y se obligó a ahogar un grito cuando él agarró la tela del camisón con sus enormes manos y de un firme tirón lo rasgó de arriba abajo. Ismael se deleitó ante el cuerpo desnudo de Laura, que era una verdadera belleza, casi demasiado perfecta para ser real, mientras le decía que la iba a hacer retorcerse de placer.

Luego agarró una de las velas de la mesita y la acercó al vientre de Laura. La inclinó despacio, lo justo para dejar que cayeran un par de gotas de cera ardiente sobre su delicada piel. Ella se mordió el labio al sentir la intensidad del contacto. Ismael levantó una ceja, atento a su reacción.

—Sigue... —suplicó ella en un murmullo ansioso.

Y él obedeció.

Derramó unas gotas sobre la curva de los pechos, en la cintura, y en el interior de los muslos. Mientras tanto, Laura luchaba por contener los gemidos que le provocaba el dolor. Pero era un dolor placentero, de los que sorprenden porque te hacen desear más. Y ella quería mucho más.

Ismael dejó la vela y se desprendió de la única prenda que le cubría: el pantalón del pijama. Se quedó completamente desnudo y Laura pudo admirar su formidable erección. Lo había excitado tanto que podría penetrarla con un leve empujón. Pero él tenía otros planes.

Volvió a sacar la bolsa y esta vez de su interior extrajo un pequeño látigo. Las pupilas de Laura se dilataron al descubrirlo, y por un momento se debatió entre el miedo y el deseo de que su marido lo usase con ella.

Estaba boca arriba, con las muñecas atadas sobre su cabeza, pero Ismael la obligó a levantarse hasta dejarla de rodillas. Para poder hacer el movimiento con las muñecas esposadas, Laura se había visto obligada a girar sobre sí misma y ahora estaba de espaldas a él, de cara a la pared. Por eso no vio venir el primer latigazo. Sintió la dureza del cuero sobre la delicada piel de sus nalgas y tuvo que sofocar un aullido animal. Apenas tuvo tiempo de recuperarse cuando recibió el siguiente.

Una súbita humedad se escapó de su interior y recorrió sus muslos. Ismael aprovechó la oportunidad para penetrarla sin avisar ni pedir permiso, justo como a ella le gustaba.

Laura sintió la primera embestida como si fuera otro latigazo más. Seguía arrodillada, erguida, con el pecho de su marido tras ella, frotándose contra su espalda. Sin dejar de empujar, Ismael volvió a golpear con el látigo las piernas de ella. Y eso fue más de lo que Laura podía soportar. La combinación del placer con el dolor sobrepasó todos sus límites. Se deshizo en un orgasmo épico que la llevó al borde de la inconsciencia mientras notaba cómo Ismael eyaculaba en su interior.

Sí, sin duda él había aprendido a darle lo que ella necesitaba.

## CAPÍTULO 4



### *Más bien todo lo contrario*

El viernes acordamos cambiar la glamurosa cena de chicas en El Portal por una mucho más informal en el apartamento de Irene. El plan era pedir comida y que nos la trajeran a casa, así podríamos rebañar los platos y beber vino con total libertad, sin preocuparnos de dar la impresión de no haber comido o bebido en un mes.

Llamé al timbre y fue Laura quien me abrió la puerta con su hijo pequeño en brazos.

—Lo siento —se excusó poniendo los ojos en blanco—, mi suegra no se encontraba bien y mi madre está fuera, así que Ismael y yo hemos tenido que hacer reparto: los dos mayores con él y este pitufo conmigo.

Besó la cabeza pelona de su hijo al tiempo que se hacía a un lado para dejarme pasar. La miré y sacudí la cabeza.

—No sé cómo lo haces —dije después de darle dos besos a ella y hacerle un arrumaco a él—, pero hasta con un crío en brazos eres la tía más sexi del planeta.

Era verdad. Laura llevaba unos vaqueros deshilachados tan cortos que dejaban entrever media nalga (sin duda ella podía permitirselo), un top con un solo tirante de color mostaza y unas sandalias planas de tiras anudadas al tobillo... y estaba espectacular. Me sentí diminuta en comparación, y no solo porque no necesitara tacones para sacarme una cabeza, sino porque Laura tenía ese efecto, podía hacer sentir insignificante a cualquiera que se atreviera a compararse con ella. Era la típica tía que odiarías nada más verla, si no fuera porque tenía un corazón más inmenso aún que su belleza.

En el salón me recibieron Triana e Irene, cada una con su copa en la mano. La primera se había recogido la melena pelirroja en una cola de caballo repeinada para combatir el calor y llevaba un minivestido de estampado tropical, además de medio kilo de maquillaje y sus inseparables taconazos.

—¿No habíamos quedado en que era una cena informal? —protesté.

Yo sí que había seguido el *dress code* que requiere toda fiesta pijama que se precie. Había acudido con unos *shorts* de felpa color azul pastel, una camiseta de algodón con un dibujo de Snoopy en el pecho y unas chanclas de dedo.

—Joder, Amalia, ¿pero tú te has visto? Que nos quedemos en casa no implica necesariamente ir hecha un trol.

Cuando Triana lanzaba sus dardos siempre acertaba en la diana, la muy jodida.

—Cómo se nota que tú no tienes que arreglarte en el zulo a cuarenta grados —argumenté a mi favor, con el orgullo malherido—. Que a los cinco minutos de salir de la ducha ya estaba para meterme otra vez.

—Yo te entiendo —me apoyó Irene, que también se había vestido cómoda porque al fin y al cabo estaba en su casa. Y me tendió una copa de tinto como consuelo—. Allí no hay quien viva en verano, deberías venirte conmigo mientras encuentras algo.

Iba a contestarle a eso pero me detuve con la copa sobre mis labios.

—Oye, ¿si has dejado esto fantástico!

—He hecho algunos arreglillos, sí —admitió luciendo una flamante sonrisa de propietaria orgullosa—. Pero aún queda mucho trabajo.

La verdad era que del espacio frío y desangelado que había sido no quedaba ni rastro. Irene había mandado construir unos tabiques y las desangeladas oficinas se habían convertido en un piso de dos dormitorios. El resto era un espacio diáfano y amplio que servía de salón, comedor y cocina, la cual también había reformado entera, porque antes no era más una triste barra americana y ahora parecía el paraíso de Chicote. Me senté en un sofá gris claro que me recordó demasiado al que Triana tuvo que volver a tapizar porque a Lima y Limón no les gustaban las mudanzas.

—Te está quedando precioso —afirmó Laura a mi lado—. Aunque te debe estar saliendo carísimo todo esto...

—Eso, ¿tú no te habías gastado todos tus ahorros para poder dar la entrada? —recordé.

En vez de contestar directamente, Irene intentó ganar tiempo cogiendo el menú del restaurante hindú al que habíamos decidido encargarnos la cena y le echó un vistazo rápido. En seguida lo volvió a dejar sobre la mesita baja y resopló.

—Lo hice —admitió sin poder disimular que se sentía incómoda hablando del tema—, pero he pedido una ampliación de la hipoteca para poder hacer algunos arreglos. Además, desde que no tengo a Leo chupándome la sangre mis finanzas se han saneado bastante.

—Vamos, dejadla tranquila —intervino Triana pasándole un brazo por encima del hombro a Irene—. La niña se merece un picadero como Dios manda donde traer a todo potro salvaje que se le cruce en el camino para montarlo hasta dejarlo seco.

—Triana, haz el favor... —la regañó Laura—. ¡Que está el niño!

—¡Bah! —rechazó esta con un gesto de la mano—. No te pongas melodramática, que es muy pequeño aún para entender lo que digo... Pero espera a que crezca un poco y verás, Laurita, que este hijo tuyo tiene cara de acabar siendo un empotrador de talla mayor, y hazme caso que yo de esto entiendo. Más te vale empezar a ahorrar porque vas a necesitar comprarle los condones al peso. ¡Y de los XXL!

Tuve que reprimir una carcajada ante la cara de espanto de Laura que, horrorizada ante aquella imagen de su dulce querubín convertido en un follador insaciable, le había puesto una mano sobre la cabeza en ademán protector.

—Trae, anda —pedí con los brazos extendidos que me lo pasara—. Dame que lo acurruque antes de que todo eso ocurra, mientras aún siga siendo una bolita llena de ternura.

Era evidente que no tenía superado el tema de la maternidad. Lo cual era de esperar, porque hasta hacía nada mi mayor deseo había sido tener un hijo. Todavía me dolía el recuerdo de los días en los que me bajaba la regla y yo lloraba de impotencia. El ansiado embarazo no llegaba y yo no había dudado en pincharme hormonas para conseguirlo. Pero echando la vista atrás, lo único que había conseguido era alejar a Alberto de mí. Quizás lo que había ocurrido entre nosotros no fuera solo culpa suya, después de todo.

—¿Una bolita llena de ternura? —Triana interrumpió mis pensamientos autodestructivos poniendo cara de asco—. Yo diría más bien rellena de babas, de caca, de mocos...

—No le hagas caso, chiquitín —murmuré con esa voz melosa que sin darnos cuenta usamos para hablar con los niños, al tiempo que le hacía cosquillas en la barriga regordeta—, la tía Triana está un poco loca y no sabe lo que dice.

Como premio, el renacuajo me respondió con una sonrisa y un adorable balbuceo que hizo que se le formaran unas diminutas pompas de saliva entre los labios. Aquello me derritió entera y tuvo

como consecuencia inmediata que mi útero se estremeciera.

—Volviendo al tema del picadero —se interesó Laura—. ¿Te has traído ya algún hombre, Irene?

—¿Alguno? ¡Ja! Si aquí la amiga no para últimamente... —estalló Triana relleniéndose la copa de vino—. Dejadme que os diga que estoy muy orgullosa de ella porque después del casquete los larga rápidamente, como debe ser. Solo le falta ladrar para ser una verdadera perra.

—Será porque he aprendido de la madre de todas las perras —contestó la aludida con una sonrisa.

Teníamos esa clase de amistad que nos permitía llamarnos de todo las unas a las otras sin molestarnos, porque sabíamos que era siempre con cariño. Así que aplaudimos la respuesta de Irene brindando con alegría.

Al fin y al cabo era cierto que Irene había tenido muy mala suerte y se merecía un poco de diversión. ¿Qué importaba si se descontrolaba un poco? Ya tendría tiempo de volver a sentar la cabeza y encarrilar su vida.

—Entonces, ¿qué me dices de lo de dejar el zulo y venirte aquí conmigo? —me preguntó Irene—. Casi echo de menos a esos dos pequeños tigres tuyos.

Un par de horas después habíamos terminado con el pollo *tikka masala*, las gambas *tandoori*, y el delicioso *pashwari naan* con coco y frutos secos. El hijo de Laura se había quedado frito en el carricoche y nosotras estábamos algo contentas después de vaciar unas cuantas botellas de vino. Bueno, ellas un poco y yo bastante.

—De verdad que te agradezco mucho tu propuesta —respondí tratando de que no se me notara el puntito pero sin conseguirlo del todo—, aunque me parece que no va a hacer falta.

—¿Cómo es eso? Y no me digas que al final le has cogido el gusto a eso de vivir en un nicho...

—Es que hace unos días visité un piso y era sencillamente espectacular —me expliqué, al tiempo que mi cerebro hacía una asociación por su cuenta y opinaba que el casero era tan espectacular o más que el piso en cuestión—. Así que no me lo pensé y al momento entregué una reserva para formalizar el alquiler.

—¡Enhorabuena! —aplaudieron las tres a la vez.

Luego levantamos las copas y brindamos por lo que era mi nuevo paso en la vida después de la ruptura con Alberto. Por fin miraba hacia adelante.

—Venga, cuéntenos algo más de ese piso.

El apartamento era precioso, sí, pero lo realmente digno de mención era el tío que me lo había alquilado. Héctor. Luché con mi lengua rebelde que, por culpa del alcohol, quería lanzarse a enumerar las mil y una virtudes de aquel Dios que con solo lamer la cucharilla del helado había conseguido provocarme sueños húmedos.

Y no creo necesario aclarar que en esos sueños lo que lamía no era precisamente una cucharilla.

Pero conseguí controlarme y, aunque acabé hablando de Héctor, lo hice de tal forma que no se notara lo mucho que me ponía.

—Lo que me terminó de convencer fue que el agente me ofreciera entrar este mismo lunes, sin esperar la semana que falta para que llegue el día uno —expliqué—. Y con lo desesperada que estaba por salir del zulo, me faltó tiempo para decirle que sí.

—Y dime una cosa, ¿ese agente del que hablas era viejo, gordo y feo?

No sé cómo lo hacía, pero Triana parecía que podía leerme el pensamiento. A veces daba miedo. Con una facilidad pasmosa, me había puesto entre la espada y la pared. Así que compuse

mi mejor cara de inocencia y respondí:

—No, no es viejo, ni está gordo, y desde luego no es feo... más bien todo lo contrario.

No debía ser la única a la que el alcohol le estaba afectando, porque las tres a la vez se lanzaron a una ovación con aplausos y vítores que no despertó al niño porque su madre había tenido la prudencia de apartar del meollo el carro en el que se había quedado frito.

—¡Shhhh! —las corté—. No quiero que os penséis lo que no es. Sencillamente se trata de un chico agradable que además procuró ser amable conmigo cuando se enteró de que vivo en un horno pirolítico. No hay nada más, así que dejadlo estar.

Y es que prefería que las chicas no supieran lo tremendamente guapo que era Héctor para que no empezaran a hacer justo eso que ya estaban haciendo. No había que darle importancia a lo que no la tiene. Yo misma no podía permitirme dársela. Después de todo, me había hecho el firme propósito de «cero hombres» hasta que me sintiera fuerte de nuevo... Y aún faltaba mucho para eso.

Ya me había precipitado una vez y había metido la pata hasta el fondo. El resultado fue que me había acostado con mi jefe, sin sospechar que este tenía previsto desaparecer en una mítica bomba de humo digna del célebre Houdini. Unai había sabido ver mi debilidad y la aprovechó. Pero algo así no me volvería a ocurrir.

Había aprendido la lección. De algo me tenían que servir mis errores, ¿o no?

## CAPÍTULO 5



### *La conciencia también pesa*

Triana entró al juzgado vestida para matar, o lo que es lo mismo, con una falda de talle alto beige por encima de las rodillas y una blusa ligera estampada en los mismos tonos que destacaban su preciosa melena pelirroja. No hubiera sido ella misma si el escote no hubiera sido infinito y los tacones altísimos. El ruido de sus pisadas por el pasillo hizo volverse a más de uno. Triana adoraba ser el centro de atención, que la mirasen y que la admirasen.

De jovencita había sido regordeta e insulsa. Tampoco ayudaban a mejorar su aspecto las gafas de culo de vaso y los colores fluorescentes con los que su madre se empeñaba en vestirla. Vale, estarían de moda, pero a ella la hacían parecer una ballena varada y eso no se lo perdonaría nunca.

Después se había esforzado mucho por cambiar las cosas. Había renunciado a las comidas más deliciosas y sufrido lo suyo en el gimnasio (también en el quirófano), todo para tener el físico que ahora tenía. Y había que reconocerle que el resultado era de infarto. Era imposible no mirar a Triana si pasaba por tu lado. Con un gran sacrificio había hecho de su cuerpo su bandera y ahora la ondeaba bien alto sin cortarse un pelo.

Respiró con alivio. En el interior de los juzgados la temperatura era agradablemente fresca, no como en el exterior, donde seguro se podría freír un huevo sobre el capó de cualquier coche. Dejando a un lado el calor, se sentía de maravilla. La noche anterior se había follado a un tío que más bien parecía un jugador de rugby con tanta fuerza que la había mantenido en volandas mientras la penetraba salvajemente contra la pared. Aún le temblaban las piernas solo con recordarlo. Sin embargo, aquella sensación agradable le duró poco, justo hasta que al girar una esquina se tropezó de improviso con el *pichafloja*.

Ni siquiera lo saludó. Hacía casi dos meses de aquel triste polvo en el que el abogado apenas consiguió que se levantara lo mínimamente aceptable. Después de aquello él había insistido hasta la saciedad para volver a quedar. ¿Estaba loco? ¿Cómo podía pensar siquiera que ella querría volver a verlo después del deprimente espectáculo? Si Triana no lo puso en su sitio fue solo porque su mujer era la jueza de instrucción, y lo último que necesitaba era que se enterara del desliz de su marido. Por suerte, el *pichafloja* había acabado por hartarse de mandarle mensajitos suplicantes hacía un par de semanas y ella había vuelto a respirar.

Dejarla tranquila fue la mayor satisfacción que aquel hombre podría jamás darle.

En cuanto el pobre abogado con problemas de erección, que por cierto se llamaba Jaime, la vio, se puso muy nervioso. Dentro del juzgado solían hacer como que no se veían, pero ese día lo notó alterado e incluso le pareció que le hacía gestos para que le siguiera.

Lo normal hubiera sido que Triana lo ignorara y siguiera su camino, pero la extraña actitud de él hizo que saltaran todas sus alarmas. Algo le decía que no se trataba de una nueva táctica para conseguir otra cita. Así que, a regañadientes, siguió sus pasos hasta los servicios. Lo vio entrar en el de minusválidos. Triana dejó pasar unos instantes para asegurarse de que nadie la veía, y con un suspiro entró también. Como al final resultara ser un truco cutre para intentar arrimarle la sardina

moribunda que tenía por polla, se iba a enterar...

Pero por lo visto Jaime no quería arrimarle nada a nadie. Estaba alterado y se movía sin parar dentro de la estrechez del baño sin atreverse a mirarla a la cara.

—Tú dirás —le espetó ella con el tono más frío del que fue capaz— ¿para qué me has hecho venir hasta aquí?

—Es que yo... —balbuceó él consiguiendo que la escasa paciencia de ella acabara por esfumarse.

Dios, ¿en qué momento le había apetecido acostarse con aquel tío? ¿Acaso habría sufrido un episodio de demencia? Debía ser eso, porque otra explicación no le encontraba.

—No tengo todo el día, si no vas a explicarte me marchó.

Hizo un ademán de quitar el pestillo de la puerta, pero él la detuvo.

—¡Espera! Hay algo que tienes que saber.

Por algún motivo todo aquello empezó a darle muy mala espina a Triana. No sabía cómo acabaría la escenita del aseo, pero tenía la certeza de que no le iba a gustar.

—Tienes que entenderme, Triana, me come la culpa —dijo Jaime atrancándose con sus propias palabras—. Yo soy un hombre casado y lo de las infidelidades no va conmigo...

—¡Pues cualquiera lo diría!

—Se me fue la cabeza. —respondió recolocándose las gafas en un gesto inconsciente—. Ya sabes, soy un hombre, y tú... bueno, tú estás como estás, así que... Aquello fue un error.

Que lo suyo había sido un error ya lo sabía ella, no hacía falta que se lo dijeran. Jamás en la vida se había quedado tan insatisfecha después de un encuentro que se suponía debía haber sido sexual, y acabó siendo patético.

—Haz el favor de calmarte, tampoco es para tanto —lo cortó sin miramientos, harta de escuchar una tontería tras otra—. Al fin y al cabo solo fue una vez, no tiene importancia.

Una vez y ni siquiera buena, pensó, pero eso no lo dijo porque le pareció que Jaime estaba a punto de echarse a llorar. También se calló que cuando la acosaba con wasaps y llamadas para intentar volver a meterse en su cama no parecía sentirse tan atormentado.

—El cargo de conciencia me pesa como una losa —continuó él ajeno a todo—. Llegó un momento en que no dormía ni comía. Soy incapaz de perdonarme lo que le hice a mi mujer...

Fue en ese preciso instante cuando Triana vio venir la desgracia. No quiso creerlo, pero algo en su interior le decía que se preparase para el impacto.

—Jaime, ¿qué me estás queriendo decir?

—Que se lo he contado todo a mi mujer —confesó este al fin dejando escapar las palabras junto con el aire de sus pulmones, todo de golpe.

—¡¿Que has hecho qué?!

—Joder, Triana, yo nunca le había sido infiel antes. Compréndelo, me sentía fatal por lo que hicimos...

—¡Pero si no hicimos nada! —Triana estaba fuera de sí y subió la voz sin importarle que alguien pudiera escucharles desde fuera—. ¡Ni siquiera se te puso dura!

—Entiéndelo, por favor —siguió diciendo Jaime como si no la hubiera oído—. Tenía que confesarlo, era lo mínimo que podía hacer después de...

—¡No, lo mínimo era haber mantenido puta la boca cerrada! Porque, ¿sabes en el lío en el que me has metido a mí para lavar tu conciencia?

Daba igual que le gritara, le insultara, o lo matara allí mismo. Nada cambiaría el hecho de que la mujer de Jaime estaba al tanto de sus escarceos. Y la mujer de Jaime no era otra que la jueza de

instrucción del juzgado nº1 de Alicante, lo cual significaba que llevaba una buena parte de sus casos. O lo que es lo mismo: que Triana estaba bien jodida.

Sintió cómo su mundo se tambaleaba y ni siquiera era capaz de adivinar el alcance que aquello iba a tener para su futuro. Escuchó la puerta cerrarse. Jaime se había ido. Y lo había hecho sin responder a la única pregunta que le revoloteaba en la cabeza: ¿qué pensaba hacer su señoría ahora?

La tarde del lunes la dediqué completa a la mudanza. Me sentía pletórica ante la perspectiva de abandonar por fin el claustrofóbico zulo. El nuevo apartamento era una delicia: luminoso, con bonitas vistas a la plaza de los Luceros y muy céntrico. Vamos que iba a ser como pasar de la noche al día. Además, tenía la suerte de que estaba recién reformado y todo (desde los muebles, hasta la vajilla) lo iba a estrenar yo. ¡Aún no me creía mi suerte!

Me fascinaba el edificio. Era de esos con fachada histórica de piedra y mucho encanto, pero nada más cruzar la puerta de entrada saltaba a la vista que el pasado quedaba atrás. Sobre todo al entrar al piso, donde el mobiliario tenía líneas sencillas al estilo nórdico, combinando los tonos blancos con un gris suave. El gran ventanal del salón con su balcón asomado a la plaza era, sin duda, lo que más me gustaba. La decoración era minimalista, con toques de color aguamarina para hacer contraste que le daban un aspecto maravilloso de casita de vacaciones. El sofá parecía cómodo además de caro, y recé porque Lima y Limón no hicieran de las suyas. Allí también había una mesita baja de madera natural y una estantería que yo pensaba llenar de libros. Sí, allí podría sentirme como en casa.

Era casi perfecto, excepto por un detalle: era demasiado moderno para mí. Durante la reforma habían incluido la última tecnología y prácticamente todo estaba conectado a la domótica, una especie de centralita que era algo así como el cerebro de la casa. Sospeché que iba a necesitar un periodo de adaptación, esas cosas no eran lo mío.

El informático de la casa siempre había sido Alberto. Incluso se había montado su pequeña empresa de programación de aplicaciones multiplataforma. Sí, lo hizo con esa compañera a la que se tiró hasta preñarla, aunque ese es un tema aparte. El caso era que yo siempre había acudido a él cuando se me colgaba el ordenador o no me funcionaba la impresora. Pero Alberto ya no estaba ahí para solucionarme mis problemas... por mucho que él se empeñase en seguir enviándome un wasap cada mañana en el que me juraba que no podía vivir sin mí.

Alberto ya no estaba porque yo lo había sacado de mi vida, y así debía seguir siendo. Entonces, ¿qué haría cuando no fuera capaz de levantar las persianas o de conectar la cafetera desde el móvil? Pues resignarme y tomarme un té a oscuras hasta que me le pillara el puntillo, qué remedio.

Había creído que el traslado sería sencillo. Al fin y al cabo me había venido de Madrid abandonando casi todas mis cosas allí. Pero la mudanza también me sirvió para descubrir que tenía una capacidad asombrosa para acumular ropa y todo tipo de trastos inútiles en un tiempo récord, porque cuando me quise dar cuenta el montón de cajas me sobrepasaba en altura.

Tuve que hacerlo sola porque las chicas estaban todas ocupadas. La verdad es que me propusieron que esperara hasta el domingo para ayudarme, pero la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes. Por culpa de mi ansia viva por salir del zulo pasé varias horas acarreando cajas de una casa a la otra con ayuda de una carretilla que me había prestado Irene del súper. Ya atardecía cuando por fin las tenía todas en el descansillo de la que sería mi nueva dirección. Solo faltaba subirlas a mi planta y por suerte en el edificio nuevo había ascensor. Lo llamé y me agaché para empujar la primera de las cajas hasta su interior mientras escuchaba la puerta del rellano abrirse a

mis espaldas.

A esas alturas estaba agotada, despeinada y desaliñada, así que no me volví. Lo último que me apetecía en esos momentos era conocer a algún nuevo vecino, ya habría tiempo para eso.

—Me parece que te vendría bien un poco de ayuda.

Me quedé paralizada. Era la voz de Héctor, estaba segura. No era frecuente encontrarse con una profunda y sonora como la suya. Cerré los ojos como si con ello fuera a conseguir desaparecer, o que lo hiciera él. Pero evidentemente nada de eso ocurrió y cuando volví a abrirlos lo tenía a mi lado, con los brazos sobre el pecho y una ceja interrogante levantada.

—No te molestes —intenté rechazar su oferta sin que se percatara de lo avergonzada que me sentía—, yo puedo...

—¿Molestarme? Lo hago encantado.

Mientras hablaba agarró una de las cajas para ponerla sobre otra, y las levantó juntas con la misma facilidad como si estuvieran rellenas de plumas y no de los pesados libros que había heredado de Irene.

—Vale, pues gracias... —murmuré aturdida por lo inesperado del encuentro.

¿Qué hacía Héctor allí? Ciertamente le avisé de que me instalaría esa misma tarde, pero no se me había ocurrido que viniera a supervisar la operación. Joder, de haberlo sabido al menos me hubiera puesto algo menos humillante que los *leggings* más viejos del mundo y una camiseta dada de sí que hacía siglos que debí tirar a la basura porque no servía ni para trapos. Y me hubiera peinado, eso también.

De inmediato me regañé mentalmente por pensar así. ¿No había decidido que no me importarían los hombres, y menos aún lo que estos pensasen de mi aspecto? Lo había decidido, sí, pero por mucho que lo intentara no lograría evitar maldecir por lo bajo porque Héctor me viera con esas pintas.

En fin, supongo que cada una es como es, y está claro que yo soy muy de tropezar una y otra vez con la misma piedra.

Con su ayuda no tardamos más de diez minutos en colocar todas las cajas en el ascensor formando varias columnas inestables. Una vez más me pregunté de dónde habían salido tantas cosas en tan poco tiempo.

—Me parece que será mejor que suba andando —dijo Héctor sin reparar en mi sorpresa.

¿Cómo? ¿Acaso tenía intención de subir al apartamento? Una cosa era que me hubiera echado una mano, pero de eso a meterse en mi casa... ¿Cómo debía interpretar aquello? A mí solo se me ocurría una manera de hacerlo. Y por muy sexi que fuera mi casero, y lo mucho que me gustara a mí tropezar con piedras... me había prometido que nada de tíos, y pensaba cumplirlo.

—De verdad que eres muy amable pero no hace falta —respondí, muy digna yo a pesar de ir disfrazada de mamarracha—, ya puedo meterlas yo sola en casa, gracias.

—Tranquila, instálate a tu aire —accedió con una sonrisa amable—. Yo solo necesito darme una ducha, estoy asfixiado con este calor.

¿Qué?! ¿Pensaba meterse en mi ducha? ¿Pero qué coño pasa por la cabeza de los tíos? Les das la mano y te cogen el codo. ¿Qué digo el codo? ¡Hasta la coronilla! Supe que aquello había que cortarlo de raíz, antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo siento —balbuceé, tratando de escoger con cuidado las palabras para no parecer demasiado borde, al fin y al cabo se trataba de mi casero—, a lo mejor te he dado a entender algo que no es, pero...

Como toda respuesta Héctor clavó sus intensos ojos grises en los míos, como si no captara mi

mensaje. No tuve más opción que pasar de rodeos e ir directa al grano.

—Espero que no te moleste, pero me parece fuera de lugar que uses mi ducha —solté sin más rodeos. Ya estaba, lo había dicho—. Verás, es que ahora mismo no estoy buscando nada, así que...

Héctor me sostuvo la mirada unos segundos más, y justo después estalló en unas sonoras carcajadas que me dejaron la boca abierta de par en par.

—Vaya, lo siento. Creo que se me olvidó decirte que yo vivo en el ático, justo encima de tu apartamento —se disculpó entre risas, incapaz de contenerse a pesar de sus visibles esfuerzos—. Y, por supuesto, cuando hablaba de una ducha me refería a la mía.

Joder... ¿Era posible hacer un ridículo mayor? Ya os lo digo yo: no. Es del todo imposible, porque en ese momento me coroné como reina vitalicia en el arte de meter la pata hasta el infinito y más allá.

Me quedé sin habla. Es que no encontraba la manera de salir medianamente honrosa del atolladero en el que me había metido yo solita, sin ayuda de nadie. ¿De verdad había creído que el pedazo de hombre que era Héctor estaba ansioso por meterse en mi ducha? ¿Pero es que se me había olvidado que me había visto con mis *leggings* llenos de pelotillas?

—Tranquila. —Por suerte él pareció percatarse de mi vergüenza y acudió al rescate—. La culpa es mía por no decírtelo antes. Y no pienses que me reía de ti... es solo que, bueno, te has puesto tan seria de repente que hasta me has dado un poco de miedo.

¿Miedo? Si yo apenas le llegaba a los hombros y con uno solo de sus brazos hubiera sido capaz de hacer conmigo lo que quisiera. Humm, lo que quisiera... De pronto casi lamenté que no quisiera meterse en mi ducha. Hay que ver qué facilidad tengo para que se me vaya la pinza. Pero es que con esa sonrisa de disculpa estaba irresistiblemente encantador.

En un desesperado intento de correr un tupido velo sobre lo patética que puedo llegar a ser, sacudí la cabeza y cambié de tema con la esperanza de que pudiésemos olvidarlo para siempre.

—Son muchas escaleras hasta el ático —dije esforzándome por sonar natural—, será mejor que subas en el ascensor.

—¿Crees que cabré ahí dentro?

La verdad era que con tanta caja allí metida no quedaba demasiado espacio libre, y menos para un corpachón como el de Héctor, pero después de que me ayudara me parecía del todo inapropiado hacerle subir a pie. Y era eso, o que se esperara una eternidad hasta que yo terminara de sacar las cajas para dejar el ascensor libre. Así que asentí convencida.

Nos apretujamos en el interior y con el pie retiré el cartón que había usado para que las puertas no se cerraran. Fue él quien pulsó el botón, porque yo no llegaba, y empezamos a subir en silencio. Me pareció que lo hacíamos muy lento, que entre planta y planta pasaba una eternidad. Aunque bien pensado tal vez fuera impresión mía, porque tenía el pecho ancho y fuerte de Héctor pegado a mi mejilla y algo así era capaz de parar hasta los relojes.

Noté cómo respiraba y sus pulmones se expandían. La tela de su camiseta me hizo cosquillas. De pronto fui consciente de que el hecho de que fuera mi vecino de arriba significaba que lo tendría justo encima de mí.

*Madredelamorhermoso.*

Yo también inspiré profundo y descubrí que Héctor olía a lo que deben oler las cosas prohibidas, esas con las que soñamos sabiendo que jamás podremos tener.

## CAPÍTULO 6



### *Uno rapidito*

Irene se despertó. Le llevó un par de minutos despejarse lo suficiente como para reconocer los contornos de su apartamento. Estaba en su cama... y no estaba sola.

¿Quién era el que roncaba a su lado y le había pasado una pierna por encima? Hizo un esfuerzo por hacer memoria pero no lograba recordar su cara, ni tampoco su nombre. ¿Era Roberto? ¿O tal vez Sergio?

Lo peor es que no era la primera vez que le ocurría.

Últimamente se había acostado y despertado con demasiados tíos de los que no sabía nada. Los había conocido de fiesta, o por Tinder, y se había liado con ellos sin más.

Del que ahora se le abrazaba como un oso amoroso tan solo recordaba que había insistido mucho en el sexo anal. Tanto que ella acabó por ceder a pesar de que no era algo que le hiciera especial ilusión. Y ahora ella se arrepentía de haber accedido a hacer algo que no quería.

Siempre le pasaba lo mismo.

Permitía que fueran los tíos los que dirigieran su vida. Ella se limitaba a plegarse a sus voluntades, a dejarse manejar como si fuera una marioneta. ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué no tenía los ovarios necesarios para tomar las riendas de su vida? Tenía veintinueve años y era propietaria de un piso. Tenía un trabajo fijo como cajera en el Mercadona y además se sacaba un sobre sueldo en una zapatería cercana. Económicamente no dependía de nadie. Entonces, ¿cuál era el motivo que la llevaba a arrastrarse ante cualquiera con pantalones?

En el fondo Irene sabía la respuesta.

Su enfermizo afán por agradar a los hombres era por su padre, que fue el primero de todos en abandonarla. Se había marchado de casa al poco de nacer ella, y no le quedó más remedio que crecer sin esa figura masculina que todas sus amiguitas del colegio sí tenían. Su madre nunca le hablaba de él, daba igual lo mucho que ella preguntara. Tener curiosidad es algo natural en los niños, ¿verdad? Sobre todo en una casa en la que la ausencia del padre siempre ocupó un espacio demasiado grande. Pero solo con nombrarlo a su madre se le llenaban los ojos de lágrimas, así que Irene aprendió que lo mejor era dejar de hacer preguntas. Sencillamente aceptó el silencio como única respuesta.

Con la llegada de la pubertad Irene empezó a culpar a su madre de que estuvieran solas. Tal vez ella no hubiera hecho lo suficiente para que su padre quisiera quedarse a su lado. Quizá no se esforzó todo lo que debiera. A lo mejor si hubiera hecho las cosas de otra forma él no se hubiera ido nunca. Las otras madres conseguían retener a sus maridos a su lado, ¿por qué la suya no había sido capaz?

La adolescencia no es fácil para nadie, mucho menos lo fue para Irene.

El vacío que le provocó un padre que nunca existió la llevó a buscar la aprobación de los chicos. Sin sospechar cuantísimo se estaba equivocando, se convenció a sí misma de que debía estar dispuesta a cualquier cosa con tal de que no la abandonaran otra vez. Por eso perdió la virginidad en el aseo del instituto, de pie, incómoda y asustada, mordiéndose los labios para

retener los gemidos de dolor, con el primero que quiso bajarle las bragas.

Irene se entregaba al cien por cien, se esforzaba más de lo razonable, lo daba todo, nunca le negaba nada a ningún hombre. Y con ello solo conseguía atraer a tíos que se aprovechaban de ella, de un modo u otro.

Esa era la razón por la que Irene había permitido que Leo la ninguneara y se fundiera casi todos sus ahorros. Y también por la que ahora tenía a un desconocido, del que no era capaz de recordar el nombre, desnudo en su cama.

Irene sintió ganas de llorar. Su cuerpo menudo se sacudió en un sollozo silencioso. En ese instante hubiera dado cualquier cosa porque aquel tío desapareciera de allí, por no tener que verle la cara, por no tener que frotarse su olor en la ducha.

Respiró hondo para calmarse. Lo más fácil era engañarse a sí misma, y eso a Irene se le daba de maravilla. Se repitió como un mantra que no había nada de malo en lo que hacía. Desde que despachó a Leo, había tomado las riendas y ya no permitía que ningún hombre entrara en su vida, solo en su cama. Se trataba solo de sexo, nada más. Estaba copiando lo que veía en Triana. Nada de amor, ni de esperar llamadas o mensajes... solo sexo de usar y tirar. Después de todo, si a su amiga le funcionaba, ¿por qué no podía hacerlo ella también?

Irene tenía mucho calor, intentó despegarse del cuerpo caliente que la tenía aprisionada por detrás. El aire acondicionado no estaba encendido y el sol daba en las ventanas empezando a recalentar el ambiente. Un momento, ¿el sol?

¡Joder! Tenía que estar a primera hora en la zapatería. Se lo había pedido la dueña como un favor... y estaba claro que iba a llegar tarde. Se incorporó de un salto sin importarle lo más mínimo despertar a Roberto, o a Sergio, o como quiera que se llamase.

No tardé en sentirme feliz en mi nuevo hogar. Y parecía que Lima y Limón también, lo cual era un alivio. Aquel había sido uno de mis muchos temores: que los pequeños tigres (como Irene los llamaba) se irritaran con una nueva mudanza y decidieran vengarse con el mobiliario nuevo del piso. No sería la primera vez.

Me tocaba turno de tarde en la óptica, así que tenía la mañana entera para mí. Iría desembalando cajas y colocándolo todo en su sitio. Me pareció una forma de pasar el tiempo de lo más placentera. Aquello era como hacer el nido. Ya estaba harta de cambios. Desde que había abandonado Madrid todo mi mundo se había tambaleado sin cesar, y empezaba a estar cansada. Ansiaba sentir un suelo firme bajo mis pies.

Decidí que lo primero que haría sería beberme un café asomada al balcón del salón. La plaza de los Luceros siempre me había gustado de niña, y vivir allí era casi un privilegio. Pisando con los pies descalzos sobre el parquet me acerqué a la cafetera y traté de ponerla en marcha. Nada. Mi siguiente intento consistió en tocar todos y cada uno de los botones a la desesperada, sin criterio alguno, y obviamente tampoco funcionó. Resoplé. Pues sí que empezábamos bien. Con el trájín en la cocina estaba empezando a sudar, así que busqué el mando del aparato de aire acondicionado y pulsé el de encendido. Misma respuesta que la cafetera: nada de nada.

El buen humor con el que había empezado mi primer día amenazaba con esfumarse. ¿Acaso no funcionaba nada en aquella casa? ¿No se suponía que estaba recién reformada? ¿Era demasiado pedir tomarse un café tranquilamente?

Entonces lo recordé. Héctor había comentado algo de que los aparatos electrónicos estaban conectados a la domótica, una especie de ordenador que centralizaba cualquier cosa que quisiera hacer y que se suponía era la leche, pero que yo empezaba a temer que me iba a complicar la vida.

Fui hacia el recibidor, donde estaba la dichosa pantalla táctil atornillada a la pared. Bien,

aquello no podía ser tan complicado ¿no? Tan solo se trataba de tocar donde había que tocar y podría beberme mi capuchino en paz. Vale, pero ¿cómo había dicho Héctor que funcionaba ese trasto? Joder, allí había mil iconos... y ninguno era una cafetera.

Por un momento barajé la idea de bajar a la calle y buscar cualquier cafetería para desayunar, pero me negué. No estaba dispuesta a perder el control de mi propia casa, además antes o después tendría que aprender cómo manejarlo, así que lo más conveniente sería no retrasarlo. Cogí el móvil de mi mesita de noche y mandé con decisión un breve wasap de SOS.

En apenas cinco minutos llamaban a la puerta.

—¿Qué tal has dormido?

Héctor estaba al otro lado, impecable, como si llevara mucho rato levantado a pesar de que solo eran las ocho de la mañana. Llevaba una camiseta de algodón azul petróleo con cuello de pico que dejaba entrever el inicio de un pecho fuerte y unos Levi's oscuros. Luego me detuve en la media sonrisa que le colgaba de los labios y en contra de mi voluntad sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—Como un bebé —respondí intentando disimular lo mucho que me gustaba lo que veía—, la cama es comodísima.

Esa vez había sido precavida y después de mandarle el mensaje había corrido al baño, me había lavado los dientes, la cara, me di un ligero toque de rímel, colorete y brillo de labios (como si yo siempre me levantara así de estupenda). Luego me puse unos *shorts* blancos de cintura alta y una camiseta de tirantes con estampado floral. Todo muy casual, pero muy favorecedor. Durante el proceso me había repetido a mí misma que no es que quisiera gustarle a mi casero, solo es que ya me había visto hecha unos zorros las veces anteriores y no era cuestión de que creyera que había aceptado como inquilina a una vagabunda.

—¿Necesitabas ayuda? —me preguntó levantando una ceja y haciendo que me perdiera por un instante en la profundidad de sus preciosos ojos grises enmarcados por unas pestañas espesas y oscuras.

Entonces me di cuenta de que Héctor seguía en el rellano porque yo estaba en medio y no le dejaba pasar.

—Claro, perdona, pasa —me disculpé—. Es que no recuerdo cómo me dijiste que funcionaba el aparato este del demonio...

Él se rio al pasar por mi lado y su risa clara me pareció lo más fresco que había escuchado en mucho tiempo. No le llevó demasiado solucionar mi problema, y es que soy tan inútil con las nuevas tecnologías que en realidad no era ni siquiera un problema.

—Lo que ocurre es que está desconectado. Mira, es como una especie de bloqueo —me explicó él, paciente—. En cuanto pulses este botón de aquí y teclees la contraseña, la domótica sabrá que estás en casa y activará todos los sistemas. Ya está. Fácil, ¿verdad?

Asentí despacio, no muy convencida. Esas cosas siempre parecen fáciles mientras me las explican, pero luego esperan que me quede sola para dejar de funcionar. Es una especie de conspiración tecnológica contra mi persona, lo sé.

—Espera —dijo Héctor, que de alguna forma pareció percatarse de mi inseguridad—, lo mejor será que hagas una prueba ahora si así te quedas más tranquila.

—Vale, empezaré por intentar hacerme un café, ¿quieres otro?

Héctor echó un vistazo rápido a su reloj de muñeca.

—Me da tiempo a uno rapidito —contestó y me guiñó un ojo.

Joder, ¿en serio? ¿Uno rapidito?

Un par de minutos después estaba cumpliendo el primer punto del día previsto: me estaba bebiendo un café asomada a la ventana del salón... solo que no lo hacía sola.

También había encendido el aparato de aire acondicionado (¡por fin!) pero iba a tardar un poco en refrescar la casa entera así que Héctor estaba a mi lado en el balcón, los codos apoyados en la barandilla de forja, y no pude dejar de fijarme en que la taza blanca se veía diminuta entre sus manos.

—¿Me dijiste que hacía poco que estabas en Alicante? —me preguntó dando un sorbo a su café solo con muy poco azúcar.

—En realidad crecí aquí, pero no volví hasta hace un par de meses cuando... —«¿Cuando qué, Amalia?» y decidí que lo último que quería era contarle mis penas a alguien que acababa de conocer, así que salí por la tangente—. Bueno, cuando decidí dejar Madrid.

—¿Contenta?

—¿Cómo?

—Que si estas contenta con haber vuelto —aclaró clavando sus ojos en los míos por encima del borde de la taza.

—Sí, claro.

No sabría explicarlo pero había algo en su forma de mirarme que me hacía sentir desnuda (metafóricamente hablando, se entiende), como si escrutara dentro de mi cerebro en busca de preguntas que ni siquiera se habían pronunciado. Incómoda, opté por cambiar el rumbo de la conversación y enfocarlo en él.

—¿Y tú? —contraataqué en una burda maniobra de distracción.

—¿Yo?

—Sí, tú... ¿Eres de aquí? Porque creo que nunca antes habíamos coincidido.

De pronto tuve la impresión de que nos movíamos en un terreno en el que ninguno de los dos nos sentíamos cómodos.

Antes de responder, Héctor me hizo un gesto con la cabeza hacia el sofá, como si me pidiera permiso para sentarse. En el interior empezaba a notarse fresco, así que entramos los dos. Nos sentamos en el sofá, cada uno en un extremo, interponiendo entre ambos una distancia de seguridad que no sabía por qué de pronto me parecía tan necesaria.

—Yo también estuve fuera una temporada. En realidad solo hace un año que volví... —se explicó después de inspirar profundo, lo que marcó su pecho bajo el algodón de la camiseta— aunque a veces me parece que sea un siglo.

—¿Dónde estuviste?

—En Tailandia —respondió con añoranza, y al percatarse de mi asombro se rio, algo menos tenso que antes—. Bueno, primero empecé viajando por Europa, lo típico del Interrail.

Disimulé mi ignorancia como buenamente pude. Recordaba de manera vaga a un par de compañeros de la universidad en último año que hablaban de hacer un viaje mochilero en tren recorriendo varios países y supuse que se refería a lo mismo. Aunque a decir verdad, viéndolo ahí con su aspecto impecable, sus gestos resueltos y su elegancia natural, me costaba cuadrar la imagen que yo tenía de un mochilero desgredado con la suya.

—Pero ya sabes lo que pasa, una vez te asomas al mundo y descubres cuánto puede ofrecerte, es difícil resistirse a la tentación de seguir conociéndolo —continuó dejando escapar un suspiro soñador entre sus labios—. Así que me lancé a la aventura de recorrer el sudeste asiático, hasta que llegué a una pequeña isla de esas con aguas turquesas y arena blanca salpicada de palmeras... y me quedé.

—¿Te quedaste? ¿Así sin más?

—Supongo que me enamoré de Koh Tao, y ya sabes lo que se dice del amor...

Negué con la cabeza sin pronunciar palabra. Del amor se decían muchas cosas y la mayoría no eran más que tonterías.

—Que te hace cometer locuras —aclaró Héctor sin dejar de mirarme fijamente con sus ojos grises como un día de tormenta.

Después, inclinado hacia adelante y jugueteando con la taza entre sus manos, me contó que hacía un año había tenido que dejar la escuela de buceo que regentaba en una paradisíaca playa tailandesa en manos de su socio y él había vuelto para hacerse cargo de la gestoría familiar. También llevaban la administración de fincas de varios inmuebles, y de ahí los alquileres.

Mi atención viajaba desde las palabras de Héctor, hasta los labios por los que estas salían. Eran jugosos, y dejaban entrever unos dientes blancos y perfectos. Todo él emanaba una masculinidad que me desarmaba, hasta el más mínimo de sus gestos, como ese con el que se apartaba distraído algún mechón de los que a veces le caían sobre los ojos. Era alto y de espaldas anchas, sin embargo, sentado en mi sofá hablando con la voz empañada de añoranza de todo lo que dejó en Tailandia me parecía que casi podría abarcarlo en un abrazo. Por supuesto no lo intenté.

Había hecho una especie de voto por el cual los hombres quedaban totalmente fuera de mi vida (al menos hasta que me recuperara de los golpes sufridos). Y eso incluía a Héctor.

Ambos parecíamos haber olvidado aquello del café rápido. Mientras Héctor me iba contando retazos de su vida nómada, yo lo escuchaba con los pies subidos al sofá, abrazada a mis rodillas y atenta a sus palabras. Por un momento no pude evitar pensar que aquella escena era de lo más surrealista.

¿Por qué estábamos ahí, hablando como si fuéramos viejos amigos, cuando en realidad éramos poco más que un par de extraños?

—¿Contento? —pregunté, copiando la misma fórmula que antes había usado él conmigo.

—¿Te refieres a si estoy contento de haber vuelto?

Asentí.

—Sé que debería decir que sí... —respondió poniéndose en pie y dando así por terminada nuestra improvisada conversación—. Ojalá pudiera hacerlo.

Y, de repente, a pesar de la sonrisa tras la que intentó ocultar sus sentimientos, pude adivinar una inmensa tristeza en Héctor.

## CAPÍTULO 7



### *Fantasías sexuales*

El juzgado es uno de esos lugares a los que cualquier persona prefiere no ir. Cualquier persona menos Triana, para quien era casi una segunda casa. Como abogada matrimonialista llevaba muchas horas a sus espaldas entre aquellas paredes, y por raro que suene ella siempre se había sentido cómoda allí. Hasta entonces, claro.

Desde que Jaime sufriera un ataque de culpabilidad y acabara confesando su pequeño desliz a su mujer, Triana vivía en un estado de tensión constante. Temía encontrarse a la señora jueza en cualquier esquina o, lo que sería aún peor, en cualquier juicio.

Ese día tenía una vista previa y como era precavida ya se había asegurado que su cornuda señoría no estaría allí. Así que se tragó su malestar y entró en la sala contoneándose sobre unos tacones acompañada de su cliente. Se acercó a su mesa, dejó los documentos y se entretuvo un minuto en ordenarlos. Cuando por fin levantó la vista estuvo a punto de caerse de culo allí mismo.

Frente a ella tenía a la mujer del *pichafloja*. Joder, ¿qué coño hacía allí si no le tocaba?

—Buenos días, vamos a empezar —tronó la voz desde el estrado—. Estarían al tanto de que este caso le correspondía al juez Álvarez, pero lamentablemente ha sufrido un pequeño accidente y me han asignado sus casos mientras dure el periodo de baja.

Triana escuchó con la vista clavada en la punta de sus preciosos Louboutin. ¿De verdad era posible tener tan mala suerte? A ver, estaba claro que antes o después se la iba a encontrar, pero ella hubiera preferido que fuera más bien después. Por lo menos lo suficientemente después para que a su señoría se le hubiera pasado un poco el ataque de cuernos que debía tener en aquellos momentos.

Le hubiera encantado poder sentarse con ella, de mujer a mujer, y decirle que lo de follarse a su marido fue un error descomunal, sobre todo porque no se lo folló (no hubo manera de revivir a la sardina moribunda). Pero era evidente que tocar el tema solo iba a servir para empeorar las cosas, así que no quedaba otra que tirar para adelante y apechugar con lo que viniera.

Se obligó a sí misma a levantar la barbilla y sonreír a su cliente, como si nada. Volvió a recolocar las capetas que ya estaban perfectamente alineadas. Tal vez, con un poco (o más bien un mucho) de suerte, la jueza fuera capaz de separar lo profesional de lo personal y aquello no acabara salpicándolo todo de mierda.

Sin embargo no necesitó más de media hora, en la cual su señoría la había amonestado dos veces sin motivo alguno y en una tercera llegó a amenazarla con expulsarla de la sala, para darse cuenta de que la mierda le iba a llegar al cuello.

Triana capeó el temporal haciendo gala de una gran profesionalidad, y de una paciencia que en realidad no tenía. En cuanto pudo se despidió de su estupefacto cliente con la cutrísima excusa de una indisposición repentina y salió de allí.

Sí, Triana huyó como una cobarde y eso que ella no era así. Pero tampoco era tonta y sabía que estaba jodida. Una jueza cabreada en busca de venganza podía ponerle la vida muy complicada. La vida de Laura parecía perfecta vista desde fuera. Era increíblemente preciosa, cabía en sus

vaqueros del instituto, tenía un marido que la adoraba y tres hijos tan guapos que parecían querubines pintados por Miguel Ángel.

Pero una cosa son las apariencias y otra es la realidad de puertas para adentro. Y la realidad de Laura era que aún quedaba mucho por luchar si quería conseguir que su matrimonio no se derrumbase después de su infidelidad.

Sí, Laura era una promiscua, una golfa, una furcia, una zorra... o al menos así era como se veía ella a sí misma. Había traicionado la confianza de su marido, el que bebía los vientos por ella. Y lo peor de todo era que sabía que, si le dieran la oportunidad de volver atrás, lo volvería a repetir.

Porque su aventura con Carlos había abierto la caja de Pandora. Gracias a él había descubierto que el problema en su matrimonio estaba, principalmente, entre las sábanas. Y es que algo tan superficial como el sexo (que todo el mundo suponía que debía ser secundario en un ama de casa y madre de tres criaturas) resultó ser muy importante para ella. Laura había aprendido que la monotonía y la insatisfacción en el dormitorio se contagiaba al resto de la relación. Era algo así como dejar una manzana podrida en un cesto lleno... que acababas por tener que tirarlo entero.

Por fortuna, Ismael no solo no había dudado en perdonarla, sino que había comprendido cuánto se había equivocado tratando a su esposa como una delicada muñeca de porcelana. Después de lo de Carlos las cosas habían cambiado mucho y, por paradójico que suene, lo hicieron para bien.

Laura e Ismael estrechaban su relación mientras ampliaban sus horizontes sexuales. Habían pasado de un aburrido polvo al mes (con suerte) en la postura del misionero y la luz apagada, a los juegos de sumisión, el sado, los juguetes... Todo lo que era nuevo y excitante les ayudaba a sentirse más unidos. Pero claro, a veces ocurre que lo que empieza por ser un juego al final se nos va de las manos. Y entonces nunca es suficiente, siempre queremos más.

Y Laura quería más... de hecho tenía una fantasía recurrente.

Era algo que, aunque hubiera preferido que no ocurriera, se le venía a la mente en muchas ocasiones en esos segundos previos al orgasmo. Era la imagen de estar siendo follada por dos hombres a la vez. Solo con pensarlo ya se le humedecían las bragas. Aunque jamás lo hubiera reconocido, en su cabeza esos dos hombres tenían nombre. Eran Carlos e Ismael, lo cual era relativamente normal puesto que ellos eran los únicos con los que había tenido relaciones, así que digamos que su mente tiraba de archivo.

Había probado a usar consoladores mientras su marido la penetraba, pero no era lo mismo. Ella ansiaba un cuerpo sudoroso (en realidad dos) sobre ella, y no un pedazo de plástico que ni siente ni padece.

No se había atrevido a hablar de ello con Ismael. Su marido se estaba esforzando (y disfrutando de lo lindo, también hay que decirlo) en descubrir y satisfacer todas y cada una de sus fantasías. Pero había una que le seguía ocultando, porque era evidente que Laura jamás hubiera podido sugerirle que llamaran a su ex entrenador personal para invitarlo a compartir cama con ellos. No, lo de Carlos era imposible. Y buscar otro tío tampoco le parecía prudente, sería como jugar con fuego.

Aunque, quizás si en vez de un hombre se tratara de una mujer...

No era exactamente lo que Laura ansiaba, pero podría ser un primer paso. Sin duda un trío de ese tipo sería mucho más llevadero para Ismael. Y lo de llevadero es un decir, porque ella sabía que se pondría como una moto solo con pensarlo. ¿Quién no?

Laura sonrió mientras se acercaba a coger al pequeño, que se había despertado y lloriqueaba en la cuna mientras que el atrap sueños giraba sobre su cabeza. Aquello sería su forma de

recompensar a su marido por todo lo mal que se lo había hecho pasar.

Y quién sabe, tal vez con el tiempo eso la acercara un poco más a la opción de incluir otro hombre en sus juegos sexuales.

## CAPÍTULO 8



### *¿Un tinto de verano? ¡Mejor dos botellas!*

El domingo por la mañana el wasap de Alberto llegó puntual y pude sentir el dolor de la puñalada antes incluso de leerlo.

*«Amalia, no puedo vivir sin ti».*

Ocurría día tras día, sin descaso. Y a pesar de ello yo seguía sin acostumbrarme. Dejé a mis gatos desperezándose a los pies de mi cama y caminé descalza hasta la cocina para hacerme un café. Las ventanas estaban abiertas y me llegaba amortiguado el alboroto de la calle, donde la gente seguramente ya estaría bajando a la playa a pasar el día.

Reconozco que cuando el dichoso mensaje llegaba era una tortura. Aunque era todavía peor cuando tardaba en hacerlo. En las veces en que Alberto se retrasaba, yo creía que iba a perder la poca cordura que me quedaba. Si, por algún motivo, en vez de a las nueve llegaba a las diez, esos sesenta minutos se convertían en el mayor de los suplicios y yo me repetía que por fin se había rendido, que ya no quería volver conmigo, que me había olvidado definitivamente.

¿Y a mí qué más me daba si Alberto me olvidaba?

Pues me daba. Mucho. No podía remediarlo.

Cogí el teléfono para marcar el número de la única persona en el mundo que no se cortaría un pelo en decirme que lo mío no tiene remedio. Llamé a Triana.

—Más te vale que haya una guerra nuclear o una invasión alienígena —gruñó de mal humor.

Vale, evidentemente la había despertado. Pero lo cierto es que era una emergencia... sin extraterrestres ni bombas radiactivas, eso sí, pero emergencia al fin y al cabo.

—Repíteme lo tonta que soy por seguir esperando los mensajes de Alberto —supliqué.

Escuché un suspiro de resignación al otro lado y me la imaginé saliendo de la cama, en la que con toda probabilidad dormiría un tío desnudo y extenuado después de que mi amiga lo hubiera exprimido como a un limón (y que conste que la frase era una de sus favoritas).

—Pues sí, eres tonta —me confirmó en un tono cariñoso—. Pero sabes que te quiero igual.

—Ya, gracias, eso es un gran consuelo.

—Oye, ¿por qué no le bloqueas de una vez?

Triana tenía razón. Pero hacerlo suponía romper el último lazo que me unía a mi vida anterior, en la que fui feliz, en la que soñé con un futuro.

—Porque no puedo —murmuré con la boca pequeña, estirándome para alcanzar el tarro con las cápsulas de Nespresso de la estantería.

—Cielo, sabes cómo funciona lo del doble *check*, ¿verdad?

Sí, era consciente de que ese invento de mierda me dejaba con el culo al aire permitiendo a Alberto comprobar si yo recibía sus mensajes... y si los leía. Y por supuesto hacía ambas cosas.

—¿Te has parado a preguntarte qué pensará él de eso? —insistió Triana ante mi repentino mutismo—. Lo mismo le da por pensar... qué se yo... que sigues enamorada o algo así.

Más silencio por mi parte. ¿Y qué si era verdad? Tal vez lo estuviera. ¿Acaso es posible dejar de querer de repente a alguien con quien has compartido siete años y un millón de sueños? Al

menos yo no podía, por muy gorda que fuera la putada que me había hecho necesitaba tiempo para asimilar que estaba definitivamente fuera de mi vida.

Pero que me hiciera falta algo de tiempo no quería decir que estuviera dispuesta a olvidarlo todo y volver con él. De eso nada. Tenía claro que con su traición nuestra relación se había resquebrajado hasta lo más profundo, hasta los cimientos. Y todo el mundo sabe que sin unos buenos cimientos no se puede construir nada sin esperar que se derrumbe.

—¿Sigues ahí?

La voz de Triana me trajo de vuelta de mis elucubraciones.

—Sí, perdona —contesté y procuré concentrarme en el delicioso olor a café que ya inundaba la cocina—. El caso es que sé que lo mío con Alberto es ya del todo imposible, sé que lo mejor que hice fue plantarlo. Y sin embargo no puedo dejar de esperar sus mensajes como si me fuera la vida en ello.

—¿Te das cuenta de que te has convertido en una especie de yonqui de los mensajes de tu ex? —me soltó Triana de golpe, sin anestesia ni paños calientes—. Joder, Amalia, de todas las drogas posibles te has ido a enganchar a la peor. Olvida eso de tonta que te dije antes, lo que eres es gilipollas perdida.

—No tengo remedio, tienes razón...

—Lo sé, yo siempre la tengo —continuó satisfecha—. Pero párate a pensar lo que ocurrirá el día que ese pedazo de capullo te corte la dosis. ¿Qué harás entonces? ¿Arrastrarte por el fango para mendigar otro poco de atención a un tío que no se merece ni que te acuerdes de su nombre?

Cuando Triana se proponía ser sincera, lo era del todo, sin medir las consecuencias que sus palabras provocarían. Al fin y al cabo, yo la había llamado precisamente para eso. Y podía ser cruel, pero no le faltaba razón.

Algún día Alberto se cansaría de seguir escribiendo a alguien que le ignoraba, y lo dejaría correr sin más. La paciencia nunca había sido una cualidad de Alberto. ¿Cuánto más aguantaría? ¿Un par de semanas, un mes? Antes o después acabaría tirando la toalla. Y yo me quedaría esperando un wasap que jamás llegaría. Aquello me hundiría en las más hondas de las miserias. No me apetecía averiguar si resistiría otro golpe así.

—Oye, ¿por qué no vienes a casa hoy y comemos juntas? Podríamos reservar en ese restaurante nuevo que me dijiste —propuse.

En esos momentos no me veía capaz de pasar el día sola sin que se me cayera el mundo encima.

—Me encantaría, de verdad, pero hoy imposible —se excusó, y su voz me sonó preocupada—. Tengo un juicio muy importante mañana y en un rato salgo para el despacho. Estaré todo el día allí metida para adelantar trabajo.

—Entiendo...

—¿Estarás bien? Si lo necesitas puedo pasar cuando termine.

—No, tranquila, estaré bien —mentí lo mejor que pude.

Nada más despedirnos y colgar, el silencio de la casa se me hizo insoportable. Así que lo intenté con Laura, pero tenía comida familiar en casa de su suegra y me lo dijo entre un coro de berridos infantiles que no me explico cómo era capaz de soportar sin volverse loca. Probé con Irene, que debía estar sin batería porque saltó el contestador de voz. Pensé en hacerle una visita a su nuevo apartamento, pero entonces se me ocurrió que lo mejor sería no acercarme a nadie. Tenía el estado de ánimo por los suelos y mi presencia sería como uno de esos nubarrones grises que te fastidian el sol en un día de playa. Si iba a ser ese nubarrón, mejor a solas.

La cuestión es que aquel era un precioso domingo de verano. Podría bajar a darme un chapuzón al Postiguet, o dar un paseo por el puerto viendo bambolearse los mástiles desnudos de los veleros de lujo, o tomarme un granizado de limón en cualquier terraza de la Explanada leyendo un buen libro. Todos ellos eran planes estupendos. Pero a mí lo único que me apetecía era encerrarme en mi cueva y, si era posible, no volver a salir nunca jamás.

La culpa de que desperdiciara aquel increíble día era de Alberto. De él y de sus malditos mensajes.

—¡Hijo de puta! —solté en voz alta mientras iba a la nevera en busca de algo para beber más fuerte que un capuchino.

Pero una vez abrí la puerta me encontré con que las lejas estaban casi tan solitarias como yo. Debería haber ido a la compra, no me quedaba prácticamente de nada. Al menos tenía un par de botellas de tinto de verano. Me encogí de hombros y abandoné el café sin ni siquiera probarlo. Qué más daba que fuera por la mañana, estaría fresquito y con esos calores entraría solo.

Encontré también un melocotón arrugado y decidí cortarlo para mezclarlo con el tinto. Me pareció que el hecho de estuviera bebiendo alcohol tan temprano y sin compañía era más aceptable si incluía una pieza de fruta. ¿No dicen que quien no se consuela es porque no quiere?

Una hora después, cuando había vaciado la primera botella y empezaba a estar bastante mareada, subí los pies a la mesita baja y agarré mi móvil con firmeza. Enfoqué la vista para encontrar el nombre que buscaba y que, además, seguía siendo el primero de mi agenda: Alberto.

Envalentonada por el alcohol busqué el botón de eliminar contacto y, tomando una bocanada de aire, lo pulsé. Luego abrí la aplicación de wasap y lo bloqueé. No tuve que hacerlo en Facebook, Twitter o Instagram porque, aun siendo informático, Alberto era contrario a las redes sociales. Así que con aquello había terminado.

¡Qué fácil había sido! Solo me había llevado medio minuto, una botella de tinto de verano y un corazón destrozado. Solo eso.

Lancé el teléfono a la otra punta del sofá, bien lejos para no arrepentirme, y me fui a la cocina en busca de la segunda ronda. Me la tendría que beber sin melocotón, porque el único que quedaba ya me lo había comido, pero a esas alturas aquellos detalles me importaban poco. Lima y Limón siguieron mis pasos tambaleantes, se enredaron en mis piernas y por poco no acabamos los tres por los suelos. Recobré algo de compostura (la justa, tampoco mucha) y les puse de comer. Luego volví al salón dispuesta a no parar hasta verle el culo a la botella.

Si alguien en algún momento cree que es buena idea pimplarse dos botellas de tinto de verano en ayunas, desde aquí quiero dejar claro que se equivoca. De hecho, lo puedo certificar por propia (y patética) experiencia.

En mi caso, la primera me había servido (además de para ponerme piripi) para reunir el valor necesario para terminar de expulsar a mi ex de mi vida. Ya no habría más mensajes, ni más angustia esperando que llegaran. Se había terminado. Y eso estaba bien.

Lo que no estaba tan bien era lo que vino a continuación. Debí haber parado ahí, pero el corazón me palpitaba alocado en el pecho ante la idea de no volver a saber de Alberto nunca más a partir de entonces, y no pude soportarlo. Por eso seguí. Y mal, muy mal.

Porque con la segunda botella empecé a tener calor. Muchísimo calor. Bajé la temperatura del termostato, pero nada, que el sofocón no se me pasaba ni con esas. Quizá por eso me dio por pensar en el tiempo que llevaba sin darme una alegría al cuerpo. Y es que desde mi ruptura me había comportado como una monja casta y pura.

Bueno, vale, estaba lo de Unai, y ahí lo único que tuve de monja fue el «¡Oh, Dios mío!» que se

me escapó en el primer orgasmo con él. Pero aquello había sido más bien enajenación mental transitoria. Ese había sido el diagnóstico de Triana, y no le faltaba razón, que para algo es abogada. Según ella, mi crimen había sido estar ciega de remate y no ver que Unai era uno de esos tíos que no pueden mantener la polla dentro del pantalón en cuanto se les cruza una mujer, pero yo ya había cumplido mi merecida condena cuando me dejó más tirada que a una colilla. Así que borrón y cuenta nueva, que ya estaba bien de llorar por los rincones.

Yo era una tía cojonuda. No es que fuera miss España, pero tenía mis encantos. Además, era una mujer independiente y trabajadora. Me merecía más. Más que un novio que preñaba a otras y más que un jefe tan falso como un duro de chocolate.

Justo entonces, desde arriba me llegó el ruido de pasos y una silla arrastrándose. Por encima de mí solo estaba el ático, por lo que no podía tratarse de nadie más que Héctor. Bien pensado, ese «más» que yo estaba convencida de merecer bien podía ser un casero sexi, por ejemplo.

El recuerdo de cómo había lamido la cucharilla del helado aún me perseguía y aprovechó ese momento para asaltarme de nuevo, lo que desde luego no me ayudó con mis calores. Incluso sentí una gota de sudor deslizarse por mi canalillo. Si es que ya lo dice Triana: no follar es malo, porque se te acumulan las ganas y al final se acaban desbordando... o lo que es lo mismo: haciendo una tontería.

Y aunque yo, por lo general, solía meterme con ella cuando soltaba esas barbaridades, en aquel momento (tal vez porque iba bastante borracha) me pareció que mi amiga tenía una mente clarividente y toda la razón del mundo mundial.

Resumiendo, que mi cerebro calenturiento recuperó la imagen de Héctor. Recordé lo alto que era, su espalda ancha, su pecho fuerte, sus manos grandes, sus ojos grises... No se trataba solo de que era muy guapo, además había algo en él tan terriblemente masculino que era imposible no querer acurrucarse a su lado y dejarse cuidar.

Claro que lo último que yo quería hacer con mi casero y vecino en esos momentos era acurrucarme. Con el tinto de verano corriendo libremente por mis venas, solo ansiaba cabalgarlo como una amazona hasta el fin de los tiempos al grito de: ¡Yijaaaaa!.

De algún modo (repito: beber en ayunas es una pésima idea), me convencí de que lo mejor que podía hacer en ese momento era subir a hacerle una visita.

Quién sabe, tal vez él también estuviera solo y aburrido y pudiéramos negociar un nuevo acuerdo para pagarle el alquiler... ¿Aceptaría que fuera en carnes?

## CAPÍTULO 9



### *La peor de las malas ideas*

Para una sola planta me parecía una tontería llamar al ascensor, que era lento como el caballo del malo y siempre tardaba un siglo en llegar, así que subí al ático por las escaleras. Iba tan decidida (y tan caliente) que salté los peldaños de dos en dos. Que no me rompiera el cuello haciendo el mono borracha es para mí la prueba definitiva de que los milagros existen.

De alguna manera conseguí llegar sana y salva a la puerta de Héctor. Una vez allí me tomé un minuto para recuperar la respiración y asegurarme de que era lo que quería hacer.

Y sí, quería.

Ya estaba bien de celibato, ni que estuviera guardando duelo, joder. Era una mujer joven que no podía inhibir mis impulsos. Estaba harta de ser una pánfila con miedo a volver a tener un hombre delante. Eso se había terminado. A partir de ese momento iba a tomarme la vida de otra forma, y esa forma incluía muchos polvos con tíos buenorros como Héctor.

Dios, solo imaginármelo al otro lado de la puerta me daban palpitaciones.

Antes de llamar al timbre me pasé revista rápidamente: un vestido ligero de algodón que usaba para estar por casa, unas chanclas de dedo y la coleta despeinada. Por supuesto sin maquillar. Ya podía haberme esmerado un poco más, pero los arrebatos son así... y yo iba como iba.

Podía haber vuelto a mi casa a cambiarme, o mejor aún, a dormir la mona, que era lo que tenía que haber hecho. Pero no. Me conformé con hacerme una coleta nueva allí mismo y estirarme un poco el vestido. Al menos no llevaba sujetador y todo el mundo sabe que eso siempre ayuda.

Pulsé el timbre y por encima de mis alocados latidos escuché unos pasos que se acercaban del otro lado. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo nerviosa que estaba. Cuando vi que la puerta empezaba a abrirse tragué saliva, metí barriga y saqué pecho.

—¿Puedo ayudarte?

No era Héctor quien preguntaba, sino una chica. Una muy guapa por cierto, que me miraba con la mano apoyada en el marco de la puerta esperando una respuesta.

—Yo... —balbuceé para terminar de lucirme, tampoco se le puede pedir mucho más a un pobre cerebro alcoholizado.

Mierda. ¿Quién coño era esa tía? Y, ¿qué hacía allí jodiéndome el polvo salvaje que pensaba echar con Héctor? Vi como Doña Perfecta levantaba una ceja con la esperanza de que yo pronunciara una explicación coherente y supe que tenía que decir algo, lo que fuera.

—¿Está Héctor? —murmuré achicándome cada segundo que pasaba bajo su escrutadora mirada.

—No, Héctor está trabajando, hoy tenía que enseñar un par de pisos —respondió de mala gana—. ¿Y tú eres...?

En ese momento me vi a través de sus ojos. Estaba bastante borracha, mal peinada, y con toda probabilidad mi aliento no olía a melocotón a pesar de haberme comido uno. Deseé que me tragara la tierra y no volviera a escupirme jamás de los jamases.

—Soy Amalia, la inquilina nueva de abajo —me presenté esforzándome por no perder la poca

dignidad que me quedaba y me inventé una excusa plausible—. Buscaba a Héctor porque la domótica me ha dado algún problema, pero no es urgente, ya se lo comentaré mañana si para entonces no he conseguido arreglarlo.

Ella me sostuvo la mirada un par segundos antes de contestar.

—Yo soy Silvia, su novia, ya se lo diré cuando vuelva esta noche.

Y así, sin más, me cerró la puerta en las narices.

¡Había que joderse con Doña Perfecta!

Me tomé unos minutos en el descansillo antes de decidirme a iniciar mi descenso a los infiernos. La luz se apagó y fui consciente de que la moña me había desaparecido de golpe. Se había esfumado para dejar paso a una humillación profunda y absoluta. Cerré los ojos en medio de la oscuridad, con la espalda apoyada en la puerta.

Cuánta razón tenía Triana: yo no soy tonta, yo soy gilipollas.

Aún debía dar gracias de no haber encontrado a Héctor en casa y haber hecho el mayor ridículo de toda mi vida.

¿Qué coño había estado a punto de hacer? Había ido dispuesta a lanzarme a los brazos de un tío con una novia al estilo Barbie, al que seguramente yo no le interesase en lo más mínimo. Y menos aún si llega a verme en aquel deplorable estado. Por suerte no había sido así. Me había librado por los pelos.

Las lágrimas se me amontonaron en los párpados. Tal vez fuera por lo humillada que me sentía, o por el bajón del alcohol, pero el caso es que allí estaban, empujando para salir a raudales.

Las aparté con un par de manotazos furiosos. Sabía que todo: mi repentina e insaciable sed de tinto de verano, mi arrebatado de alegre promiscuidad... todo aquel circo lo había montado para ser capaz de bloquear a Alberto, para dejar de recibir sus putos mensajes en los que me juraba que no sabía vivir sin mí, y para sobrevivir a su olvido.

Y justo después había estado cerca de cometer el mismo error que con Unai, pero la fortuna quiso que en esa ocasión me salvara una novia arisca. ¿Aprovecharía para aprender la lección? ¿O seguiría en aquel bucle infinito de autocompasión que me estaba ahogando?

No pude seguir reflexionando sobre ello porque una súbita arcada me subió desde algún lugar doblándome en dos. No tuve tiempo de nada, ni siquiera de volver a casa. Ahí mismo, en el portal de Héctor y su novia, vacié el contenido de mi estómago, que no era más que un par de botellas de tinto y un melocotón.

Lo dicho: beber con el estómago vacío es mala, muy mala idea.

El juicio que tenía Triana al día siguiente era importante, sobre todo, porque significaba un nuevo encuentro con la mujer del *pichafloja*.

Por eso mismo se había pasado el domingo entero trabajando a puerta cerrada en su despacho. Quería asegurarse de hacerlo todo perfecto. Sabía que su señoría la tendría en el punto de mira y no quería darle la más mínima oportunidad de que la pusiera en evidencia.

A pesar de todo estaba acojonada... aunque no lo hubiera reconocido ni con un cañón apuntándole a la cabeza.

Y es que con los años había aprendido muy bien a ocultar sus miedos. Sí, Triana tenía miedos, como todas. Ella era humana, por mucho que le jodiera, lo cual significa que tenía sus propias debilidades. Lo que ocurría es que se le daba muy bien hacer creer al mundo que era una tía con un par de ovarios bien puestos. Pero toda coraza tiene sus puntos débiles. La suya también.

Los problemas para Triana habían empezado cuando era una chiquilla regordeta cuatro ojos y su familia se mudaba constantemente por culpa del trabajo del padre. Cambiar de colegio dos y

tres veces en un mismo curso implicaba que siempre era la última en llegar, la nueva, nunca tenía tiempo suficiente para hacerse amigas de verdad antes del nuevo traslado. Tampoco ayudaba su pelo rojo o esa piel tan blanca que con el sol se le llenaba de pecas. Ni las horribles gafas de pasta que le escondían lo único bonito que tenía, los ojos, ni los chándales con los que la vestía su madre que le apretaban en la cinturilla y le marcaban el michelín.

Ella solo quería ser como el resto. Pero no lo era. Creció acomplejada y eso se transformó en una ansiedad enfermiza, un miedo profundo a no ser lo bastante buena, a estar condenada ser siempre menos que los demás. A veces lloraba hasta quedarse dormida y otras acallaba su angustia con atracones de comida. Por suerte su madre se dio cuenta de la espiral autodestructiva en la que se había adentrado su hija a tiempo, y la salvó de algo mucho peor. Desde entonces no hubo más traslados, ni más mudanzas, ni más cambios de colegios. Nos conoció a nosotras y todo cambió.

Al cumplir los dieciocho Triana se prometió a sí misma que jamás volvería a sentirse así, que la inseguridad y el agujero de su estómago iban a desaparecer para siempre. Se apuntó al gimnasio y se puso a dieta. Más tarde, cuando pudo permitírselo, se operó de la miopía e incluso se animó a ponerse implantes de pecho. El único desliz que se permitía era el brownie de chocolate que pedía de postre en la cena de chicas de los viernes en El Portal. Todo lo demás estaba sujeto a una disciplina férrea que conseguía mantenerla entera.

Si perdía eso, lo perdía todo.

Le había costado mucho esfuerzo y sacrificio conseguir lo que tenía. No solo había conseguido un cuerpo escultural, sino que con su ropa provocativa, su afición por el sexo sin compromiso, y esa actitud de «todo me la suda», había convencido al mundo de que era una mujer segura de sí misma. Inquebrantable.

¡Menuda mentira!

Triana sabía que a pesar de los cambios por fuera, por dentro seguía siendo aquella niña abrumada por los complejos. Ella había sido la única al tanto de que toda su vida se sostenía sobre una gran mentira... hasta entonces.

Viéndola entrar en la sala, pisando fuerte con sus Louboutin de tacón de aguja y suela roja, nadie podría sospechar que sus viejos fantasmas se habían despertado para volver a atormentarla.

Pero ella sí lo sabía... y le aterraba que se le fuera de las manos.

Era abrumador tener que luchar consigo misma al tiempo que lo hacía contra una jueza cruel y vengativa. Porque los celos pueden llegar a convertir personas normales en verdaderos monstruos.

Y ella iba a tener que enfrentarse a eso. ¿Sería capaz?

El domingo por la noche creí haber tocado fondo. Las consecuencias de haberme pimplado dos botellas de tinto de verano sola y a deshoras habían sido catastróficas.

Para empezar había creído buena idea subir en busca de Héctor para... A ver, ¿cómo dije? Ah, sí: montarlo como una amazona hasta el fin de los días al grito de: ¡Yijaaa!

¡Dios, si es que me muero de la vergüenza solo de pensarlo!

Resulta evidente que mis planes se frustraron en cuanto Doña Perfecta me abrió la puerta para soltarme que era su novia. Menuda arpía. Y que conste que no lo digo por envidia (que un poco también, la verdad), sino por la mirada de desprecio que me dedicó.

Menos mal que para cuando vomité en su felpudo, ella me había dado con la puerta en las narices y se perdió el espectáculo.

Aquello sí que había sido para premio. Subía con intención de acostarme con Héctor y acababa echando la pota en su puerta. Ala, a ver quién me supera.

Mi obsesión en ese momento fue limpiarlo todo antes de que Héctor regresara. Así que bajé a toda prisa hasta mi casa en busca del cubo, que llené mitad de agua y mitad de fregasuelos olor a pino. Cargada con todo: el cubo, la fregona y un rollo de papel de cocina subí tambaleante las escaleras. No podía arriesgarme a encontrármelo en el ascensor y tener que darle explicaciones.

Fui rápida como un rayo. En menos de cinco minutos estaba de vuelta en casa, y en el felpudo del ático ya no quedaba ni el más mínimo rastro de mis miserias.

De eso hacía varias horas, en las cuales había vomitado de nuevo, me había duchado, había comido una pizza que pedí por teléfono y me había venido la regla. Un domingo de traca.

A media noche estaba tumbada en la cama, con Lima y Limón enroscados en los pies, con un dolor de ovarios tremendo y sin poder dormir. Aquel intenso quemazón en la parte baja de mi vientre me trajo recuerdos agrídulces de los días en los que intentaba tener un hijo con Alberto pero cada nueva menstruación hacía añicos mis sueños.

Otra vez Alberto. Lo había bloqueado en el teléfono, pero aún no había conseguido hacer lo mismo en mi cabeza.

Recordarlo me hizo preguntarme qué hubiera ocurrido si él no hubiera dejado embarazada a esa compañera de trabajo con la que me estaba siendo infiel. Era posible que sin esa circunstancia, él nunca hubiera dado el paso de confesar. Tal vez yo lo ignorara todo y nosotros siguiéramos juntos. Incluso puede que para entonces al fin esperara un hijo suyo... ¿Quién sabe? En el fondo, pensar en lo que pudo haber sido y no fue no es más que una maravillosa forma de torturarme. Otra de mis especialidades.

Di otra vuelta en la cama y miré la hora por enésima vez. La una y treinta y tres. Resoplé desesperada. El insomnio seguía siendo mi talón de Aquiles. Cerré los ojos con fuerza, dispuesta a contar ovejitas hasta que me durmiera o hasta llegar al millón. Entonces lo oí. Me enderecé en la cama como si en el colchón hubiera un resorte. No... aquello no podía ser... Pero sí, era.

Lo que se escuchaba eran gemidos. Me llegaban amortiguados por el hormigón, pero no había duda de que se trataba de gemidos de placer acompañados de alguna exclamación que no llegaba a descifrar. ¿Era sigue, sigue? ¿O dame, dame? No estaba segura.

Me quedé en silencio unos segundos, tratando de averiguar el origen de los ruidos. Me levanté de la cama y a tientas paseé por la casa, apoyando la oreja en la pared en un intento de localizar de dónde provenía semejante concierto.

Los gemidos de la mujer se estaban convirtiendo casi en gritos. Fuera quien fuera el que la estuviera haciendo aullar de esa manera tenía que ser un verdadero portento. Los amantes debieron incrementar la fuerza de las embestidas, porque llegué a identificar sin duda alguna el ruido de las patas de la cama arrastrarse por el suelo. Joder, menudo semental tenía por vecino. Me empezaba a reír de la situación cuando de pronto caí en la cuenta. La sonrisa se me congeló en la cara. Un momento, el suelo de ellos era el techo para mí y eso significaba que el ruido venía del apartamento de arriba, del ático.

¡Joder, el semental era Héctor!

Me quedé paralizada. Héctor y Doña Perfecta estaban echando el polvo del siglo justo sobre mi cabeza. Por un momento no supe qué sentir porque se me mezclaron la confusión, la vergüenza y los celos. Así todo junto y bien removido, como si fuera un maldito cóctel.

Pero antes de poder pararme a analizarlo con detenimiento, hubo algo que me sorprendió. ¿Eso era un cosquilleo entre las piernas? Sí, escuchar a Héctor follando me estaba poniendo cachonda. Si cerraba los ojos podía imaginar sin dificultad su cuerpo desnudo, empujando, estremeciéndose de placer.

Uf, aquella imagen era mejor aún que la de su lengua chupando la cucharilla del helado. Mucho mejor.

## CAPÍTULO 10



### *Las damiselas en apuros son caprichosas*

El local les pareció agradable. Música no demasiado alta, luces tenues, y en los rincones varios apartados con mesas bajas y bancos acolchados. Nada del agujero sórdido bastión del vicio que habían esperado. Así, en apariencia, casi podría pasar por un bar cualquiera en el que tomarse una copa tranquilamente.

Casi, pero no lo era.

Laura e Ismael estaban en un club de intercambio de parejas. Era su primera vez y estaban tan nerviosos que, cada vez que cruzaban una mirada, les entraba una risa floja bastante inoportuna. Porque una cosa era hablar de ello en el dormitorio y otra muy distinta dar el paso.

Como Laura había supuesto, Ismael se había mostrado encantado ante la idea de incluir una mujer en sus relaciones. Al fin y al cabo era un hombre, ¿no? Una vez estuvieron ambos de acuerdo, llegó el principal problema. ¿Cómo iban a encontrar a esa mujer? Barajaron las opciones y, principalmente, tenían tres.

La primera era recurrir a alguien conocido, de confianza, con quien pudieran fluir las cosas sin forzarlas. Pero esa era un arma de doble filo. Luego tendrían que volver a verse por la calle, o donde fuera, y podía acabar resultando de lo más incómodo. Además, a Laura la única persona que se le pasaba por la cabeza dispuesta a algo así era Triana, y por nada del mundo pensaba acostarse con una de sus mejores amigas. Opción descartada.

La segunda opción era contratar a una profesional, una señorita de compañía o *escort* como se las llama ahora. Pero Ismael se negó desde el primer momento. Él no había pagado nunca por sexo, le parecía sucio y se sentía incómodo solo de pensarlo.

Así que solo les quedó la última de las opciones: acudir a un club de parejas.

Y en ello estaban, nerviosos, con las palmas de las manos sudadas y una vergüenza difícil de disimular.

—Pues tampoco está tan mal, ¿verdad? —preguntó Ismael.

—La verdad es que no —respondió Laura con una risita—. Yo casi había esperado encontrar orgías sobre la barra y que nos obligaran a desnudarnos para entrar.

Él se rio ante su comentario. Sí, desde luego aquello hubiera resultado mucho más incómodo. Pero allí no había orgías, al menos a la vista. Tan solo gente tomado una copa en la barra o en las mesas, con un aspecto mucho más relajado que el suyo.

—¿Qué vas a querer beber?

—Un Puerto de Indias con tónica —dijo Laura, para después observar a su marido pedir las consumiciones al camarero.

Ismael era un hombretón del tamaño de un armario empotrado y no pudo evitar enternecerse al notar lo inseguro. Esa noche estaba realmente guapo. Se había vestido con unos chinos negros y un polo gris claro que le favorecía. Era de esos hombres cuya presencia imponía, pero ella sabía mejor que nadie que más allá de la apariencia, era un pedazo de pan que se deshacía de amor por sus tres hijos y por su esposa.

Se sintió feliz de tenerlo a su lado. Luchar por conservar lo suyo era de las pocas cosas que valían de verdad la pena.

Él se giró para ponerle el *gin-tonic* en la mano y se encontró con la mirada de ella. Lo que descubrió al fondo de esas pupilas debió gustarle, porque sin darle tiempo ni de beber el primer trago, Ismael se inclinó para besarla mientras con la mano libre la agarraba de la cintura y la atraía hacia él.

Laura notó su lengua fría por la bebida y el hielo moverse con agilidad en el interior de su boca y sintió un inmediato chispazo de excitación. Así que se pegó aún más, buscando que su pecho rozase el de él a sabiendas de la erección que eso iba a provocar.

Cuando se separaron él tenía el gesto azorado, como si alguien pudiera adivinar el bulto que le había crecido en la bragueta a pesar de la poca luz de la sala. Laura se rió y le prometió que nadie podría darse cuenta, luego se puso de puntillas para darle un casto e inocente pico.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó él.

—También es mi primera vez. —Laura se encogió de hombros—. Supongo que habrá que acercarse a alguien que nos guste a los dos y enterarnos de si nosotros le gustamos, ¿no?

—Entonces me temo que voy a necesitar una copa más... o tal vez tres.

—¡Ja!

—Estás preciosa esta noche —le susurró Ismael al oído haciéndole cosquillas con su aliento en el cuello—. Aunque tú siempre lo estás, Sherezade.

Laura se removió, coqueta. Le gustaba verse a través de los ojos de su marido. La hacía sentir increíblemente sexi, como si de verdad fuera una princesa de Oriente.

Aprovechó que él le acariciaba el brazo desnudo que dejaba al aire su vestido corto de tirantes azul marino con lunares blancos, para armarse de valor y echar un nuevo vistazo a su alrededor.

—No te lo vas a creer... —le dijo a su marido a media voz a pesar de que estaban solos en esa parte de la barra y nadie más podía escucharla—. Me parece que en una de las mesas del fondo hay una pareja besándose y tocándose mientras otra los observa.

—Supongo que eso no debería sorprendernos estando donde estamos, ¿no crees?

Eso era cierto, pensó Laura, y aunque sabía que debía dejar de mirar, le costaba hacerlo. Había algo magnético en eso de observar lo prohibido.

Haciendo un gran esfuerzo consiguió al fin desviar la mirada y entonces, como por accidente, sus ojos se encontraron con otros que la observaban con fijeza desde el otro extremo de la barra. Era una mujer joven y atractiva. ¿Los miraba a ellos? Laura no estaba segura, pero entonces la chica le dedicó una sonrisa preciosa que no dejaba lugar a dudas.

Sí. La miraba a ella.

Salí temprano de casa con el firme propósito de hacer la compra y llenar mi nevera de cosas sin alcohol. Nada de tinto de verano para mí en un tiempo, gracias.

Llamé al ascensor y esperé con paciencia. El condenado era lentísimo y siempre tardaba una eternidad. Me entretuve estudiándome las uñas que, dicho sea de paso, estaban necesitadas de una buena manicura, cuando al fin se abrieron las puertas y tuve que contener una maldición.

Allí estaban Héctor y la Barbie. Él guapísimo con unas bermudas beige y una camiseta de manga corta negra que se le ajustaba en el pecho y alrededor de los bíceps. Ella también estaba divina, cómo no, llevaba una minifalda que era poco más que un suspiro y sus piernas me parecieron infinitas. El top blanco resaltaba su moreno, además de permitir adivinar el inicio de sus pechos y un *piercing* en el ombligo.

Dios, cómo la odié en ese instante: preciosa, con un novio que la tenía increíblemente bien

follada, y en vez de estar feliz como una perdiz no perdía ese gesto desagradable en la cara que ya le había visto anterior: con la nariz ligeramente arrugada y los labios apretados con las comisuras curvadas hacia abajo. ¡Ni que estuviera oliendo a mierda!

Héctor me saludó con una cálida sonrisa, pero ella estaba tecleando frenéticamente en su iPhone y no levantó la mirada. La verdad es que creo que ni siquiera se percató de mi existencia.

—¿Bajas? —me preguntó él, sujetándome la puerta al ver que yo no reaccionaba.

—Sí, claro —me apresuré a contestar.

Entré y, de repente, estar los tres allí dentro me pareció casi tan surrealista como el hecho de que el día anterior les vomitara en su felpudo.

—Oye, ¿pudiste arreglarte con la domótica? —me preguntó Héctor con su voz grave y serena cosquilleándome en la nuca pues lo tenía justo detrás de mí—. Silvia me dijo que ayer tuviste algún problemilla.

—Todo solucionado —me apresuré a contestar. Joder, si él supiera la verdad de por qué había subido a su casa la vergüenza me hubiera obligado a mudarme de piso, quizá hasta de país—. No era más que una tontería.

—Siento no haber podido ayudarte, pero estaba fuera —se excusó—, y cuando volví ya era tarde así que no quise molestar.

Eso me recordó de golpe todo lo que había escuchado la noche anterior y un repentino calor me subió desde los pies.

—No te preocupes... —logré murmurar con la vista fija en la pantalla en la que iban apareciendo números conforme pasábamos por cada una de las plantas del edificio.

Tuve que aspirar una bocanada de aire para llenar mis pulmones. No sé si era que el interior del ascensor parecía un horno, o la cercanía de Héctor, o la imagen que seguía en mi mente de su cuerpo desnudo y sudoroso follando como un Dios la noche anterior...

El caso es que las piernas me flaquearon, y no me refiero en sentido figurado, sino en el real. Tan real que de pronto lo vi todo negro y los sonidos me empezaron a llegar amortiguados. Dejé de sentir mi propia respiración desacompañada y me caí redonda en el momento justo en el que se abrían las puertas.

Desperté en el sofá de casa, desubicada y sin saber lo que había ocurrido.

—Te has desmayado —escuché.

Era la voz de Héctor. Barrí el salón con la mirada y lo descubrí de pie, encendiendo el aire acondicionado.

—He pensado que sería un golpe de calor, así que te he subido a ver si te recuperabas con el aire frío —se explicó y creí ver un gesto de preocupación en sus increíbles ojos grises—. Pero estaba a punto de llamar a emergencias.

—No hace falta —lo tranquilicé intentando incorporarme—. A veces me ocurre, aunque en diez minutos se me pasa.

Y era verdad. Con la regla solían darme mareos, me pasaba desde jovencita y el médico nunca le dio importancia porque tampoco solían pasar de ahí. Supuse que en esa ocasión fue peor debido al asfixiante calor que hacía en el interior del ascensor. Y tal vez (es un suponer) tampoco ayudara la brusca subida de pulsaciones que me había provocado el recordar a Héctor follando como un animal.

—Espero que no te importe que haya abierto, tenías las llaves en la mano.

—No, claro que no —respondí aún algo aturdida—. Gracias.

—Silvia se ha marchado al trabajo, y lo cierto es que yo también debería estar ya en la

oficina... pero no podía dejarte así. Me has dado un buen susto. ¿Estás segura de que no debería verte un médico?

—Muy segura —respondí haciendo un esfuerzo por sonreír, aunque creo que me quedó una mueca un poco rara—. Siento haberte asustado, de verdad.

—Si no te importa me quedaré un rato aquí, vigilándote —dijo y me guiñó un ojo—. Solo para asegurarme de que no te vuelves a desmayar como una damisela en apuros.

A pesar de la flojera que me invadía, el comentario me arrancó una débil carcajada.

—Lo intentaré, aunque no prometo nada. Ya se sabe que las damiselas somos imprevisibles y caprichosas.

Héctor también se rio y su risa me hizo sentir súbitamente bien. Había algo en su compañía que me resultaba reconfortante.

Recordé la vez que había acudido para ayudarme a domar la tecnología rebelde de mi piso, y cómo casi se le escapó que no era feliz de haber vuelto a Alicante. ¿Era tristeza eso que brillaba en sus ojos grises de tormenta?

—¿Te apetece un café? ¿Solo y con media de azúcar? —me ofrecí recordando cómo lo tomaba y haciendo un intento de incorporarme del sofá—. No puedo ofrecerte otra cosa, justo salía a comprar porque estoy bajo mínimos.

—Deja, mejor lo hago yo —se levantó deteniéndome con un gesto de la mano—. Tú no te muevas de ahí, que ya he tenido bastantes sustos por hoy.

Desde el sofá, sentada con las piernas recogidas a un lado, observé sus hombros torneados y su espalda ancha perderse hacia la cocina. Unos segundos después me llegaron los sonidos que revelaban que estaba colocando la cápsula y poniendo en marcha la Nespresso.

—¿Lo tomabas con leche, verdad? —gritó desde allí.

—Sí, pero no me queda, así que solo —respondí sin poder deshacerme de la extraña sensación de tenerlo trajinando en mi cocina.

Demasiada intimidad, ¿o tal vez no? Héctor era un hombretón de casi metro noventa, con una espalda ancha de nadador. Era masculino y fuerte. Sin embargo, algo en él me parecía tan tierno que daban ganas de abrazarle y acurrucarse a su lado para siempre, como si estando a su lado ya no hiciera falta nada más.

En cierta manera me recordaba a lo que había sentido al lado de Alberto, solo que con él necesité varios años para conseguirlo, y con Héctor había surgido casi de forma espontánea, sin buscarlo.

Mientras yo me perdía en mis pensamientos, regresó con una taza en cada mano y me tendió una al tiempo que me dedicaba una sonrisa que me pareció dulce. Luego me observó en silencio dando su primer sorbo.

—Tranquilo, no pienso morirme de momento —bromeé ante su preocupación. Y creí que tenía que desviar la atención de mí, así que no me quedó más remedio que echar mano de una mentira—. Tienes una novia muy simpática. Ahora entiendo que te quedaras en Alicante.

La realidad era que Héctor tenía una novia que parecía sacada de un catálogo de ropa interior, pero lo que se dice simpática... más bien tirando a no.

—Bueno... —Suspiró hondo, como si se vaciara entero—. Silvia no fue precisamente el motivo de que volviera, ni mucho menos por el que me quedé.

Intuí que sus palabras le pesaban. Como ocurre cuando nos empeñamos en callar las cosas tanto tiempo que, cuando intentamos dejar de hacerlo, ya es demasiado tarde. Seguía de pie, se había girado un poco para apoyar la espalda en la pared. Hundió una mano en el bolsillo del

pantalón mientras que la otra jugueteó con la taza. Lo estaba viendo de perfil de modo que pude intuir cómo se tensaba su mandíbula, cubierta con una barba de dos o tres días.

Estuve a punto de decir algo, no sé, supongo que cualquier tontería para aligerar la tensión del momento, pero él se me adelantó.

—La verdad es que, si fuera solo por Silvia —murmuró casi para sí mismo, y se apartó un mechón del pelo oscuro antes de mirarme fijamente—, me hubiera marchado hace tiempo.

Lo miré a los ojos, extrañada por lo que acababa de escuchar. Él me sostuvo la mirada un par de segundos, los suficientes como para adivinar que en la profundidad de sus pupilas se escondía mucho más de lo que en un primer momento había creído.

—Perdona —murmuró antes de dar el último sorbo al café—, no tenía que haber dicho algo así, ahora creerás que soy un capullo.

No, no me parecía un capullo. Quizá un poco perdido sí, pero no más que yo misma. Además, ¿por qué iba a preocuparle lo que yo pensara de él? Después de todo, no era más que su vecina de abajo.

—Si no es por ella —me atreví a preguntar después de unos instantes en los que pasé el dedo por el borde de la taza en círculos—, ¿por qué sigues en un sitio en el que no quieres estar?

—Es bastante más complicado que eso.

—¿Quieres probar a contármelo?

Vi cómo Héctor separaba la espalda de la pared para acercarse al sofá y dejar la taza vacía sobre la mesita. A pesar de sus movimientos pausados, apenas me percaté de lo cerca que estábamos hasta que su cuerpo estuvo junto al mío. Sus labios entreabiertos me parecieron lo más tentador que había tenido frente a mí en toda mi vida.

—No sé por qué —susurró sin dejar de mirarme—, pero tengo la impresión de que si alguien pudiera entenderme... serías tú.

Tal vez fuese por la intensidad de su mirada llena de nubes, o tal vez porque aún seguía algo mareada, el caso es que cerré los ojos, incapaz de controlar los alocados latidos de mi corazón.

Cuando los volví a abrir, unos segundos después, Héctor ya no estaba.

Lo único que quedaba como prueba de que no había sido un sueño era su olor, una taza vacía, y el ruido de la puerta de entrada que se cerraba tras él.

## CAPÍTULO 11



### *Un regreso inesperado*

Triana se miró en el espejo y se odió. Se odió más todavía porque sabía que no debería tratarse a sí misma de esa manera. Esa era su primera norma, la que se había prometido no romper jamás... pero ahí estaba, incumpliendo su promesa una vez más.

Por la mañana había tenido un nuevo juicio. La mujer del *pichafloja* estaba allí, como siempre últimamente. Casi diría que tanta coincidencia no era normal, que era su señoría quien hacía lo posible por coger sus casos y así poderle hacer la vida imposible. Y, joder, lo estaba consiguiendo.

Desde que aquel acoso había empezado, Triana no había vuelto a ser la misma. Sabía que estaba en manos de su señoría, que podría hacer con ella lo que quisiera. Y al parecer lo que quería era torturarla. La recriminaba constantemente, la mandaba callar, la acusaba de desacato, en una ocasión incluso llegó a expulsarla de la sala cuando se puso nerviosa y se le acabaron cayendo al suelo unos papeles por accidente.

Sus clientes empezaban a quejarse y ella no podía reprochárselo. Si aquello continuaba así, todo su esfuerzo y sacrificio, el trabajo de años que le había llevado levantar su propio bufete se iría a la mierda. Toda su vida entera lo haría.

¡Puto *pichafloja*! Había resultado igual de inútil para tener la boca cerrada como para mantener una erección.

Triana no se había sentido así desde hacía mucho tiempo, tanto que había creído que lo tenía superado. Pero no. Aquella situación la desbordaba. La llevaba de vuelta a esos años en los que era una cuatro ojos regordeta que acallaba sus miedos con comida. De pronto era como si el tiempo hubiera retrocedido. Y toda su fortaleza se hubiera esfumado.

La ansiedad y el agujero negro de su estómago habían regresado. Estaban allí, como si nunca se hubiera marchado. Y Triana había vuelto a ceder ante ellos. De pronto se sentía diminuta, como si la mujer fuerte y decidida en que se había convertido se hubiera volatilizado de pronto. O tal vez es que nunca había existido.

¿Y si ella se había esforzado por convertirse en algo que no era con tanto empeño que se lo había llegado a creer?

Triana se volvió a mirar en el espejo. No le gustó lo que vio porque allí, tras la mujer imponente del reflejo asomaba una chiquilla asustada y débil. Y si ella podía verla, el resto del mundo también.

Tiró el vestido sobre la cama. Era el décimo que se probaba y con ninguno se veía bien. Seguramente porque la ansiedad de las últimas semanas la habían forzado a abandonar el gimnasio y su estricta dieta.

Se sentía perdida. La imagen que tanto le ha costado conseguir estaba desapareciendo. Ya no se sentía atractiva, ni decidida, ni arrolladora. Había convertido su físico en su tarjeta de presentación, en algo que decía: ten cuidado conmigo porque consigo todo lo que me propongo. Pero eso no era más que una cortina de humo.

La realidad era que ni siquiera podía conseguir que la jueza dejara de torturarla, y ahora ella tenía miedo, miedo a perderlo todo. Miedo a que el mundo descubriera cómo era la Triana de verdad.

De repente se sintió incapaz de seguir adelante con la farsa. Porque lo único que tenía claro, era que ella era una farsante. Había querido aparentar ser inquebrantable, cuando en realidad era tan débil como cualquiera.

Sonó el timbre y dio un respingo. Joder, se le había hecho tarde. A toda prisa se puso un vestido bastante más suelto de lo habitual, intentando esconder esas redondeces que habían aparecido en su cuerpo desde que cambiara sus rutinas, y corrió a abrir la puerta. Estaba decidida a olvidarse de toda esa mierda, al menos por un rato. Y esperaba que el tío guapísimo al que hacía tiempo le había echado el ojo (y con el que había quedado con intención de follárselo de todas las maneras posibles) la ayudara con eso.

Esa noche Triana fue más brusca que nunca. Lo necesitaba para no pensar. Desnudó a su ligue a zarpazos aún en el pasillo mientras lo lamía entero de arriba abajo y decía las obscenidades más grandes que se le pasaban por la cabeza. Él pareció encantado ante semejante entusiasmo, porque respondió con una erección que arrancó una sonrisa a Triana y por un instante la hizo sentirse mejor. Si aún tenía ese efecto en los hombres, se dijo, quizás aún las cosas tuvieran arreglo.

Se obligó a olvidarse de sus complejos y permitió que él le subiera el vestido por las caderas para manosearle las nalgas. Ella se agarró a su polla dura y movió la mano arriba y abajo masajeando con suavidad.

—Ven, mejor seguimos en el dormitorio —ronroneó traviesa, porque aún seguían de pie en el descansillo, y estaba decidida a echarle un polvo épico de los que necesitan una superficie horizontal.

Se dejaron caer sobre las sábanas enredados entre besos húmedos y jadeos. Él volvió a meter la mano bajo el vestido para tirar de las bragas y se lamió los dedos antes de acariciarla con ellos. Triana se retorció de placer y abrió más las piernas.

—¿Te gusta? —preguntó él con la cabeza perdida más abajo del ombligo.

—¡Más fuerte! —pidió ella con la voz quebrada de excitación.

Seguramente fue el calentón lo que hizo que Triana se olvidara por un momento de lo avergonzada que se había sentido de su cuerpo solo unos minutos antes, y no opuso resistencia cuando él le quitó el vestido por encima de la cabeza. Tampoco se acordó de que las luces estaban encendidas, ni se negó cuando él la giró para dejarla a cuatro patas sobre el colchón.

Creó que iba a metérsela, y la verdad era que lo estaba deseando, pero él se entretuvo unos segundos a su espalda amasando con ansia su trasero con las dos manos.

—Joder, no sabes cómo me ponen los culos grandes... —le susurró él a su oído—. Y el tuyo es una pasada, nena.

Entonces todo se fue a la mierda.

De repente Triana fue consciente de que estaba completamente desnuda delante de un tío al que apenas conocía, y al que no se le ocurría otra cosa que decirle que tenía un culo del tamaño de una plaza de toros.

Una mezcla de vergüenza y humillación se le atravesó en la garganta con tanto empeño que casi le arrancó un sollozo. Y Triana no encontró otra forma de acallararlo que poniéndose echa una furia. De un manotazo apartó al tipo que seguía manoseándola y recuperó su vestido para cubrirse con él.

—¡Que te jodan! —le soltó de golpe, como si fuera una serpiente escupiendo su veneno.

Él se quedó parado un instante, sin comprender qué coño había pasado para que ella reaccionara así. Con toda la sangre dirigida a levantarle la polla, el cerebro del muchacho tardó en reaccionar y Triana perdió la paciencia.

—¡Que te largues de una puta vez!

—¿Pero... se puede saber qué ostias te pasa?

Ella le dio un empujón para sacarlo de su cama por la fuerza. No podía soportar más tiempo verlo allí, con su cuerpo perfecto cincelado en el gimnasio, mientras que ella no era más que un adefesio con un trasero como un helipuerto.

—¡Tú estás loca! —explotó entonces él, que pareció darse cuenta de repente que aquello no era un juego.

La fabulosa erección desapareció, igual que lo había hecho la posibilidad de que aquella cita acabara bien. Él se dio media vuelta, aún desnudo, y caminó hasta el descansillo para recuperar su ropa y vestirse sin dejar de lanzar improperios.

—Claro que me largo —gritó furioso—, y para no volver. Joder, menudo trueno que tienes, tía. ¡Háztelo mirar!

Y Triana no lo vio irse, porque seguía en la cama a medio tapar con su vestido arrugado y los ojos inundados por el llanto. Las lágrimas no impidieron que viera su reflejo en el espejo del armario y se odió una vez más. Se odió más que nunca.

Irene se despertó en una casa extraña, en una cama extraña, junto a un extraño desnudo. Otra vez.

Por un momento se preguntó qué hora sería. Se incorporó de un salto, con el corazón latiéndole a mil por hora. No podía permitirse llegar tarde otra vez al trabajo. Pero entonces recordó y se dejó caer de nuevo sobre el colchón. Demasiado tarde.

El día anterior la habían despedido de la zapatería donde hasta entonces echaba unas horas extras. A la jefa se le había acabado la paciencia, así de sencillo. Y ella no podía culparla. Razón no le faltaba, después de todo. Desde hacía unas semanas Irene había fallado en todo lo que se puede fallar: nunca llegaba a la hora, tenía la cabeza en otra parte, ¡incluso llegó a entregarle a una cliente dos pies izquierdos del mismo zapato! Y las cosas tienen su límite.

Por suerte aún conservaba el empleo de cajera en Mercadona. Aunque a decir verdad tampoco es que allí se estuviera comportando como la empleada del mes. Sabía que tenía que parar aquello, que no podía seguir dinamitando todo lo que tanto esfuerzo le había costado construir en su vida.

Pero, ¿qué era lo que le pasaba? ¿Por qué se empeñaba en tocar fondo?

Ahora que por fin Leo estaba fuera de su vida, que era libre para hacer y deshacer a su antojo... no lo estaba sabiendo aprovechar.

En vez de disfrutar de su nueva casa, de sus amigas y de la libertad que da saber que un trepa no se estaba aprovechando de ella, Irene parecía dispuesta a desperdiciar sus días, uno tras otro, como si nada le valiera la pena.

No pudo evitar pensar que con Leo se había comportado como una tía que se arrastraba con tal de tener un novio que le sirviera para espantar esa soledad que tanto la aterraba. Ahora, sin Leo, era una tía que se arrastraba y punto.

No sabría decir si eso era mejor o peor.

El desconocido desnudo del otro lado de la cama se removió un poco. Irene contuvo la respiración. Dios, ¡cómo odiaba eso! Levantarse junto a alguien de quien no recuerdas ni el nombre es tan desagradable que no se explicaba por qué lo seguía haciendo.

Lo oyó ponerse a roncar de nuevo. Se tomó un minuto antes de volver a moverse. No quería

despertarlo. Lo que ella quería era recuperar sus bragas y el resto de su ropa para salir de allí sin que se diera cuenta, hacer como si nada de aquello hubiera ocurrido. Quería llegar a su casa y darse una ducha para que el desagüe se tragara su vergüenza. Quería dejar de sentirse tan sucia.

Se movió despacio, sin hacer ruido, mientras intentaba recordar si habían usado condón. Pero la noche entera se había convertido en una nebulosa en su mente después del último chupito. Rezó porque así fuera. Lo único que le faltaba en esos momentos era una ETS. Por fin se vistió y tenía localizado el sujetador bajo la cama. Lo cogió a toda prisa y lo guardó en el bolso. Dio un último vistazo a la habitación desangelada para asegurarse que no olvidaba nada.

Una cabeza castaña descansaba sobre la almohada. Estaba vuelto de lado y no pudo verle la cara. Se preguntaba si podría reconocerlo de cruzarse con él por la calle. No, seguramente no. Es lo que tiene Tinder, que podías quedar con alguien sin rostro y que después de follártelo siga sin tenerlo.

Cerró la puerta detrás de sí despacio, sin ruido. Lo había conseguido. Estaba fuera. Ahora solo tenía que volver a casa y hacer como si las últimas horas no hubieran existido... salvo por un detalle.

No le tocaba entrar al súper hasta el medio día, así que tenía tiempo de hacer algo que desde la noche anterior le da vueltas en la cabeza. Mientras caminaba con paso decidido por la Rambla, cogió su móvil y buscó un número en la agenda. Respiró hondo y llamó.

Escuchó un tono, dos, y sintió tener que decir lo que iba a decir.

—Oye, Amalia, creo que deberías saber algo... —empezó a decir titubeante—. Verás, creo que Unai ha vuelto a Alicante.

## CAPÍTULO 12



### *Granizado de limón*

—Menos mal, ya pensaba que os habíais puesto todas de acuerdo para dejarme tirada —refunfuñé.

—No seas dramática y pídele una caña a ese camarero tan cachas, anda —respondió Triana con desenvoltura mientras se derrumbaba en la silla del chiringuito—, que he estado a punto de morir de deshidratación por el camino.

La creí. La ola de calor que invadía la ciudad desde hacía días seguía sin marcharse. A esas horas el sol brillaba en lo alto del cielo con tanta fuerza que caminar por la calle implicaba riesgo real de sufrir combustión espontánea.

Era domingo y habíamos quedado en pasarlo las cuatro juntas en la playa del Postiguet para refrescarnos y de paso broncearnos un poco, que a esas alturas yo aún parecía salida del casting de Crepúsculo.

—Recuérdame que para Reyes os regale un reloj a cada una —insistí en mi queja después de que nos tomaran nota de la bebida, no estaba dispuesta a dejar correr que me habían tenido esperando casi una hora.

¿Alguien sabe lo que cuesta conservar una mesa con cuatro sillas (tres de ellas libres) en un chiringuito en pleno julio sin que te la levante algún guiri despistado? Bueno, pues eso, que a lo mejor estaba un poco irascible.

—Oye, guapo, mejor cambia la caña por una jarra de sangría —pidió Triana al camarero que pasaba por mi espalda en ese momento—, que a mi amiga le está haciendo falta una buena cogorza... o un buen polvo. ¿Servís también de eso aquí?

¡Dios! Me tapé la cara con las manos para no ver que el sonriente muchacho me pasaba revista, como evaluando si además de con la bebida podía ayudarme con lo otro.

Vale, me estaba bien empleado, por cascarrabias, pero es que lo de Triana no tenía nombre. Desde luego, ni tenía vergüenza ni la conocía. Por suerte justo en ese momento aparecieron Irene y Laura para rescatarme.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura haciendo gala de su intuición de madre—. Triana, ¿se puede saber qué le estás haciendo a Amalia?

—Créeme, no quieres saberlo —respondí al tiempo que le plantaba un par de besos, aliviada por la llegada de refuerzos.

—¿Alguien más está a punto de derretirse como si fuera de cera? —interrumpió Irene cobijándose bajo la sombra de la enorme sombrilla y abanicándose con la mano.

—Sois unas quejicas —repuse dándome aires de urbanita—, me gustaría veros en Madrid y con el asfalto hirviendo. ¡Eso sí que es un infierno!

La primera jarra de sangría llegó y se vació a tal velocidad que no tardamos en pedir la siguiente al camarero chachas que ahora me guiñaba un ojo cada vez que pasaba cerca. Maldita Triana.

—¿Se lo has contado ya? —preguntó Irene apartando la molesta pajita y la inútil sombrillita de

papel para darse un trago bien a gusto de su copa.

Sus palabras tuvieron el efecto inmediato de que las demás clavaran sus ojos en mí en busca de explicaciones. Unas explicaciones que, muy a mi pesar, tendría que dar.

—Mejor dilo tú —le pedí—, que yo no sé si puedo.

—Al parecer Unai está en Alicante —soltó Irene a bocajarro, casi como si lo hubiera estado deseando.

—¿Quéééé?! —aulló Triana dando un golpe en la mesa tan fuerte que casi derramó los vasos.

—¿Cómooo?! —la secundó Laura, algo más comedida en sus gestos sin moverse del sitio.

Irene sonrió satisfecha por el efecto sorpresa de su declaración y lo celebró con otro trago de sangría que, por cierto, estaba riquísima con su azuquitar al fondo y todo.

Le di permiso a Irene para que contara cómo se lo había encontrado en Tinder. Se podría pensar que, habiéndolo visto solo una vez en la fiesta de mi cumpleaños, Irene podría no recordarlo bien y haberse confundido. Pero es que Unai es de esos hombres que no se olvidan fácilmente. Aún así, por si las moscas, había hecho una captura de pantalla y en ese momento la mostraba orgullosa como prueba irrefutable.

—Sí, es él —confirmó Triana después de ampliar la imagen hasta el máximo posible y hacer como si estudiara un billete de quinientos euros para comprobar su autenticidad.

—Ya, gracias por la confirmación —musité y le quité el móvil de las manos para devolvérselo a Irene.

—Pero, ¿qué estará haciendo aquí? —preguntó Laura—. ¿No se fue para no volver?

—A saber —refunfuñé, aquel tema me ponía de peor humor que defender la mesa y las cuatro sillas frente a un ejército de guiris sedientos con chanclas y calcetines—, si no supe por qué se iba cómo voy a saber por qué ha vuelto.

—Yo te puedo decir para qué ha vuelto. No es tan difícil, al fin y al cabo ese tipo de tíos solo se mueve por una cosa, ¿no? —dijo Triana a media voz, con aire de estar tramando una conspiración—. Pondría la mano en el fuego porque ese tiene alguna almeja aquí esperando a recibirlo con los brazos, o mejor aún, con las piernas abiertas.

—Nos estamos yendo del asunto —cortó Irene sin disimular una expresiva cara de asco—. Lo importante no saber por qué Unai está aquí... sino qué va a hacer ahora Amalia.

—¿Yo? ¿Cómo que qué voy a hacer? —balbuceé atragantándome con mi propia indignación—. Nada, no voy a hacer nada. O ¿qué te pensabas? ¿Que voy a abrirme un Tinder para pedirle una cita? Vamos, no me jodas.

—Pues yo pagaría por ver la cara que se le pone al verte de nuevo.

—¿No podríamos dejar el tema por un rato? —lloriqueé un poco—. No me apetece recordar lo imbécil que fui... y que sigo siendo.

—No te fustigues —me consoló Laura pasándome un brazo por los hombros sin importarle que ambas estuviéramos pegajosas por el sudor—. Todas hemos metido la pata alguna vez.

—Ya, alguna vez tiene pase, pero yo empiezo a temer que mi estupidez sea crónica.

No tuve más remedio que contarles cómo el domingo anterior me había emborrachado, en principio para darme ánimos y bloquear a Alberto. Pero luego la cosa se me había ido de las manos y acabé llamando al timbre de mi casero, que además era mi vecino.

—¿No jodas!

—Pues no, de joder más bien nada —respondí mordiendo un trozo de melocotón empapado en sangría, por lo visto no había escarmentado con la última vez—. Y eso que yo subí decidida, que conste, pero resulta que la puerta me la abrió su novia. Una tía más seca que una raspa pero que

parece la mismísima Barbie Malibú.

—La ostia. ¿Y qué hiciste?

—Pues, ¿qué iba a hacer? —Sostuve una pausa teatral que me quedó divina—. Vomité en su alfombra.

Aquella confesión provocó que a Irene se le escapara una carcajada mientras tragaba, lo que acabó en una ducha de sangría para la señora que estaba sentada a su izquierda. Tardamos un rato en volver a la normalidad, porque Irene tuvo que pedir perdón y aún así no impidió que la señora, ofendida, se apartara todo lo posible de nuestra mesa.

—No te sientas mal, en realidad se lo merecía —le dije entonces a Irene—. La muy bruja ha intentado quitarme vuestras sillas tres veces por lo menos.

—Olvidemos a la señora y volvamos a lo importante —recondujo Triana la conversación golpeando con insistencia sobre la mesa con el dedo índice—. Tu vecino, ¿tan cañón está como para hacer que olvidaras ese tonto celibato autoimpuesto y subieras a su piso como una perra en celo?

Resoplé. ¿Qué si Héctor estaba cañón? Joder, Héctor era un puto tanque de combate. Y, a juzgar por los gemidos de la Barbie, debía tener la ametralladora más potente de la historia.

Este pensamiento involuntario me sacó los colores, cosa que, por supuesto, no pasó desapercibida a ninguna de mis amigas.

—Desembucha —amenazó Irene apuntándome con el tenedor con el que sacábamos de la jarra los trozos de fruta borrachos de sangría.

Y lo hice. Les conté lo tremendamente sexi que era ese hombre. Lo masculino de sus gestos, el increíble gris tormenta de sus ojos, lo alto que era, la amplitud de su espalda, la agilidad de su lengua para lamer cucharillas de helado... Lo describí con tanto detalle, recreándome, que de haber seguido un poco más hubiera mojado la silla.—Menuda suerte tienes, cabrona, no me extraña que subieras. Yo me lo hubiera follado tan fuerte que hubiéramos tirado el edificio entero abajo —suspiró Triana.

—Olvidas que tiene novia —repuse, lo cual me llevó a seguir desvelando toda la información que aún me guardaba en la manga—. Una a la que debe dejar muy satisfecha a juzgar por los gemidos que se escuchan.

Las caras de mis amigas era un poema. Seguro que ninguna se esperaba algo tan jugoso cuando propuse una mañana de playa en el grupo de *Las locas del coño*. Pues... ¡sorpresa!

—Sospecho que, además de tener un cuerpo de infarto, Héctor debe tenerla como un caballo —continué con una risa contenida y la lengua suelta por culpa de las jarras de sangría que habíamos vaciado entre todas—. Os digo que mi casero tiene que ser un emporador de campeonato.

Vale, yo no solía hablar así y quizá me estaba desmadrando un poco, pero tampoco me pareció como para que Laura pusiera esa cara de susto. Abrí la boca dispuesta a pedirle que no fuera tan santurrón, que ella tenía tres hijos y seguro que no se los había traído la cigüeña desde París, cuando una voz a mis espaldas me hizo dar un respingo.

—Hola, Amalia.

Por un instante creí que estaba teniendo alucinaciones, pero no, aquella voz era muy real. Convencida de que me habría confundido, me giré muy despacio, rezando para que no fuera él...

Y sí, era.

Héctor estaba detrás de mí con un bañador mojado, un par de granizados en las manos... y nada más.

¡Madredelamorhermoso!

Me sonreía con los dientes blancos y brillantes asomando entre sus labios jugosos, como si no hubiera escuchado las burradas que había estado diciendo. ¿Sería posible que acabara de llegar y no hubiera tenido tiempo de oír nada? ¿Podría el karma estar, aunque solo fuera por una vez, de mi parte? ¿Sería demasiado pedir?

—Me alegra ver que te encuentras mejor —dijo con su voz profunda, en la que no encontré ningún signo de que me hubiera pillado. Y entonces debió de darse cuenta de que mis amigas lo miraban embobadas, porque se dirigió a ellas—. Hola, soy, Héctor, su vecino de arriba.

No le quedó más remedio que presentarse solo, porque de la impresión me había quedado muda. Me obligué a carraspear y a disimular con las mejor de mis sonrisas de mentira.

—Sí, ya te dije que se me pasaría pronto —logré responder por fin—. Ellas son mis amigas Triana, Laura e Irene.

Las fui nombrando mientras las señalaba una a una y, por suerte el hecho de que Triana no sepa lo que es la vergüenza actuó en mi favor (por una vez, que ya tocaba) ayudándome a aligerar la tensión del momento.

—Encantada de conocerte, Héctor —le respondió con una voz almibarada que me hizo levantar las cejas—. ¿Está buena el agua?

Los ojos de mi amiga se desviaron hacia el torso desnudo de Héctor, en el que se podían admirar (sí, he dicho admirar) restos de sal y unas afortunadas gotas de agua resbalando por él.

—Buenísima —respondió mientras me guiñaba un ojo, ajeno al parecer a las atenciones de Triana, y del resto de mujeres del chiringuito, porque creo que ni una sola (ni siquiera la vieja bruja a la que Irene había escupido sangría encima) conservaba la entrepierna seca.

Héctor era de esos hombres que captan la atención y las miradas ajenas aunque no se lo proponga. Ni que decir tiene que el bañador húmedo pegado a la piel de sus mulsos, el vello que bajaba desde su ombligo hasta vete tú a saber dónde, el pelo mojado y la piel salada, no ayudaban a disminuir su atractivo. Más bien al contrario.

—Oye, ¿por qué no te sientas un rato con nosotras? —preguntó Triana directa al ataque—. No mordemos... bueno, no siempre.

Al escucharla, Héctor rio con naturalidad, como si aquello no fuera más que una broma inocente. Después se volvió hacia mí, de nuevo como si allí solo estuviéramos nosotros dos. Y a mí se me aceleró la sangre que me corría por las venas.

—Siento tener que irme —se disculpó, y por algún motivo me pareció que era sincero—. Pero tengo que llevarle esto a Silvia antes de que el hielo se derrita.

Levantó los granizados que aún seguían en sus manos y esbozó una sonrisa encantadora sin dejar de mirarme fijamente a los ojos.

—Claro, no te preocupes —me apresuré a responder—. Ya nos veremos en otra ocasión.

Héctor levantó el mentón como saludo a las chicas y se fue hacia la arena, donde Doña Perfecta le esperaba tumbada en la toalla mostrando su impaciencia moviendo el pie arriba y abajo.

Las cuatro lo seguimos con la mirada mientras se marchaba, sin importarnos ya que se nos cayera un hilillo de baba.

—¿Creéis que me habrá escuchado? —murmuré.

—Yo lo único que creo es que ese hombre es un Dios.

—Un Dios con novia —repliqué, recuperando de pronto mi mal humor.

## CAPÍTULO 13



### *Un hada juguetona*

El local tenía la misma música y la misma luz tenue de la última vez, no había cambiado nada. Tampoco ellos, que estaban igual de nerviosos.

Laura e Ismael se acomodaron en la barra, en la esquina en la que estuvieron la semana anterior, para pedirse un ron con cola él y un mojito ella. Laura fue dando sorbitos pequeños a su vaso acompañados de risitas nerviosas dirigidas a su marido. ¡Menuda tontería que le sudaran las manos, ni que tuviera quince años, por favor!

Y eso que habían hablado antes de entrar, para darse ánimos. No querían que ocurriera lo de la otra vez, que se asustaron y acabaron huyendo tan solos como habían llegado.

Entonces la vio. En un primer momento dudó, pero no tardó en estar segura de que era la misma mujer que la semana anterior le había sonreído desde el otro extremo de la barra, antes de que les entrara el pánico escénico y salieran disparados de allí.

Sí, era ella, y al descubrirla allí de nuevo... volvió a sonreír.

Laura le dio un codazo disimulado a Ismael para atraer su atención. Él estaba a su lado pero, para variar, los hombres nunca se enteran de nada.

—¿Qué pasa? —le preguntó él sin comprender.

—¿Ves a la mujer que está pidiendo al camarero, justo allí?

Ismael dirigió la mirada hacia donde ella le indicaba y asintió.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—¿Qué si me gusta? —De repente Ismael se quedó en blanco, no sabía ni cómo se llamaba, mucho menos la respuesta a la pregunta de su mujer—. ¿Por qué lo dices?

—Pues porque nos está mirando y digo yo que será por algo —aclaró ella conteniendo el pellizco que sentía en el estómago—. Dime, ¿te gusta o no?

Ismael tragó saliva. Joder, una cosa era hablar de meter a una tercera persona en su cama, y otra bien distinta, hacerlo. Él sabía lo que se siente cuando tu pareja disfruta con cuerpos ajenos y no era agradable. Por lo menos según su experiencia. ¿De verdad Laura estaba segura de querer hacer algo así? ¿No acabaría por arrepentirse de verlo compartiendo con una desconocida lo que hasta entonces había sido solo para ella? ¿No estaban yendo demasiado lejos?

Entonces Ismael respiró hondo y miró a los ojos verdes de Laura, que seguía a la espera de una contestación. No le costó reconocer el anhelo brillando en el fondo de sus pupilas oscuras, así que tomó una decisión.

—Supongo que sí —respondió al fin, cohibido por la tensión—, es guapa.

Laura no necesitó más. Agarró a su marido de la mano y tiró de él hacia donde la mujer pagaba las consumiciones al camarero. Pero su arranque de valentía le duró poco. Se terminó tan pronto se vio al lado de una desconocida que le sonreía de una manera de lo más sugerente. Quiso decir algo, lo que fuera, tal vez empezar con las presentaciones, pero la lengua se le quedó dormida al fondo del paladar y no había manera de despertarla.

—Hola, me llamo Sol.

Por suerte Sol parecía mucho más relajada que cualquiera de ellos dos y no pareció importarle tomar la iniciativa.

Sol era una monada. Pequeñita y menuda como un hada, al lado de Laura parecía casi una niña. Pero no lo era, y para demostrarlo estaban allí unos pechos turgentes y apetecibles que asomaban por el escote de su vestido verde oliva.

—¿Te has dado cuenta de que mi vestido hace juego con tus ojos? —le dijo entonces sonriente a Laura. Y tenía una sonrisa luminosa, de esas que se te contagian y acabas imitando sin darte ni cuenta.

Sol les cayó bien en seguida. No habían pasado más que un par de minutos y la conversación fluía con facilidad. Entre ellos había conexión.

—¿Entonces estáis casados? —les preguntó al cabo de un rato sujetando un mechón de su cabello rubio tras la oreja.

—Hace casi diez años ya —confirmó Ismael visiblemente más tranquilo.

—¡Qué bonito! —aplaudió Sol—. Nosotros llevamos dos años y medio.

—¿Nosotros? —preguntó Laura mirando a su alrededor desconcertada, de repente no entendía nada.

—Roberto y yo —respondió ella, y al pronunciar el nombre de su esposo la cara se le iluminó con una nueva sonrisa, más reluciente aún que todas las anteriores.

Laura e Ismael se observaron en silencio unos segundos, sin atreverse casi a respirar. Aquello no era lo que esperaban.

—Vaya —la risa clara de Sol, que se había percatado de su confusión y acudía al rescate, les sacó de sus cavilaciones—, ¿no pensaríais que me tomo las copas de dos en dos!

Y al decirlo señaló los dos vasos de balón que le acababa de servir el camarero.

—Perdona —se disculpó Laura—, es que estamos tan perdidos que creo que ni nos habíamos fijado en eso. Simplemente te vimos aquí sola y, bueno pensamos que...

—No te preocupes, ya me había dado cuenta de que estáis un poco nerviosos.

—¿Un poco? —saltó Ismael, lo que sirvió para hacerlos reír a todos y volver a destensar el ambiente.

—Vale, dejémoslo en bastante —concedió Sol con un guiño cómplice—. Pero no tenéis por qué estarlo, aquí uno no hace nada que no le apetezca.

Laura acarició con sus dedos el dorso de la mano de su marido mientras sonreía.

—Por cierto —volvió a preguntarles Sol—, ¿qué es lo que os apetecería hacer a vosotros?

De pronto las palabras se les amontonaron en la boca y no supieron ponerlas en orden para que salieran de forma coherente.

—Nosotros... bueno, pues alguien... a lo mejor... —Ismael parecía haberse metido en un bucle del que no podía salir, casi como si estuviera intentando decir un trabalenguas.

—¿Un intercambio de parejas tal vez? —se adelantó Sol con la curiosidad bailándole en la mirada.

En ese preciso instante Laura sintió cómo Ismael se tensaba a su lado. Era evidente que, sin saberlo, Sol había metido el dedo en la yaga. A Ismael le dolía la sola idea de que otro hombre acariciara la piel de su esposa. Ya había pasado por eso, con Carlos, y no fue divertido. Laura se temió que aquello les arruinara la diversión antes incluso de haber empezado, así que se apresuró a aclarar las cosas con Sol al tiempo que apretaba con fuerza la mano de Ismael.

—No, nada de intercambios, eso no nos va —dijo Laura de corrido, como siempre que estaba alterada—. La verdad es que nosotros veníamos buscando una chica para hacer un trío.

—¡Cómo me alegra oír eso! —celebró Sol—. Entonces creo que podemos entendernos de maravilla.

Laura la observó desconcertada. ¿No acababa de decir Sol que estaba casada? ¿Acaso planea dejar a su marido de lado y montarse un trío por su cuenta? No tuvo tiempo de aclarar sus ideas cuando escuchó a Sol volver a tomar la iniciativa.

—Me habéis caído muy bien los dos y la verdad es que me gustaría que siguiéramos hablando, ya sabéis, para conocernos un poco mejor —les invitó—. ¿Os apetece?

—Pero —inquirió Ismael—, ¿qué pasa con tu marido?

—Él también querrá conoceros, claro. Roberto está en la mesa —aclaró Sol sin que ellos llegaran a comprender de qué iba el juego—. De hecho debe estar preguntándose por qué tardo tanto en llevarle un ron con cola.

Laura apretó los labios en un gesto inconsciente. La primera y única regla era no incluir hombres en la ecuación. Y eso incluía al marido de Sol, por supuesto. Lo último que querría era incomodar a Ismael, que bastante había hecho perdonando su infidelidad y dándole una segunda oportunidad a su matrimonio. No se merecía que se lo pusiera aún más complicado. Quizá lo mejor fuera despedirse y marcharse. Tendría que olvidarse de su fantasía.

—¿Qué me decís? —insistió Sol—. ¿Nos tomamos esta ronda los cuatro juntos?

Laura abrió la boca para rechazar su proposición cuando Ismael se le adelantó.

—Claro, preséntanos a tu marido, al fin y al cabo es culpa nuestra que su ron esté aguada. Así podremos disculparnos.

Sol le respondió con una de sus alegres sonrisas y empezó a caminar mientras ellos seguían su cuerpo menudo hacia las mesas del fondo.

Laura aprovechó para susurrarle al oído a Ismael que no tenían por qué hacer aquello, estaban a tiempo de marcharse y olvidarse de todo.

—Tranquila, es por educación —le contestó él susurrándole al oído mientras la sujetaba de la cintura—. Nos tomamos esta y nos vamos.

Ella asintió y se apretó contra su cuerpo mientras seguía al hada rubia con vestido verde. Le pareció lo correcto. Ismael siempre hacía lo correcto. Se tomarían la copa y se irían. Seguramente no volvieran nunca más y allí acabaría su frustrada experiencia con un trío.

Laura estaba tan distraída con sus propios pensamientos que no se dio cuenta de que llegaban a la mesa. Ni de que allí había un hombre esperando. Hasta que la voz de Sol la sacó de sus ensimismamiento.

—Roberto, cariño —oyó que decía Campanilla—, me vas a tener que perdonar el retraso pero es que he conocido a esta pareja y resulta que además de guapos, son muy simpáticos.

—No te preocupes, aún no había llamado a la policía —bromeó él y se giró hacia ellos para saludar—. Soy Roberto, encantado de conoceros y perdonadme que no me levante

Solo entonces Laura se fijó con detenimiento en el marido de Sol, y solo entonces se percató de que su asiento era, en realidad, una silla de ruedas.

Algo aturcidos, se presentaron. Ismael y Laura se sentaron en los taburetes bajos que encontraron junto a la mesa y se tomaron esa primera copa. Luego pidieron otra más, y una tercera. Para cuando Laura quiso darse cuenta, estaba algo achispada y se lo estaba pasando de maravilla.

Definitivamente Sol debía ser un hada, porque era bonita, alegre y divertida. Y su marido, Roberto, era un chico ingenioso y ocurrente que tenía anécdotas de todo tipo. Pero Laura seguía sin entender por qué estaban allí sentados, bebiendo y riendo como si aquel lugar no fuera un local de intercambios de parejas.

Hasta que Sol la ayudó a comprender.

—Roberto es el mejor marido que te puedas imaginar —le susurró Campanilla al oído con una imprevista intimidad, mientras los dos hombres se reían de alguna broma entre ellos.

—Se le ve un tío estupendo —asintió Laura, saltaba a la vista que en aquel matrimonio había mucho amor, como en el suyo.

—Es mucho más que estupendo —continuó susurrando Sol muy cerca de su cuello—. Después del accidente, a Roberto le quedaron secuelas y tiene limitadas algunas funciones, ya sabes a qué me refiero...

Sí, Laura creía saberlo, pero lo que no sabía era por qué le estaba contando aquello.

—Pero es tan generoso —continuó el hada, haciéndole cosquillas con su aliento cálido en el cuello—, que disfruta viendo cómo otros me hacen lo que a él le gustaría hacerme pero no puede.

Sintió la caricia de los dedos finos y suaves de Sol en la cara interna de su brazo y fue como si le hubiera dado la corriente en todo el cuerpo entero.

Por fin Laura empezaba a comprender de qué iba todo aquello. Y se estaba excitando mucho, muchísimo solo con pensarlo.

## CAPÍTULO 14



### *Concierto desde el ático*

Lima y Limón se escondieron al escuchar que llamaban a la puerta. Y yo estuve tentada de hacerlo también. Llevaba el pijama y un moño alto, estaba a punto de cenar y por supuesto no esperaba visitas a las diez de la noche de un jueves.

No habían llamado al timbre del portal de la calle, sino directamente a la puerta de casa, arriba, lo que me hizo temer que fuera Héctor. ¿Y si le daba por pasarse a comprobar que no tuviera más problemas con la endemoniada domótica? A pesar de ser mi vecino y vivir justo encima de mi cabeza, no habíamos vuelto a coincidir desde el domingo en la playa y de eso habían pasado un par de semanas.

Vale, tal vez lo estuviera esquivando un poco. Pero es que no dejaba de pensar que cabía la posibilidad de que me hubiera escuchado decir que la tenía como un caballo y claro, a ver quién es capaz de mirar a nadie a la cara después de algo así.

Total, que me acerqué sin hacer ruido con los pies descalzos para echar un vistazo por la mirilla y valorar la situación. Al otro lado, deformada por la lente, estaba Triana arreglándose el pelo con los dedos. Respiré.

—Joder, menudo susto me has dado —la recibí—. ¿Cómo has subido?

—Hola a ti también —me respondió poniendo los brazos en jarras y simulando estar ofendida por mi recibimiento—. ¿Me dejas pasar o me voy a tener que quedar en el pasillo para el resto de la eternidad?

Una vez dentro se dejó caer en el sofá con un resoplido.

—¿A que no sabes quién ha aparecido por el portal justo cuando iba a llamar al timbre? —preguntó, aunque por su tono adiviné que me lo iba a contar, quisiera yo o no—. Con el *pichabrava* ese de tu vecino, el macizorro, el empotrador, el...

—Ya, ya... —la detuve horrorizada por lo que podría acabar saliendo de aquella boquita si la dejaba continuar—. Se llama Héctor.

—Vale, pues resulta que Héctor además de tenerla como un obús...

—A ver, Triana, sé lo que dije pero eso es mucho suponer.

—¡No se interrumpe a los mayores! —me regañó igual que si yo tuviera cinco años, haciendo un gesto con la mano como si espantara a una mosca imaginaria—. Yo tengo olfato para esas cosas, y te digo que ese tío tiene tres piernas.

—Bueno, sígue, por favor —le pedí, decidiendo que sería mejor no continuar por ahí.

—Te decía que además es muy simpático —continuó ella como si nada—. Se ha acordado en seguida de mí y hemos subido juntos en el ascensor... No me extraña que simularas un soponcio, ¡yo misma he estado tentada de hacerlo!

—Te lo ha contado, ¿eh? —contesté sin molestarme en aclarar que mi soponcio, como ella lo llamaba, había sido real.

—Si te refieres a cómo te desmayaste y él te llevó en sus fornidos brazos hasta tu sofá... sí, me lo ha contado.

No pude evitar reírme. Triana era la reina del melodrama, tenía un don para hacer que todo pareciera una película... aunque casi siempre una para adultos, claro.

—No fue más que un mareo por el calor y la regla —le quité importancia—. Me recuperé en cuanto me dio un poco el fresco.

—¿Y?

—Y... ¿qué?

—Pues que el semental de tu vecino te salva de una muerte segura ¿y tú no se lo agradeces como es debido? —respondió con aire impaciente, como si no entendiera que hubiera que explicarme algo tan obvio como aquello—. Una hazaña así se merecía una buena mamada, como poco.

—¡Triana! —me reí negando con la cabeza, desde luego, era imposible.

Poco después habíamos pedido comida mexicana a domicilio y nos la comíamos sobre unos cojines que habíamos tirado en el suelo del balcón, como si estuviéramos de acampada. A esas horas, cuando el sol por fin se escondía, el aire de levante refrescaba el ambiente y daba gusto. Alicante tenía esos contrastes, por el día podías derretirte hasta en la sombra, pero luego llegaba la noche con su brisa y parecía el paraíso.

Mientras masticaba un burrito me pareció que Triana tenía el entrecejo fruncido en un gesto de preocupación que no era propio de ella. La observé en silencio, esperando a que se animara a abordar el tema que le preocupaba y la había traído a mi casa sin previo aviso. La conocía bien, y sabía que le pasaba algo.

Cuando los platos estaban vacíos, ella aún no había soltado prenda, así que tuve que ser yo quien empezara a preguntar.

—Oye, ¿va todo bien?

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque tienes cara de que no, por eso.

Entonces Triana se recostó sobre los cojines y suspiró. Tuve un mal presentimiento.

—Mañana tengo un juicio —empezó a decir, con los ojos cerrados y haciendo pinza con los dedos sobre el puente de la nariz—. Y lo voy a perder.

Yo me limité a esperar, la conozco, sé que no hay que presionarla. Lo mejor es dejarla que vaya contando las cosas a su manera.

—Me he quedado hasta tarde en el despacho toda la semana —continuó después de una breve pausa—, pero sé que no va a servir para nada. Da igual lo que yo haga, el planteamiento que elija o la estrategia que siga, está todo perdido de antemano.

Aquello era una novedad. Triana podía parecer alocada y distraída, pero se tomaba su trabajo muy en serio. Se había dejado la piel para construir su propio bufete y su fantástica reputación. Era una curranta nata, y verla derrotada era algo que me parecía imposible.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté—. Tú siempre encuentras la manera, no veo por qué esta vez iba a ser diferente.

—¿Te acuerdas del *pichafloja*?

Asentí, aunque no entendí aquel repentino cambio de tema.

—¿Y recuerdas que su mujer era jueza? —continuó hablando Triana sin molestarse en disimular la amargura de su voz—. Pues su señoría se ha enterado de lo que pasó y desde entonces me está jodiendo la vida. Por eso es diferente.

—Mierda —contesté.

—Mierda se queda corto.

Se estiró para alcanzar su bolso sin levantarse y rebuscó en él hasta sacar un paquete de tabaco y un mechero. No me atreví a regañarla por haber vuelto a fumar, así que me quedé observando cómo la brisa con olor a sal que subía del mar se llevaba el humo que Triana dejaba escapar de entre sus labios.

—¿Y no puedes hacer nada? —pregunté cuando le quedaba medio cigarro—. No sé, denunciarla o algo así.

A Triana se le escapó una carcajada triste, de esas que se usan para contener unas lágrimas que piden a gritos asomarse a los ojos hasta desbordarse.

—Sabes que no es la primera mujer celosa con la que tengo que lidiar, y nunca habían sido un problema —respondió—. Pero estamos hablando de una puta jueza.

De su garganta se escapaba la desesperación y ella intentó retenerla con una nueva calada.

—Sería como lo de Quijote con los molinos —murmuró—. Si me enfrento a ella me destrozará.

La observé fumar en silencio durante unos segundos. No daba crédito, Triana, la mujer que presumía de tener más cojones que muchos hombres, vencida. Me parecía casi imposible que hubiera alguien en el mundo capaz de doblegarla, la jueza debía de ser de armas tomar para conseguirlo.

—A lo mejor se cansa —intenté animarla—. Ya sabes, acabará por aburrirse y se olvidará de todo.

—Es posible —concedió mi amiga—, pero no sé si yo aguantaré hasta entonces.

La miré sin comprender.

—Joder, Amalia —me soltó irguiéndose de pronto en los cojines y metiendo lo que quedaba del cigarro en su lata de cerveza ya vacía—. Si es que estoy en un sinvivir. ¡Ni siquiera puedo echar un polvo en condiciones! Que el otro día un tío me hizo un piropo de mal gusto y lo largué de casa sin darle tiempo ni a ponerse los pantalones.

Esa noche Triana no dijo más.

Se calló que la vida se le había puesto del revés. Que desde que se dio cuenta de que estaba a merced de una mujer despechada y sádica, su fortaleza había resultado ser solo una fachada que se venía abajo justo cuando más la necesitaba. Tampoco me contó que la avergonzaba verse obligada a reconocer que era débil, que no podía soportar ni su propio reflejo en el espejo.

Esa noche, sabiendo que si seguía acabaría por derrumbarse, Triana prefirió cambiar de tema.

—Oye, y hablando de otra cosa —dijo, esforzándose por que su voz sonara natural—. La que me preocupa un poco es Irene, ¿no está demasiado locada?

Respiré hondo. Sabía que Triana no quería seguir hablando de sus propios problemas, y escudarse tras los ajenos era una táctica tan válida como cualquier otra. Decidí no atosigarla más por el momento puesto que no le haría ningún bien.

—Un poco sí, la verdad —respondí como si no me hubiera dado cuenta del repentino giro en el rumbo de la conversación.

—Es que una cosa es tirarse a todo lo que se mueva, que no seré yo quien diga que está mal —continuó—, y otra es que se te vaya de las manos y no sepas echar el freno.

—¿A qué te refieres?

—¿No te ha dicho que ya no trabaja en la zapatería?

—¿Lo ha dejado? —pregunté dejando claro que no tenía ni idea.

—La han despedido. Y no te creas que a mí me llamó para contármelo, que me enteré de casualidad un día que pasé por allí y pregunté por ella.

Me quedé con la boca abierta como una tonta. Pero si Irene era una hormiguita. Había compaginado dos trabajos desde que yo podía recordar y nunca, jamás, la habían despedido de ninguno. ¿Qué era lo que estaba pasando con ella? No podía jugar así, ahora tenía una hipoteca y esa es una de las responsabilidades que no puedes rehuir.

Iba a abrir la boca para decir algo cuando, por encima del barullo que subía desde la calle de gente yendo y viniendo aprovechando la fresca, los escuché. Eran gemidos, no había duda. Como tampoco la había de dónde provenían. Los reconocía sin dificultad, al fin y al cabo para mi desgracia los escuchaba noche tras noche.

Triana también los oyó y su cara se iluminó al instante.

—Joder, ¡no me digas que son ellos! —exclamó poniéndose de pie de un salto sobre los cojines y entrando en el salón para poder escuchar mejor.

—¡Shhhh! —le pedí silencio poniéndome el dedo índice sobre los labios—. Calla, que no nos oigan.

—Claro, como si ellos estuvieran pendientes de nosotras ahora mismo...

Un gemido más fuerte que los anteriores la interrumpió. La verdad es que Héctor debía estar empleándose a fondo, porque la Barbie jadeaba y gritaba como si la estuvieran... como si la estuvieran... bueno, como si se la estuvieran follando con una polla como una trompa de elefante. Ale, ya lo he dicho, pero que conste que es por pura envidia, que comer delante del hambriento está muy feo.

De repente nos sobresaltaron un par de golpes sordos y otros más leves, como si hubieran tirado una mesa con todo lo que había encima.

—Dios, se la debe estar follando como un toro desbocado —aplaudió Triana entusiasmada—. Este vecino tuyo es un portento, un milagro de la naturaleza, una obra de Dios... ¡Aleluya!

De mala gana mascullé que no sería para tanto, que la novia tal vez fuera una exagerada. Pero a quién quería engañar, el ruido que venía desde arriba no dejaba lugar a dudas. De pronto, la imagen de Héctor desnudo, sudoroso, y con una gloriosa erección me asaltó con tanta fuerza como la primera vez y sentí cómo las piernas me flaqueaban.

A mi lado Triana se mostraba encantada de ser parte del público de aquel espectáculo y para demostrarlo hizo gala de un asombroso repertorio de gestos obscenos mientras escuchaba atenta. Me gustó verla así. De pronto parecía la de siempre, como si los problemas que tenía hubieran quedado olvidados... al menos por un rato.

## CAPÍTULO 15



### *Joder con Campanilla*

Enfrentarme al calor asfixiante de una mañana de finales de julio era lo último que me apetecía, pero ni la basura se iba a sacar sola, ni las latitas gourmet de salmón y guisantes (las favoritas de Lima y Limón) iban a llegar por su cuenta hasta mi cocina. Así que no me quedó más remedio que armarme de valor y, con el vestido más fresco y ligero que encontré en mi armario, salir de casa.

Llamé al ascensor y esperé. El condenado era el más lento que había visto en mi vida y a mí se me estaba durmiendo el brazo de sostener la bolsa en alto para que no dejara cerco en el suelo, y bien lejos de mí para que no me manchara el vestido, que era nuevo. Cuando al fin se dignó a aparecer, me subí tarareando la última de Dani Martín. Canto fatal, así que los momentos karaoke me los reservo para la ducha o los lugares donde estoy segura de que no voy a poder torturar a nadie con mi voz, como el interior del ascensor. Por suerte me callé justo antes de que se abrieran las puertas.

En el rellano me encontré con Héctor y Silvia (rebautizada por una servidora como Barbie Malibú) y, como además de lento, el ascensor era muy silencioso, en un primer momento ninguno de ellos se percató de mi presencia.

Estaban discutiendo acaloradamente. Sobre todo ella, que parecía como poseída y gesticulaba con las manos mientras lanzaba una cantidad de insultos malsonantes. A decir verdad, así se parecía más bien a la muñeca diabólica.

Sin embargo Héctor permanecía frente a ella, impassible, soportando con estoicismo el arrebato de su novia sin torcer el gesto ni levantar la voz.

—Esto es lo que hay, Silvia —oí que le decía con la voz ronca—. Yo nunca te he prometido más de lo que podía darte.

—Eres un cabrón hijo de puta —le soltó ella con tanta rabia que creí que iba a darle una bofetada.

De repente fui consciente de que yo seguía ahí, a medio salir del ascensor, siendo testigo involuntario de una pelea de pareja que ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba ahí.

Carraspeé con suavidad para hacerme notar. Ambos se sobresaltaron y se volvieron hacia mí, que en ese instante hubiera deseado que se me tragara la tierra.

—Perdón... —musité avergonzada.

Silvia no me prestó más de un segundo de su atención. Se volvió hacia Héctor, como si yo no existiera, y le amenazó:

—Acabará arrepintiéndote y suplicándome que volvamos.

Con ese alegato final y un melodramático golpe de su melena rubia, se largó sin más. Salió a la calle para desaparecer, dejándonos a Héctor y a mí mudos y cortados.

—Yo..., no quería... —tartamudeé buscando las palabras adecuadas que me permitieran salir del lío en el que me había metido sin querer.

—Tranquila, no es culpa tuya —respondió Héctor apartando la mirada de la puerta por la que acababa de desaparecer su novia enfurecida, se pasó la mano por el pelo y la dejó en la nuca antes

de volverse hacia mí—. Siento mucho que hayas escuchado esto, de verdad.

Me callé que empezaban a ser demasiadas las intimidades de aquella pareja las que escuchaba. Intenté componer una sonrisa despreocupada, pero algo en los ojos grises de Héctor me lo impidió. Había una profunda tristeza en ellos.

Y es que yo sabía mucho de tristezas, por eso no se me escapaba cuando la tenía delante. Tal vez por eso, porque de algún modo pude comprender lo que sentía, lo único que me apetecía era abrazarlo hasta que desapareciera toda la tristeza, la suya y la mía.

—No te preocupes —le dije—, todas las parejas discuten por mucho que se quieran.

Y durante unos segundos él me miró como si no supiera de lo qué le estaba hablando. Parecía que el solo hecho de mencionar el amor lo hubiera descolocado por completo. Como si el amor no tuviera allí cabida.

—Oye —me lancé sin pensarlo como es debido ni saber muy bien por qué lo hacía—, ¿te apetece un helado?

Juro que no lo dije por volver a verlo lamer una cucharilla, de verdad que no. Fue más bien un impulso que no me paré a meditar, la consecuencia de que sus ojos de tormenta volvieran a fijarse en los míos con tanta intensidad como si me gritaran pidiendo ayuda.

Solo después de haberlo dicho fui consciente de que había hecho una tontería. Otra más. Él acababa de tener una bronca monumental con su novia (que a esas alturas tal vez fuera su ex) y lo último que le apetecería sería sentarse a comerse un helado tan tranquilamente.

La respuesta de Héctor fue una sonrisa, pero no una alegre. Más bien todo lo contrario.

—Será mejor que no, Amalia —dijo dando un paso hacia mí, aunque se detuvo en seguida, como si aquel no fuera el camino correcto—. Eso solo lo complicaría todo aún más.

Y antes de poder pensar en una contestación que me hiciera sentir menos humillada, Héctor ya se había marchado, dejándome con una extraña sensación en la boca del estómago.

Laura estaba de los nervios. Se había peinado el cabello negro con unas ondas amplias que dulcificaban aún más su rostro y se había maquillado en unos tonos suaves muy favorecedores. Llevaba su vestido favorito, negro y entallado por encima de la rodilla, que se ajustaba a la perfección a las curvas de su cuerpo. También estrenaba un conjunto de sujetador y braguita brasileña de encaje granate que la hacían parecer una diosa.

La verdad era que en realidad no estaba segura de que aquella tarde fuera a ocurrir nada... pero ella deseaba que ocurriera todo.

Estaban frente a la casa de Sol y Roberto, un bonito dúplex en la zona de San Juan. Habían acordado verse fuera del local de intercambios que tan nerviosos les ponía para conocerse mejor y comprobar si entre ellos surgía la chispa de la atracción.

Laura no podía evitar que el corazón se le saliera por la boca, pero hacía lo posible por disimularlo. No quería que Ismael pensase que se estaba acobardando o que quería echarse atrás.

Su marido no había dicho ni una palabra durante el trayecto en coche, como si la conducción acaparase por completo su atención. Por un instante ella temió haber ido demasiado lejos, haber forzado a Ismael hasta sobrepasar su zona de confort. Al fin y al cabo, estaban a punto de cruzar (o más bien, reventar) todos los límites que forman los cimientos de las relaciones monógamas.

Y es que, si se paraba a pensarlo un instante, habían pasado de una vida sexual tan monótona que hubiera aburrido a una monja de clausura, a estar a punto de hacer una locura. Porque aquello era una locura... ¿o no?

Entonces Ismael, que la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de sus nervios, le pasó un brazo por encima de los hombros y la estrechó contra él para calmarla. Ella respiró

hondo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó él con un dedo sobre el timbre pero sin pulsarlo todavía.

—Yo lo estoy —respondió Laura armándose de valor—, pero no tenemos por qué hacerlo. Podemos olvidarnos de todo y volver a casa.

Como respuesta, su marido hundió el dedo y un potente timbrazo resonó en alguna parte. No tardaron en escuchar unos pasos ligeros que se aproximaban a la puerta.

—¡Qué puntuales! —les recibió Sol con su sonrisa alegre y su cuerpecito menudo de hada del bosque—. Vamos, pasad, no os quedéis ahí fuera.

Cerró tras ellos y Laura se preguntó por enésima vez si lo que iban a hacer no acabaría por dinamitar su matrimonio con Ismael, que aún no se había recuperado del todo de su aventura con Carlos.

—¿Con quién habéis dejado los niños? —se interesó Sol, impidiéndole seguir hurgando en su miedo.

Su anfitriona los dirigió hasta un salón desde el que se abría una espectacular panorámica a la playa, que a esas horas estaba teñida por los colores del atardecer. En medio de la habitación les esperaba Roberto, se le veía relajado en su silla. Le dio dos besos a ella y le estrechó la mano a él. Todo muy cordial, como si fueran amigos de toda la vida.

—Resulta que mi madre y mi suegra parecen estar compitiendo por el título a la mejor abuela del año —contestó Laura acelerada, lo que le ocurría siempre que estaba nerviosa—. Últimamente casi se pelean por quedarse con los niños, y eso que las vuelven locas y las dejan agotadas, pero ellas insisten en hacer de niñeras.

—Tú aprovecha mientras puedas —le recomendó Sol—, no sea que llegue el día en que cambien de opinión.

—No creo que tarde mucho en que eso ocurra —se rio Laura.

—Me temo que es bastante probable que pase hoy mismo —confirmó Ismael aceptando una copa de vino que le sirvió Roberto.

Media hora después y con una naturalidad asombrosa, los cuatro estaban dando buena cuenta del picoteo frío que había preparado Sol y bebiendo un vino rosado que hacía un buen amigo de Roberto. El ambiente era distendido, ni rastro de los nervios y la tensión inicial. Se rieron mucho con la rocambolesca historia de cómo un tipo al que no le gusta el vino acaba comprando una bodega y exportando a buena parte de Europa. La verdad era que Roberto era divertido y tenía gancho. Era uno de esos hombres con facilidad para convertirse en el centro de reuniones y fiestas, con una infinidad de anécdotas y cosas que contar.

Así, como quien no quiere la cosa, Laura se encontró riéndose a carcajada limpia de cuando el amigo bodeguero le pidió a Roberto que catara su vino y le dijera si era bueno o no valía ni para venderlo en cartón, y este puso tanto empeño en ayudar que la cosa a punto estuvo de acabar con un coma etílico en el hospital. Se alegró al comprobar que Ismael también reía. Estaba sentado a su lado en el sofá, inclinado hacia delante y con los codos apoyados en las rodillas, parecía estar a gusto. Aquello la tranquilizó. Todo marchaba bien.

Entonces decidió que no haría daño a nadie bebiéndose otra copa del vino rosado del amigo de Roberto, pero pareció que Sol le había leído el pensamiento, porque en ese instante le acercó la botella para servirle un poco más. Al hacerlo, su mano diminuta de hada rozó la de Laura y esta sintió de inmediato un chispazo.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, en silencio, desentendiéndose de la conversación

de los hombres. A Laura le pareció que Sol era preciosa, y le entraron unas ganas irreprimibles de tocar esa piel tersa salpicada de lunares que estaba a su alcance. Sin pensarlo demasiado extendió su mano y acarició la cara interna del brazo que aún sostenía la botella.

Sol se estremeció con el contacto, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Laura observó a su antojo aquellos labios carnosos entreabiertos y se acercó hasta rozarlos con los suyos. Para entonces los dos hombres se habían dado cuenta de lo que ocurría y habían dejado de charlar para observarlas a ellas.

La suavidad del beso de Laura tuvo el poder de sacudir a Sol, que respondió hundiendo su lengua en la boca de ella mientras acariciaba su cuello con una mano. Laura no era de piedra, y ante el ardor de su compañera sintió un cosquilleo bajo el vientre que la obligó a buscar a Ismael con la mirada.

Él estaba allí, a su lado, mirándola con el deseo pintado en la cara. Era una expresión tan intensa que no dejaba lugar a dudas de que le gustaba lo que estaba viendo. Así que Laura se animó a ofrecerle más.

Se incorporó y, bajando la cremallera lateral de su vestido, lo dejó caer hasta sus pies. Se quedó en ropa interior, cubierta solo por un ligero encaje, y tres pares de ojos fijos admirando su belleza. Y, por extraño que parezca, no sintió vergüenza alguna, solo ese cosquilleo entre las piernas que cada vez se hacía más intenso.

Ismael se levantó y, de espaldas a Laura empezó a besarle el cuello y los hombros. Sol no se quedó atrás. Se incorporó también y, frente a ella, se fue desnudando despacio, asegurándose de que no se perdía ni uno de sus sensuales movimientos, hasta dejar su cuerpo de hada al descubierto. Laura se sintió hipnotizada por esos pechos firmes de pezones rosados y pequeños que miraban al cielo.

Notó la erección de su marido tras de sí, y movió las caderas para que sus nalgas se frotaran contra aquella dureza mientras que Sol se arrodillaba frente a ella. Con una suavidad deliciosa, Sol apartó a un lado sus braguitas y le humedeció el clítoris con la punta de su lengua. A Laura se le escapó el primer gemido.

Entonces Ismael la rodeó con sus brazos, de modo que alcanzó sus pechos y empezó a masajearlos con firmeza. Sol también fue un paso más allá y hundió la lengua entre sus labios vaginales haciéndola estremecerse entera. Ella le sujetó la cabeza con ambas manos, haciéndole saber que aquello la estaba volviendo loca de placer.

Sol era increíblemente habilidosa en el sexo oral, y no necesitó más que unos pocos minutos para que Laura se deshiciera en un intenso orgasmo que la sacudió por completo aún de pie, con la espalda apoyada sobre el pecho de Ismael que jadeaba a su oído deleitándose con la escena.

Después, y con una de sus sonrisas traviesas, Sol se incorporó para acercarse a Roberto, que lo había observado todo desde su silla y le besó con suavidad, encajando su boca en la de él, dejando que saboreara en sus labios la excitación de Laura.

—Me gustan mucho —le susurró a su marido, pero lo hizo lo bastante alto como para que Laura e Ismael la escucharan y dirigiéndoles un guiño a ambos—. ¿Tú crees que les habré convencido para que vuelvan a visitarnos pronto?

## CAPÍTULO 16



### Memorias de África y pizza congelada

Triana taconeó con rabia por los pasillos del juzgado. Estaba furiosa. Estaba tan furiosa que las lágrimas se le escapaban sin que hubiera manera alguna de retenerlas. Y ella no era de las que lloran. No. En todo caso ella era de las que hacían llorar. O así había sido hasta no hacía tanto.

Era la segunda vez esa semana que la jueza la amonestaba sin razón. Bueno, sí, razones tenía las suyas, claro... como la de que se había acostado con su marido.

Acababa de perder el juicio. Otro más. Y no se podía permitir continuar así. Le había costado muchísimo esfuerzo llegar a abrir su propio bufete y construirse una reputación, como para que ahora se fuera todo a la mierda con tanta facilidad.

De un zarpazo se apartó una lágrima terca sin importarle que el rímel se estropease, mientras que con el otro brazo sujetaba las carpetas de documentos y las apretaba contra su pecho. Caminaba con la vista fija en la salida, necesitaba huir de allí lo antes posible, antes de que nadie la viera derrumbarse.

Tan pronto estuvo fuera sacó con urgencia el paquete de tabaco de su bolso. Luego continuó a paso ligero hasta doblar la esquina y se sentó en un peldaño del lateral de los juzgados que quedaba fuera del alcance de miradas indiscretas. Hacía un par de años que había dejado de fumar, pero meses atrás cometió el error de fumarse un cigarro, y desde entonces volvía a estar tan enganchada como antes.

El mechero no aparecía por ningún lado. ¿Por qué nunca aparece el mechero cuando se le necesita? Lanzó una maldición al aire y hundió la nariz en el bolso dispuesta a encontrarlo.

—¿Buscas esto?

Triana levantó la vista y tuvo que guiñar un poco los ojos por culpa del sol que se colaba entre los edificios. La voz le resultaba familiar, pero sin verle la cara no conseguía ubicarlo.

—¿Es tuyo? —insistió la voz al ver que no obtenía respuesta.

En ese instante pasó una nube fugaz y permitió a Triana identificar una mano tendida con un mechero sobre la palma. ¡Joder, su mechero! Y, un momento, aquel tío era compañero suyo, abogado. Para más señas era el abogado contra el que acababa de perder el caso de divorcio por culpa de que el *pichafloja* no había sabido mantener la boca cerrada.

—Se te cayó en la puerta y te he perseguido para dártelo, pero ibas tan deprisa que...

—Gracias —cortó Triana pinzando el cigarro entre los labios para encenderlo.

Ella se había refugiado allí en busca de soledad después de la bronca de la jueza, lo último que le apetecía era una charla de cortesía con el abogado de la otra parte.

—Oye, aquí hace un calor insoportable —le dijo él, metiendo el dedo en el nudo de la corbata y estirándolo para conseguir algo más de aire—. ¿No te apetecería tomarte un café en algún sitio con aire acondicionado?

Triana lo observó atónita mientras el humo se escapaba de entre sus labios pintados de rojo. ¿De qué coño iba aquello? Se conocían porque eran colegas, a veces incluso habían representado a partes contrarias, y hasta entonces siempre había ganado ella. Creía recordar que su padre era un

juez muy reconocido, un pez gordo, y que él intentaba siempre desmarcarse para que no pareciera que eso le beneficiaba. A parte de eso, ellos dos no habían cruzado más que alguna frase dentro de los juzgados, pero jamás fuera. Ni eran amigos, ni nada parecido. Tampoco habían follado nunca. A ella no le ponía esa clase de tío, con pinta de padre de familia y cara de buenazo. Entonces, ¿a qué venían esas confianzas?

—La verdad es que no —le contestó sin paños calientes.

Estaba tan dolida y enfadada con el mundo que no le importaba pagarlo con quien no tenía culpa.

—Conozco un sitio aquí cerca que... —continuó él, como si no se hubiera percatado de la brusquedad de ella.

—Mira, si lo que quieres es reírte de mí y restregarme en la cara que me has ganado este caso —le soltó espachurrando el cigarro recién encendido en la acera con los dedos— mejor te vas a tomar viento, por no decirte otra cosa.

—Yo, no... —El pobre no sabía cómo manejar a una Triana rabiosa, lo cual no es de extrañar porque cuando se lo propone puede dar mucho miedo—. Es que he visto cómo te trata la jueza y solo quería decirte que si ha fallado a mi favor, es que debe haberse vuelto loca.

Triana lo observó un largo minuto en el que se levantó del peldaño en el que se había fumado el cigarro, se alisó la falda de tubo azul marino y se recolocó el escote de la blusa desmangada celeste. Necesitaba algo de tiempo para pensar. ¿De verdad el abogado contrario le estaba ofreciendo su apoyo? Ella no estaba acostumbrada a esas familiaridades entre colegas.

Bueno, vale, que se había tirado a más de uno... pues sí, pero de ahí a ser amigos había mucho trecho. Al menos para ella, que se mantenía siempre guardia, atenta a no extender la relación más allá de lo carnal o lo profesional (o ambas, según el caso).

Pero nunca, jamás de los jamases, había llegado a tener amistad con ningún hombre. Triana era de la opinión que los hombres eran para lo que eran. O sea, para exprimirlos como limones y punto. Y que la mayoría de los problemas venían cuando se olvidaba esa norma. Por eso ella nunca la olvidaba.

—Ángel, ¿verdad? —Hizo un esfuerzo por recordar su nombre, convencida de que un café con un tipo con el mismo atractivo sexual que el osito de Mimosín no podía complicarle la existencia más de lo que ya estaba. Después de todo era cierto que allí hacía más calor que en el infierno—. ¿Dices que hacen buen café en el sitio ese?

Ángel le sonrió con alivio, casi como si se alegrara de que ella no se lo fuera a comer vivo.

—Buen café y aire acondicionado —confirmó satisfecho—, ¿qué más se puede pedir? Llegué de trabajar con una sola cosa en mente: noche de peli. Había tenido una semana de locura, porque la pobre Maribel había pillado unas anginas de órdago (no digo yo que fuera de tanto hablar, pero a lo mejor no callarse ni debajo del agua influyó algo) y como era época de vacaciones no quedaban compañeros para sustituirla, de modo que me había tocado doblar algunos turnos en la óptica para cubrirla a ella. ¿Resultado? Estaba hecha polvo y con unas ganas terribles de encerrarme en mi cueva, acurrucarme con Lima y Limón en el sofá y ponerme mi peli favorita de todos los tiempos: *Memorias de África*.

Para más inri, hacía semanas desde que había bloqueado a Alberto y ya no recibía sus mensajes, y en ese tiempo yo no había dejado de preguntarme qué habría pensado él al darse cuenta. ¿Le habría importado o, tal vez, se había sentido aliviado?

Lo primero que hice nada más entrar en casa fue ponerles de comer a mis pequeños tigres en la cocina y meter una pizza congelada al horno. Luego volé al dormitorio desnudándome por el

camino, tan feliz de soltar los diabólicos corchetes del sujetador como si me hubiera tocado la primitiva.

Fui al dormitorio y me puse el pijama: unos *minishorts* comodísimos porque estaban dados de sí en la cinturilla y una camiseta de tirantes que estaba vieja pero era la más fresquita que tenía. Me había recogido el pelo en un moño alto y el flequillo con una pinza. La casa empezaba a oler a pizza tropical y yo me sentía en la cima del mundo.

Un momento, ¿de verdad mi vida era tan aburrida que mi noche monacal en casa se había convertido en la favorita de la semana? Pues al parecer sí, y que me perdonen los viernes de chicas pero es que estaba molida.

Al mismo tiempo que sonaba el temporizador del móvil que me avisaba de que la pizza estaba lista, escuché el timbre de la puerta. Y estaba tan concentrada en lo bien que olía todo a orégano, en que Netflix ya estaba en pausa, en la luz cálida del par de velas de vainilla y canela que había encendido, en que Lima y Limón se relamían los bigotes en el sofá... que no me di cuenta de que no era el telefonillo, sino la puerta de arriba. Y eso solo podía significar que...

—¡Héctor!

No tuve tiempo de disimular la sorpresa de encontrarme con su irresistible sonrisa del otro lado del umbral. Estaba apoyado con un brazo sobre el marco de la puerta y estaba guapísimo así informal, con un pantalón vaquero desgastado y una camiseta blanca que se le pegaba al pecho de tal manera que mirarlo debía ser pecado capital, por lo menos.

—Hola —me saludó con esos ojos grises indescriptibles clavados en los míos.

—Hola —murmuré tragando saliva.

—Espero no molestar pero hoy me han regalado esto —dijo, y mientras tanto levantó una botella de vino con la mano. Era un Vega Sicilia con pinta de caro. Menudo regalo—. Y hace un rato he estado tentado de vaciarla de un trago. Pero entonces me he acordado de lo malo que es beber solo y se me ocurrió que tal vez tú también tuvieras sed.

—Yo... —balbuceé tratando de encontrar una respuesta coherente.

¿De verdad estaba Héctor en mi puerta haciéndome una proposición? No nos habíamos vuelto a ver desde el día que se peleó con su novia y rechazó mi invitación a un helado.

En aquella ocasión yo me había sentido estúpida y rechazada. Y no estaba segura de que me apeteciera darle la oportunidad de que me volviera a hacer sentir así.

—Verás, es que estaba a punto de cenar...

Me giré hacia la cocina, como buscando un apoyo a mis palabras.

—Huele de maravilla —contestó él olfateando el aire y guiñándome un ojo con gesto cómplice.

—La verdad es que es una pizza congelada...

—Se me ocurre que yo podría compartir mi vino contigo, siempre y cuando tú accedas a compartir esa pizza conmigo —dijo bajando la voz hasta casi hacerla un susurro, como si estuviera planeando una travesura, y dibujando una sonrisa de medio lado—. ¿Qué me dices? ¿Hay trato?

De repente, sin saber muy bien cómo, mi triste noche monacal había dado un giro de ciento ochenta grados. Iba a pasar de acurrucarme con mis gatos a cenar con mi vecino que, dicho sea de paso, estaba como un tren de mercancías. Aún así, dudé un poco.

¿En serio quería decir que sí? Bueno, vale, ¿a quién quería engañar?

—Trato hecho —accedí y entonces me di cuenta de que seguía con mi moño desgreñado y mi pijama viejo—. Pasa y ve sentándote mientras me cambio, es solo un momento.

Me escabullí hacia el dormitorio decidida a ponerme cualquier cosa menos ridícula, lo cual no

sería difícil. Elegí unos vaqueritos deshilachados cortos y un top liso palabra de honor con volante en el escote. De camino paré en el cuarto de baño y en un instante me solté el moño, me humedecí las puntas con los dedos y me di un toque ligero de rímel y brillo de labios. Solo un retoque ligero, no pretendía que aquello acabara pareciéndose a una cita.

Una vez lista, me asomé con disimulo al salón para espiar a Héctor en el sofá. Ya tenía puesto el mantel sobre la mesita baja y ahora estaba colocando los platos y un par de copas. Parecía que se apañaba bien. La botella de Vega Sicilia estaba abierta. Vi cómo se inclinaba hacia una esquina hablando por lo bajo, e intuí que intentaba convencer a mis gatos para acercarse, que para las visitas son muy suyos y siempre corren a esconderse detrás de algún mueble.

Parpadeé casi como aquella imagen fuera a desaparecer como por encanto. Si me hubieran preguntado esa misma mañana cómo creía que acabaría el día, ni en un millón de años hubiera acertado.

Entonces, un repentino olor a queso carbonizado me sacó de mis cavilaciones.

—¡Se quema la pizza! —chillé al tiempo que corría hacia la cocina, provocando que Lima y Limón salieran huyendo espantados y Héctor diera un respingo.

—Tranquila —me dijo—, la acabo de sacar yo, pero me temo que he llegado tarde y los bordes están un poco chamuscados.

—Pues menos mal... el caso es que me había puesto el temporizador, pero entonces llamaste tú y... bueno, pues gracias por salvar la cena porque no te creas que tengo mucho más en la nevera.

Héctor soltó una carcajada contagiosa ante mi despliegue de torpezas varias y por contagio acabé riéndome yo misma de mi propia ineptitud en la cocina.

—¡Ojalá no tengas nunca que ganarte la vida como chef! —dijo.

Por un momento nos vi desde fuera y me gustó lo que vi.

Los dos ahí juntos, con la mesa puesta y un buen vino para acompañar. Casi parecíamos amigos de esos que tienen mucha confianza... Solo que ni éramos amigos, ni mucho menos teníamos confianza. A ver, ¿qué hacía Héctor allí?

Me acordé de la bronca de la que había sido testigo involuntaria hacía un par de días, y caí en la cuenta de que no sabía nada de lo ocurrido. Ni siquiera si habían hecho las paces. Él no había comentado nada al respecto, y yo no me atreví a preguntarle. Sacar el tema de Doña Perfecta era una de las últimas cosas que me apetecía hacer. Aún así, si Héctor había bajado a mi casa un sábado por la noche en busca de compañía, para mí resultaba evidente que seguían enfadados.

Nos acomodamos en el sofá, con la pizza sobre la mesa y me aseguré de que hubiera la suficiente distancia entre nosotros como para acallar esa vocecita loca de mi cabeza (que curiosamente se parecía mucho a la de Triana) y que me gritaba que nos olvidáramos de la cena y nos revolcáramos como animales.

Ajeno a la lucha de mis voces internas, Héctor me sirvió una copa de vino y me la dio a probar.

—Está muy rico —admití, a veces no hay que ser una experta para reconocer que lo que tienes delante es bueno. Y no me refiero solo al vino.

—Me alegro —sonrió, y entonces hizo un gesto con la cabeza hacia la tele, donde bailaba el logotipo de Netflix—. ¿Y eso?

—Es que estaba a punto de ponerme *Memorias de África* cuando llegaste.

—¿Es buena?

—¿Cómo que si es buena? —me escandalicé cruzando las piernas a lo indio—. No me digas que no la has visto nunca...

Negó con la cabeza, divertido ante mi expresión de incredulidad.

—¡Pero si es la historia de amor más bonita del mundo! —protesté ante semejante sacrilegio.

—No me digas que tú crees en el amor romántico...—y contuvo una risa, como si aquello le hiciera gracia.

—Yo ya no creo en nada —admití de mala gana, removiéndome incómoda por el brusco giro de la conversación—. Pero una película no es más que eso... ficción, y cuando te sientas a verla ya sabes que todo es mentira. En una película nadie te engaña.

Al escucharme, la expresión de Héctor cambió por completo. Me clavó sus ojos grises de tormenta sin decir una palabra, como si estuviera evaluando la rabia que se escondía tras mis palabras. La verdad era que no había sido mi intención sonar así de brusca, pero mis heridas aún supuraban y no siempre conseguía ocultar el dolor que me provocaban.

Durante unos eternos segundos ninguno de los dos dijimos nada, como si ambos nos hubiéramos adentrado en un terreno pantanoso que podía ser peligroso si dábamos un paso en falso. Al final, vencida y buscando desesperada una salida, me incliné para buscar la copa de vino y dar un trago largo que me hiciera olvidar el regusto amargo de la traición. Pero no llegué a alcanzarla porque a medio camino me detuvo la mano de Héctor sujetándome la barbilla.

Con suavidad me obligó a levantar la mirada hasta encontrarme con la suya. La inmensidad que encontré allí era abrumadora. Fue casi como si naufragara en un mar revuelto y tuviera que rendirme al vaivén de las olas o sucumbir ante su fuerza.

Entonces él se acercó despacio, casi con cautela, y al final estuvo tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo sobre mi piel, que respondió erizándose de un modo instintivo. Héctor parecía dueño de la situación, pero yo me sentía a la deriva teniéndolo tan cerca. ¿Qué tenía aquel hombre que hacía que me temblara todo el cuerpo con un solo roce?

Y así, sin más, Héctor se inclinó hacia mí y me besó.

Al principio no fue más que una suave caricia de sus labios sobre los míos, como si me saboreara despacio, tanteándome. Hasta que me arrancó un gemido de placer involuntario y aquello pareció ser la señal que él esperaba para convertir aquel beso en algo mucho más intenso.

Me sujetó por la nuca con sus manos y me atrajo con firmeza hacia sí, al tiempo que entreabría los labios y permitía a su lengua salir en busca de la mía. Tan pronto se encontraron, sentí su calidez y su humedad. Respondí como si mi cuerpo estuviera anhelando ese encuentro desde hacía mucho. Su boca encajaba sobre la mía como si fuera un molde y Héctor me besó con ansia, dispuesto a devorarme.

Al cabo de unos minutos sus manos me atrajeron hasta sentarme sobre él, a horcajadas en el sofá y una vez me tuvo encima sujetó mi cintura con fuerza. Su respiración agitada (y el tremendo bulto que creció en su pantalón) era la prueba de que estaba excitado.

Y yo... yo me dejé llevar. Definitivamente no era más que un náufrago en medio de aquella tempestad, y en ese preciso momento no me hubiera importado ahogarme. A la mierda con mi promesa de no dejar entrar hombres en mi vida. A la mierda el recuerdo de Alberto. A la mierda mis miedos. A la mierda el mundo entero.

A la mierda todo... menos aquel sofá y nosotros dos.

Entonces, cuando creí que las cosas solo podrían ir a mejor, Héctor se detuvo. Sus manos aún me tenían sujeta por las caderas y sus dedos acariciaban el final de mi espalda. Observé sus labios entreabiertos, como si fuera a volver a besarme.

Pero no lo hizo.

En vez de eso se separó de mi, de golpe, como si lo ocurrido le hubiera asustado y necesitara salir huyendo.

—Perdona, no debí haber hecho algo así... —musitó, apartándose a un lado y levantándose con brusquedad.

Perpleja por el aquel arrebató, quise decirle que no había nada que perdonar, que había sido un beso maravilloso, pero ni siquiera me dio la oportunidad. Salió de mi casa sin más explicaciones. Simplemente se fue.

Medio minuto antes estábamos devorándonos el uno al otro y poco después estaba sola, en el sofá, con la pizza sin tocar sobre la mesa y un pellizco en el pecho.

No entendía lo que acababa de pasar. Ni el beso, ni la estampida que le había seguido. Joder, ¿por qué los tíos tenían que ser tan complicados? ¿No se suponía que eso nos lo dejaban a las mujeres?

Me pasé los dedos por los labios. Podía sentir el sabor de Héctor en ellos. Dios, la verdad era que había sido increíble, como si su boca y la mía se hubieran hecho para encajar a la perfección la una con la otra. Jamás había sentido algo así, ni siquiera con Alberto.

Sacudí la cabeza. ¿Qué más daba? Héctor había huido, arrepentido quizás, y no era probable que volviéramos a vernos más allá del descansillo o el ascensor. Mejor así, me dije obligándome a tragarme la rabia. Sí, mucho mejor, porque estaba visto que yo con los hombres no tenía buen ojo y siempre acababa trasquilada.

Con una inexplicable congoja en la garganta, me re Coloqué el vestido, subí los pies al sofá y le di al *play*. Un tren humeante que recorría la sabana africana apareció en pantalla.

*«Yo tenía una granja en África».*

Se me había quitado el apetito, así que me contenté con beber vino caro mientras Meryl Streep y Robert Redford se enamoraban y se hacían daño sin querer el uno al otro. Lloré, como siempre, en la parte de siempre, pensando que el amor es tan cruel que no merece la pena.

Me fui a la cama tarde y, no sé si por la película o por el beso de Héctor, me sentí más sola que nunca. Por suerte Lima y Limón se acurrucaron en mis pies y yo me aferré a aquel consuelo como si fuera un bote salvavidas.

Entonces, cuando estaba a punto de dormirme, los escuché. Los gemidos venían del piso de arriba y los había escuchado tantas veces que no tuve dificultad en reconocer a Barbie Malibú.

Joder, ¿Héctor se la estaba follando un par de horas después de haberme morreado en mi sofá? Debían estar haciendo las paces y, a juzgar por los aullidos de Doña Perfecta, Héctor se estaba esmerando.

Menudo cabrón.

Por un instante pensé en sacar el Satisfayer del cajón de la mesita y utilizarlo para aullar yo también y demostrarle que no lo necesitaba para eso. Pero me pareció una idea tan triste que lo dejé estar.

Me tapé la cabeza con la almohada, rezando por quedarme sorda y ahorrarme así aquel suplicio.

## CAPÍTULO 17



### *Que no debiera hacerlo no significa que me arrepienta*

Irene necesitaba pedir auxilio, pero no sabía cómo. A veces pasa que nuestra intención es gritar y sin embargo las palabras no nos salen de la boca, como si se nos hubieran atrancado en algún rincón de la garganta.

—Amalia, ¿eres tú?

Me había llamado después de comer y yo intenté hacerme entender a pesar del cepillo de dientes, pero como solo conseguí que me salieran escupitajos opté por enjuagarme la boca antes de continuar.

—Sí, perdona, es que me has pillado lavándome los dientes.

—Menos mal, empezaba a pensar que me había equivocado al marcar y estaba llamando a Kazajistán o algún otro país dónde no se les entienda.

Me reí de su ocurrencia mientras me peinaba frente al espejo. Faltaba media hora para que empezara mi turno y casi estaba lista.

—Querrás decir que no les entiendes tú, porque me atrevería a asegurar que ellos sí se entienden —la chinché un poco, pero de pronto comprendí que aquel no era momento para bromas y cambié de tono—. ¿Qué ocurre?

Advertí que Irene dudaba al otro lado de la línea, como buscando las palabras adecuadas. Le di su tiempo, porque para estas cosas las prisas solo consiguen ponerlo más difícil todavía.

—Es que... —titubeó, y yo me la imaginé revolviendo su pelo fucsia con la mano—. Verás, no me acostumbro a esto de no tener pareja, Amalia. Y no hablo de tíos con los que echar un polvo, de esos siempre se encuentran. Me refiero a alguno que luego te abrace, que te diga que le importas, que te llame para ver una película o para pasar el rato... No sé, es que ahora todo es tan frío.

Tomé aire. La comprendía bien. Yo misma estaba pasando por algo parecido. Había roto una relación de siete años, y no una relación cualquiera, no. Una en la que estábamos intentando dar un paso más, formar una familia.

Sabía el vacío que se sentía al llegar por las noches a casa y encontrártela vacía. Teniendo la certeza de que nadie te esperaba en ella, ni tampoco había que esperar a nadie porque no vendría. Era doloroso.

—Cariño, ojalá tuviera una varita mágica con la que poder hacerte sentir mejor —respondí sentándome en el sofá, con el bolso ya colgado del hombro, y rascándole el lomo a Limón que ronroneó agradecido—. Pero eso no existe. No hay más remedio que pasar por esto. Y es triste, claro que sí. Aunque debes pensar que más triste sería que siguieras con alguien como Leo a tu lado. Eso sería sin duda mucho peor.

—Lo sé —suspiró, seguramente estuviera en su piso sintiendo cómo las paredes se le caían encima—. Es que no me gusta estar sola, nunca me ha gustado.

—No estás sola, Irene —rebatí, a pesar de lo bien que sabía que la soledad a la que ella se refería no podíamos aliviarla ninguna de sus amigas por mucho que quisiéramos.

—Ya...

—Te entiendo muy bien, Irene, de verdad que sí —continuó—. Pero es que tenemos que aprender a estar solas, a sentirnos bien sin hombres al lado que nos hagan sentir seguras o acompañadas. Y esto que te digo nos vale para las dos.

—Menuda mierda —soltó.

—Pues sí, eso no te lo voy a negar —me reí, y me alegró comprobar que Irene se contagiaba de mi risa.

Permanecimos un minuto en silencio, escuchándonos respirar cada una al otro lado de las ondas telefónicas.

—Oye, ¿quieres que me quede a dormir esta noche contigo? —propuse—. Puedo ir a tu casa cuando salga del curro y hacemos una noche de chicas.

—No te preocupes, no hace falta —rechazó y su voz parecía algo más animada—. Oye, gracias por el sermón, Amalia. Me hacía falta.

Irene colgó. Y yo me quedé con la sensación de que en esa conversación había faltado mucho por decir. No sabía el qué, pero la conocía lo suficiente como para detectar en su voz que había algo más.

Claro que en aquel entonces yo no supe interpretar las señales.

Irene me había llamado para decirme dos cosas. La primera, la que se refería a su soledad, sí que la había podido soltar. En cambio en el último momento había optado por callarse la segunda. Que era, además, la más grave: necesitaba dinero o el piso que tanto le había costado conseguir pronto dejaría de ser suyo para ser propiedad del banco.

Ella no supo decirlo, ni yo supe adivinarlo.

Al volver de la óptica empezaba a oscurecer y me pareció la ocasión perfecta para salir a correr. No es algo que suela hacer a menudo, pero ese día lo necesitaba. Acababa de tirar entera y sin tocar la pizza de la noche anterior. También la botella de Vega Sicilia, aunque a decir verdad esa sí estaba vacía.

Aún recordaba los carnosos labios de Héctor sobre los míos y su sabor afrutado por el vino, pero la rabia de haberlo escuchado follándose a su novia sobre mi cabeza justo después era suficiente para que ese sabor se volviera amargo.

Decir que estaba enfadada era poco, también me sentía humillada. Si se diera un premio a la gilipollas con peor ojo para los hombres, sin duda alguna, hubiera sido para mí. Y me hubieran hecho una merecida ola al subir al escenario a recogerlo, como si lo viera.

Me ajusté los auriculares inalámbricos que no había estrenado desde que me los regalara Alberto las últimas Navidades, y abrí la puerta dando saltitos sobre mis deportivas para calentar los músculos.

—¡Joder! —chillé llevándome una mano al lado izquierdo del pecho para asegurarme de que mi corazón seguía latiendo.

Justo al otro lado estaba Héctor, tan alto y tan cerca que me obligó a levantar la mirada para poder encontrarme con la suya.

—No quería asustarte —dijo. Si lo había sobresaltado, no se le notaba en absoluto. Más bien se le veía tan calmado y seguro de sí mismo como siempre—. Solo venía para... bueno, para pedirte disculpas por lo de ayer.

Lo miré un instante sin molestarme en ocultar mi enfado. Desde luego que si se presentaba allí para eso tenía la cara muy dura y andaba más bien escaso de vergüenza. Y yo estaba dispuesta a hacérselo saber.

—No te preocupes —respondí entre dientes—, las excusas mejor guárdatelas para tu novia. Y sí, la palabra novia la pronuncié con un claro y evidente retintín.

A Héctor no debió resultarle difícil darse cuenta de que yo estaba furiosa, porque dejó escapar un bufido y se pasó la mano por el pelo. Me repateó tener que reconocerlo, pero la verdad era que estaba guapísimo. Llevaba una camiseta de manga corta de un gris jaspeado a juego con sus ojos y unos vaqueros azul oscuro de cintura caída. Hundió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros, optando por esquivar prudentemente mi malintencionado comentario.

—No debí besarte... —murmuró sin apartar los ojos ni un solo segundo de los míos.

—Vaya —respondí, así que ahora resultaba que no debió besarme, pues menuda sorpresa.

—Ni mucho menos largarme de esa manera después de hacerlo —añadió.

—¿Sabes? —exploté harta de escuchar palabras vacías—. Siento mucho que la hayas cagado justo antes de hacer las paces con tu chica, siento haber sido un error, siento que te arrepientas...

—Tú no eres ningún error, Amalia —me interrumpió dando un paso hacia adelante, apoyando su antebrazo en el marco de la puerta y obligándome a levantar más aún la barbilla para poder mirarle—. Y que no debiera besarte no significa que me arrepienta de haberlo hecho.

Aquello era el colmo. Yo no estaba dispuesta a jugar al ratón y al gato. Los dos éramos ya mayorcitos para saber lo que queríamos. Y era evidente que lo que él quería era seguir con su novia, o de lo contrario no la hubiera vuelto a meter en su cama.

—¿Tú te crees que yo soy gilipollas? —le recriminé, envalentonándome y dando yo también un paso al frente. Vale, yo misma creía que lo era, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a permitir que un tío cualquiera jugara conmigo de esa manera.

Observé cómo Héctor apretaba los labios, prefiriendo no entrar al trapo de mi provocación, y aquello me enrabietó más todavía. Decidí que aquel circo ya había durado demasiado. Lo que tenía que hacer era largarse de allí, pero como no parecía tener intención de hacerlo, apoyé la palma de mi mano sobre su pecho para empujarlo hacia atrás. No lo moví ni un solo milímetro. Lo único que conseguí fue que Héctor me sujetara por la muñeca y, ni con el inmenso enfado que tenía encima, pude evitar que algo en mí reaccionara ante el contacto de su piel en la mía.

Mantuvimos aquel duelo silencioso durante unos eternos instantes, en los que yo deseé que se fuera de allí y ambos pudiéramos volver a nuestras vidas. Pero Héctor no dio un paso atrás. En cambio, hizo lo último que me hubiera esperado después de semejante bronca: tiró del brazo para acercarme todavía más y volvió a besarme.

Lo hizo con tanto ardor que no pude hacer más que responderle, olvidarme de todo lo que no fueran esos labios jugosos y su lengua húmeda. Sin darme apenas tiempo para reaccionar, Héctor me agarró del trasero y me levantó en peso. No debió resultarle complicado porque entre sus brazos yo me sentía pequeña y frágil. De forma instintiva, mis piernas rodearon sus caderas y me sujeté con los brazos a su cuello ancho y fuerte. Sin separar nuestras bocas ni un solo segundo, entró en la casa llevándome en volandas y fui yo la que cerró de un portazo de pasada.

Héctor era lo más parecido a un tornado que una pueda imaginarse. Era arrollador e intenso. Igual que sus besos. Me dejó sin respiración y tuve que separarme para coger aire. Quise decirle un montón de cosas. Como que aquello no estaba bien, que él había hecho las paces con su novia, que apenas sabíamos nada el uno del otro... Pero todas esas palabras inútiles se quedaron atravesadas en mi garganta, porque fue ahí cuando descubrí en sus ojos una sed tan enorme que no se apagaría ni con todo el agua de un océano.

Él debió intuir mis dudas, porque se apresuró a acallarlas encajando su boca contra la mía de camino al dormitorio. Allí caímos, juntos y enredados, sobre la cama. Sus manos pasaron de

acariciarme el cuello y los hombros a ser más atrevidas y recorrer la curva de mi cintura. Me colocó debajo de él, boca arriba, y cuando sentí cómo sus labios descendían hacia mi ombligo dejé escapar un gemido.

Mis últimas barreras se desmoronaron cuando Héctor se incorporó para quitarse la camiseta y la imagen de ese pecho fuerte y el abdomen marcado con una línea de vello oscuro que descendía desde el ombligo para perderse en la cintura de los vaqueros me hizo perder la poca razón que me quedaba.

Si después iba a arrepentirme, al menos que fuera por disfrutar.

Lo acaricié deleitándome en la firmeza de su piel y de sus músculos y dejé que me desnudara con prisa, como si aquello fuera a terminarse antes de que tuviéramos tiempo de saciarnos el uno al otro.

Cuando ya solo nos quedaba la ropa interior, Héctor se tumbó de espaldas y me colocó sobre él, a horcajadas.

—¿Qué es lo que tienes que me estás volviendo loco, Amalia? —murmuró con la voz ronca y los ojos brillantes.

Era lo primero que decía desde que me había arrollado en el rellano (cuando yo aún creía que saldría a correr), y me encantó oírlo. Me hizo sentir sexi y deseada, como si no existiera en el mundo otra mujer más bella que yo.

Despacio, con movimientos sensuales, me deshice del sujetador para ofrecerle una vista completa de mis pechos. Él curvó la comisura de los labios en una sonrisa traviesa y los rodeó con sus grandes manos, después se incorporó para poder hundir la cara en ellos. Noté cómo su lengua jugueteaba con mis pezones, cómo dibujaba el contorno de cada pecho y yo eché la cabeza hacia atrás suspirando de placer.

Me sujetó por la espalda con un solo brazo y me volvió a tumbar sobre el colchón para ponerse encima. Enterró los dedos de una mano en mi pelo, y tiró con suavidad, mientras que con la otra mano bajaba mis braguitas. Acarició despacio el interior de mis muslos y yo dejé caer la cabeza hacia atrás con un suspiro. Cerré los ojos para perderme en la sensación de sus labios por mi cuello, por mi canalillo, por mi vientre...

Sentí que me sujetaba de las caderas con ambas manos mientras hundía la cabeza entre ellas. Me agarré con fuerza a las sábanas al tiempo que un rugido sordo se escapaba de mi garganta. Creí que iba a enloquecer cuando sentí su lengua húmeda y caliente recorrer todos mis rincones. Me retorcí sin poder contenerme, y cuando creí que iba a explotar, Héctor se colocó sobre mí y pude sentir una potente erección apretándose contra mis caderas.

—No imaginas cuánto he deseado esto, Amalia —susurró a mi oído al tiempo que aprovechaba para mordisquearme el lóbulo.

Se quitó los vaqueros y los calzoncillos cuando yo se lo pedí, desesperada por sentirlo dentro, y apenas le di tiempo a ponerse un condón que sacó del bolsillo trasero. Con la primera penetración me arrancó un grito que retumbó en la casa entera. Y no fue un grito de dolor, ni mucho menos.

Héctor la tenía tan grande y tan dura que comprendí de inmediato los aullidos que se escapaban desde el ático. Recordar aquello hubiera podido arruinarme el cosquilleo que ya empezaba a sentir subirme por las piernas, de no ser porque con una nueva embestida de Héctor lo olvidé todo. Hasta mi nombre.

No tardé en estallar en un orgasmo tan intenso que sentí la humedad escaparse de mi interior y mojarme los muslos. Nunca antes me había corrido así, con nadie. Apreté los dientes y me aferré a

su amplia espalda, clavando mis uñas en su piel, pero ni así conseguí que mis gritos no se escucharan en el edificio entero.

Al notar cómo me estremecía entre sus brazos, Héctor me siguió y se corrió justo después de murmurar entre dientes mi nombre una última vez:

—Amalia...

Permanecemos así, abrazados, disfrutando del contacto del cuerpo del otro más tiempo del que parecía razonable. Pero es que (y por extraño que suene) había habido tanta ternura en aquel polvo salvaje y animal, que los dos nos resistíamos a dejar que aquel momento pasase.

Durante los minutos siguientes, Héctor me acarició la espalda con suavidad sin dejar de mirarme. No había dejado de hacerlo en ningún momento. Lo hacía clavándome esos ojos grises de tormenta como si solo existiésemos nosotros dos en el mundo. Pero no era así.

Y los dos lo sabíamos muy bien.

—Quizá sea mejor que te vayas —dije reuniendo toda mi fuerza de voluntad para apartarme de él. Y no porque fuera lo que deseara, en realidad me hubiera quedado acurrucada a su lado hasta el fin de los días.

—No hagas esto —suplicó, trayéndome de vuelta tirando de mi brazo y apretándome contra su pecho en el que aún retumbaba su corazón desbocado.

Me resistí. No podíamos hacer como si lo que acababa de ocurrir fuera algo maravilloso, porque no lo era. Bueno en realidad había sido mucho más que maravilloso, pero no había estado bien.

Hacía no mucho que yo misma había experimentado en mi propia piel lo que duele que te sean infiel. Y no estaba dispuesta a ser la otra, a colaborar para que otra mujer sufriera lo mismo. Ni siquiera Barbie Malibú se merecía algo así.

—Será mejor que te vayas —dije con un susurro.

Me había sentado en el borde de la cama, de espaldas a él, para volver a ponerme la ropa que Héctor había hecho volar por la habitación.

—No me juzgues, Amalia —respondió Héctor con su voz profunda, como si pudiera saber lo que estaba pensando—. No lo hagas porque me estoy ahogando en mi propia vida, y no consigo mantenerme a flote por mucho que lo intente.

Al girarme, muda de asombro por lo que acababa de escuchar, vi desaparecer el increíble culo de Héctor mientras este se ponía los pantalones. Se metió los calzoncillos al bolsillo de atrás y recogió la camiseta del suelo. Luego se marchó, sin más explicaciones, como había hecho la noche anterior.

Y yo, también como la noche de antes, me quedé con una congoja en el pecho que se parecía demasiado a las ganas de llorar.

## CAPÍTULO 18



### *Una nueva técnica de castración*

Había pasado un mes desde su primer encuentro con Sol y Roberto. Evidentemente luego habían vuelto a verse. Varias veces. La conexión entre los cuatro era casi magia y había sido así desde el principio.

El sexo era épico. Sol había demostrado tener una habilidad asombrosa a la hora de dar y recibir placer. Tenía un cuerpo bonito, con unos pechos firmes de pezones rosados que a Laura le encantaba lamer. Y luego estaba Roberto, que aumentaba la dosis de morbo observándolo todo desde su silla como testigo de aquellos encuentros ardientes en los que su esposa disfrutaba follando y dejándose follar ante sus ojos.

Al principio Laura creyó que le resultaría incómodo tener a alguien mirando, pero luego resultó que era mucho más excitante de lo que esperaba. Además, Sol se preocupaba de que no se sintiera excluido y solía tomarse unos respiros para acariciar y besar a su marido.

Desde luego, aquella hada lujuriosa sabía lo que se hacía. Laura se estremecía solo con pensar en la facilidad con la que la hacía encadenar un orgasmo tras otro cuando le practicaba sexo oral.

Laura había intentado devolvérselo en más de una ocasión, pero resultaba obvio que con lo que más disfrutaba Sol era con la polla de Ismael. Ella era tan pequeña y él tan grande, que a su lado parecía una muñeca con la que Ismael podía jugar a su antojo. A veces daba la impresión de que si la follaba demasiado fuerte la acabaría rompiendo por la mitad. Pero ella siempre pedía más. Se agarraba con fuerza al enorme cuerpo de Ismael y, mientras él obedecía y la penetraba con más profundidad, ella se deshacía entre jadeos y gruñidos de placer.

Aunque era cierto que ver a Ismael disfrutar así con el cuerpo de otra mujer a veces encendía una chispa de celos en Laura, jamás se hubiera atrevido a reconocerlo. Después de todo había sido ella la que insistió para que hicieran un trío. Y, por otro lado, estaba el hecho de que ella había sido la primera en acostarse con su entrenador a espaldas de su marido. Así que sería estúpido e irracional que ella ahora montara una escenita de celos por algo así

Además, Laura debía reconocer que aquella aventura (por llamarlo de alguna manera, porque la verdad era que no hubiera sabido ni ponerle nombre siquiera) les estaba sentando bien. Había servido para unir más su matrimonio. Desde que se veían con Sol y Roberto parecía que la complicidad entre ellos había aumentado fuera del dormitorio. Como si tener sexo con otra persona les hubiera unido más como pareja. A decir verdad, estaban mejor que nunca.

Era domingo por la mañana y estaban los dos en casa, arreglando a los peques para ir juntos a la playa, en familia. Laura iba de acá para allá con el pequeño en brazos, recogiendo toallas y buscando bañadores, mientras Ismael embadurnaba con crema solar a los dos mayores.

En un momento dado se cruzaron en el pasillo y él la atrapó al vuelo por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó con ansia. Ella sintió cómo su cuerpo reaccionaba, pero no le quedó más remedio que empujarlo entre risas cuando el bebé se puso a lloriquear reclamando su parte de atención.

—Oye, pequeño —le dijo Ismael con un tono cariñoso que derritió a Laura casi tanto como la

pasión que había demostrado unos segundos antes—, tú yo vamos a tener que hablar seriamente de interrumpir a papá cuando está ocupado con mamá.

—No te preocupes, hijo mío —respondió ella dándole un beso en la coronilla a su hijo pero mirando a su marido a los ojos—, que ya se encargará tu madre de darle esta noche a papá lo quiere.

Ambos se rieron de la travesura que suponía utilizar a una inocente criatura para lanzarse mensajes sexuales codificados. Entonces escucharon unas voces que subían de tono en el salón y a uno de los mayores llorar.

—Será mejor que vaya bajando a esos dos antes de que se acaben peleando en serio —dijo Ismael y le plantó un casto beso en los labios antes de volverse—. ¿Podrás tú con la bolsa y el niño?

—Claro, tú ve saliendo que os alcanzo en un par de minutos.

—Cielo si encuentras mi móvil, cógelo, ¡que no sé ni dónde lo he dejado!

Laura sonrió al escuchar a Ismael utilizar su voz de «capitán Pescanova» para convencer a los «grumetes» de que dejasen de pelear y cogiesen sus cubos y palas de plástico. Lo hizo bien, en seguida la puerta se cerró tras ellos y el silencio se apoderó de la casa.

Suspiró satisfecha, y se alegró en lo más hondo de su corazón de haberse permitido una segunda oportunidad antes de mandar a la mierda aquello tan maravilloso que tenían. Ahora se daba cuenta de que se hubiera arrepentido el resto de su vida.

Con el pequeño apalancado en su cadera revisó por última vez que en la bolsa no faltaban pañales, ni bañadores de repuesto, ni crema resistente al agua, ni agua fresca, ni el almuerzo... Definitivamente ir a la playa con los niños era toda una aventura.

Estaba a punto de salir cuando recordó el móvil de Ismael. Creía que lo había visto en el lavabo, así que volvió sobre sus pasos. Sí, allí estaba. Lo agarró intentando que no se le cayera la bolsa y al hacerlo debió apretar algún botón, porque la pantalla se iluminó y apareció el aviso de un wasap sin leer.

*«Necesito verte. Dime cuándo puedes escaparte y quedamos donde la última vez».*

El remitente era Sol.

Le estaba bien empleado. Sí, le estaba bien empleado por saltarse sus propias normas. Por eso, y por gilipollas. Porque Triana estaba convencida de que se había vuelto completamente gilipollas. ¿Por qué si no accedió a tomarse aquel café con el abogado de la otra parte? Y, lo que era aún peor, ¿por qué cojones le había dado su móvil?

De eso hacía ya tres semanas y desde entonces Ángel se había convertido en un verdadero suplicio. Había intentado volver a quedar de todas las maneras posibles. Le había propuesto una tarde de cine, acudir a la inauguración de un restaurante nuevo, un concierto de jazz al aire libre... Y nada, que el tío parecía no entender que ella no pensaba ir con él a ninguna parte. Que solo se había tomado aquel puto café porque la había pillado de bajón.

El día anterior la había invitado a la presentación de un libro y después se había quedado mirándola con ojitos de cordero degollado, esperando un sí por respuesta. Por supuesto, Triana no se cortó a la hora de soltarle una bordería de las suyas para quitárselo de encima, pero tenía la impresión de que él volvería a insistir... por enésima vez.

La verdad era que Triana no estaba pasando por su mejor momento.

De hecho, era uno de los peores que podía recordar. Por lo menos estaban en agosto y eso significaba un respiro en lo que a juicios se refiere, pero la mujer del *pichafloja* la había estado presionando hasta el último momento y sabía que todo volvería a empezar al acabar el mes. Era

como una puta cuenta atrás.

Triana empezaba a estar desesperada. No tenía ni idea de cómo saldría de aquella... si es que salía, porque de momento lo único que veía era la oscuridad del fondo del pozo en el que había caído.

Su señoría, consciente de que podía jugar con ella cuanto quisiera, disfrutaba de una venganza sin prisas. A Triana le hubiera gustado explicarle que las infidelidades llegaban cuando la pareja arrastraba problemas. Es decir, que ella no los causaba, en realidad esos problemas estaban ahí antes de que ella apareciera en escena. Además, ella intentaba no saber si quien metía en su cama estaba casado o tenía una relación. No le importaba. Ella era libre, y respecto a sus compañeros de revolcones no le interesaba nada más allá del tamaño y eficacia de su polla. Eso era todo. Entonces, ¿por qué se encontraba en esa situación?

Su vida se había ido a la mierda y no sabía cómo recuperar el control.

Triana había descubierto que todo era una farsa. Su imagen de mujer fuerte e independiente, no había resultado ser más que una fachada. Un espejismo.

Además, se había sentido tan desanimada que había dejado de ir al gimnasio y de cuidar lo que comía. Y ella tenía un cuerpo tan desagradecido que no había tardado en que se le notase. Había engordado, la ropa que antes le quedaba sexi ahora la hacía parecer una morcilla de Burgos. Apenas encontraba fuerzas para maquillarse por las mañanas o arreglarse el pelo. Triana estaba convencida de que se había convertido en un adefesio, un monstruo que nadie en su sano juicio querría meter en su cama, ni mucho menos ver desnuda.

Por eso había dejado de quedar con tíos. Tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar cuándo había sido su último polvo. Y eso sí que era preocupante. Que el sexo desapareciera de su vida era un síntoma de la gravedad de la situación.

Y para colmo, estaba Ángel, que no dejaba de incordiar e insistir para quedar con ella. Maldito tarugo. ¿Por qué no la dejaba en paz de una vez? ¿Acaso no había sido bastante clara con él?

La casualidad quiso que se encontraran en el pasillo central en esos días en los que no se celebraban juicios, cuando algunos compañeros tenían trabajo de archivo pendiente y aprovechaban esos días para hacerlo. Triana estuvo tentada de dar media vuelta y hacer como si no lo hubiera visto, pero resultó que él no estaba dispuesto a dejarla marchar sin más. Escuchó cómo la llamaba a sus espaldas, cada vez más alto, y no tuvo más remedio que detenerse... aunque solo fuera para dejar de escuchar su voz exasperante retumbando en los pasillos vacíos.

—¡Qué bien que nos hayamos cruzado! —exclamó Ángel con una amplia sonrisa plantándose frente a ella—. Justo acabo de terminar y pensaba salir a almorzar, ¿te apetece venir?

Triana se tomó un par de segundos para observarlo con detenimiento. No es que fuera feo, Ángel era más bien del montón, pero tenía un aspecto de *viejo* que la echaba para atrás (a miles de kilómetros *p'atrás*).

Ahí estaba él plantado, con un traje pasado de moda, un maletín de cuero marrón con más años que Matusalén bajo el brazo y la corbata eternamente torcida. No pudo dejar de pensar que era uno de esos tíos con pinta de buenazo, de ser padre de familia y salir a comer los domingos con la parienta y los cachorros a algún centro comercial. Si casi daba pena y todo. ¿Qué coño hacía perdiendo el tiempo hablando con él?

Entonces lo vio claro. De pronto tuvo un fogonazo de clarividencia y comprendió que, si aquel tío tan patético creía que tenía posibilidades con ella era porque la veía a su alcance. Es decir, que él estaba convencido de que ella se había estropeado tanto que ya no podía aspirar a nada mejor, que debía conformarse con un hombre como él.

Y es que Triana tenía un problema. Bueno, en realidad tenía varios. Pero uno de ellos era que no entendía las relaciones con los hombres fuera de un plano sexual. Nunca se había permitido ir más allá, así que no era capaz de imaginar la complejidad de los lazos que pueden existir en una relación.

Para Triana todo se reducía al folleto. Y le resultó evidente que Ángel debía creerse que podría meterla en su cama solo porque había dejado de ser atractiva. Le habían salido un par de lorzos y no se cuidaba con el mismo esmero de antes. Era una vieja gloria venida a menos. Y aquel abogado de pacotilla había visto su oportunidad de oro. La consideraba una presa fácil. Una víctima.

Todo eso lo pensó ella solita, que conste. Y lo hizo mientras Ángel aguardaba esperanzado a que ella aceptara su invitación para almorzar. El pobre no vio venir la tormenta, ni supo esquivarla a tiempo.

Triana, que se había sentido menospreciada y humillada hasta el extremo, decidió hacérselo pagar.

—Mira, Ángel, yo ya no sé cómo decirte que no. Así que si te vuelves a acercar a mí te juro que te clavaré el tacón de estos preciosos Louboutin en los huevos —le amenazó con los ojos centelleantes de furia—. Lo sentiré por los zapatos, que les tengo cariño, pero el sacrificio habrá valido la pena si así consigo que desaparezcas de mi vista de una puta vez.

Y dicho esto, se largó sin mirar atrás. Satisfecha de haberse quitado de encima a ese abogado de pacotilla para siempre.

## CAPÍTULO 19



### *¿Cómo dices que me mira?*

Acababa de tirarme a Héctor, sí. Pero también lo había echado de mi cama. Le había pedido que volviera a su ático, con su novia, esa con la que acababa de hacer las paces... y de poner los cuernos. ¿Serviría eso para compensar, un poco al menos, el hecho de que había roto mi promesa de cero hombres?

No sabía si compensaba, pero lo que sí sabía era que me sentía como la peor de las mierdas. Joder, no había sido fácil sacar a Héctor de mi cama, renunciar a la tibieza de su cuerpo, a su olor... Había algo en él que me asustaba, mucho, y es que estar a su lado, que nuestros cuerpos se fundieran en uno solo me parecía tan natural, me hacía sentir tan en casa, que era como si nos conociéramos desde siempre, casi (y he dicho casi) como si lo nuestro no fuera una gran equivocación.

Pero él tenía novia... y no era yo.

Yo solo era la tía con la que le era infiel. Y eso significaba que Héctor, a pesar de lo que me hacía sentir, no era más que otro capullo... como todos los hombres con los que acabo. Porque al parecer esta es la historia de mi vida.

Lo había visto irse, en silencio. Antes de desaparecer se volvió un momento, parecía que quería decirme algo, lo adiviné en sus increíbles ojos grises. Pero luego lo debió pensar mejor y no lo hizo. Mejor. No quería escucharlo. No, porque sabía que si lo hacía era probable que flaqueara, y no estaba dispuesta a dejarme engañar de nuevo. Estaba harta de que jugaran conmigo y me hicieran daño. No era justo, yo no me lo merecía.

Había escuchado sus pasos alejarse por el pasillo, la puerta de entrada cerrarse tras él, y eso me provocó un pellizco en algún lugar entre mi estómago y mi corazón. ¿Qué coño era aquello? ¿Por qué sentía que Héctor me desbordaba? ¿Cómo era posible que alguien a quien apenas conocía me hiciera tambalearme con una sola mirada?

Regresé al dormitorio y deshice la cama con unos tirones decididos. Era consciente de que en esas sábanas estaba su olor y quería evitarme la tentación de hundir la nariz en ellas para buscarlo.

Allí nos habíamos abrazado, mordido y arañado. Sobre esa cama había permitido que Héctor me desnudara y lamiera mi cuerpo. Allí mismo había descubierto la perfección de su pecho fuerte y de sus brazos torneados. Nos habíamos entregado el uno al otro, hasta que nos arrancamos el placer a gritos sordos y gemidos profundos.

Tiré de las sábanas con más fuerza, deseando llevarme con ellas todos esos recuerdos de una vez. Como un tirón de cera que rápido duele menos. Las metí en la lavadora y mientras observaba el tambor girar, olfateé un par de veces a mi alrededor. Todavía podía oler a Héctor. Ese olor a madera, a sol, a brisa de levante... seguía en alguna parte. Molesta por no poder eliminarlo del todo, me levanté dispuesta a averiguar de dónde provenía. Y entonces me di cuenta.

Era yo.

Acerqué mi nariz hasta mi hombro y de inmediato mis pituitarias se estremecieron de placer.

Sí, era yo la que olía a él, a una mezcla de su olor, con su perfume y el resto de aromas que trae el sexo. Todo aquello junto fue una combinación explosiva que me hizo estremecer de pies a cabeza sin que pudiera evitarlo.

Mi cerebro reaccionaba segregando hormonas y yo eso no podía evitarlo, por mucho que quisiera. Pero que mi subconsciente se volviera loco con Héctor, no significaba que mi parte más racional no pudiera imponerse y hacerse con el control. Por eso jamás se repetiría aquello. No podía volver a acostarme con un tío que no me convenía, que me convertía en «la otra», y mucho menos si ese tío me hacía sentir las piernas de plastilina y el corazón desbocado con una leve sonrisa.

Agarré el teléfono y llamé a la persona más sensata que conocía en busca de apoyo.

—Necesito expiar mis culpas —saludé sin más introducción derrumbándome sobre la cama sin hacer—. ¿Tienes el confesionario abierto?

Laura soltó una carcajada pero en seguida se puso seria, adivinando por mi voz que el asunto no era para mucha broma.

—A ver, cuenta —respondió después de pedirle a uno de sus hijos que no saltara en el sofá o se iba a descalabrar—, pero te aviso que luego tendrás que aceptar la penitencia.

—Pues me temo que va a ser una penitencia de las gordas porque la acabo de liar a lo grande —confesé tapándome la cara con una mano.

Y se lo conté todo.

—Vamos a ver —dijo Laura poniéndose práctica después de escucharme con atención—. Resumiendo: que te has tirado al macizo de tu vecino, que además es tu casero y que tiene novia. ¿Eso es todo?

—Joder, Laura, ¿y te parece poco? —resoplé.

—Pues no me parece como para que estés tan angustiada, la verdad. Si solo fuera eso, con no volver a dejar que se cuele en tu cama se terminó el problema. Así que debe haber algo más...

Joder con Laurita y su sexto sentido.

Desde que era madre había desarrollado una capacidad asombrosa para adivinar lo que no se le contaba. Lo sentía por sus hijos, la verdad, lo iban a tener difícil cuando empezaran a querer colársela a su madre con la excusa de que no habían bebido alcohol sino que les había sentado mal la cena...

—Es que Héctor tiene algo —empecé a decir, y no era fácil, porque ni yo misma sabía cómo poner palabras a aquello—. No sé lo que es, Laura, pero me da miedo.

—¿Miedo?

—Bueno, más bien es que me confunde —aclaré—. Me refiero a que me descoloca cuando lo tengo cerca. No es solo una atracción física, que también, es que cuando me mira parece que me vaya a decir muchas cosas, pero luego no me dice nada. Es como si quisiera dar un paso adelante, pero lo acabara dando hacia atrás —resoplé, consciente de que nada de aquello tenía sentido—. Mierda, no hago más que decir chorradas.

—A mí no me parecen chorradas, Amalia —me respondió Laura sin alterarse—. Sé de lo que me hablas porque yo misma lo he visto.

—¿Cómo?

—Aquel día en la playa, cuando te saludó en el chiringuito y tuve que apartarme para no chamuscarme con las chispas que saltaban entre vosotros dos —recordó con una risa contenida—. Si casi parecía que le molestaba tener que volver a la arena con su novia.

—Ahora la que está diciendo chorradas eres tú —dije poniendo los ojos en blanco aunque ella

no pudiera verme a través del teléfono.

—Amalia, yo he visto cómo te miraba Héctor, y eso no se ve todos los días —sentenció con decisión justo antes de que se escuchara un golpe seco y a continuación a un niño berrear a toda potencia—. Perdona, cielo, voy a tener que dejarte, tengo una pequeña emergencia familiar que espero no termine en urgencias.

—Claro, no te preocupes...

—¿No te había dicho que no saltaras en el sofá? —la oí regañar a uno de sus hijos justo antes de colgar y no pude evitar una sonrisa.

Laura era una madraza. Conmigo también había hecho un poco de madre, la verdad. Lo que significa que me había dicho cosas que no hubiera querido escuchar.

¿Qué significaba eso de que Héctor me miraba *nosé cómo*?

Héctor no era más que otro cabrón que engañaba a su novia con la que se le pusiera a tiro. Y yo había sido tan tonta de ponerme una diana en el pecho.

No quería un hombre así en mi vida. De esos ya había tenido, y no necesitaba un nuevo Alberto o un nuevo Unai que viniera a desbaratarme por dentro y luego abandonarme sin mirar atrás. Ya había tenido bastantes mentiras en mi vida. Lo último que quería era una nueva dosis. Sabía cómo acababa eso. Y dolía. Así que no, gracias. No más mentirosos para mí.

Ahora la pregunta era: ¿existirían los hombres sinceros? Tal vez no. Entonces eso se traduciría en que acabaría mis días sola, a excepción del centenar de gatos que viviría conmigo y me trataría como su esclava exigiéndome latitas de salmón y guisantes a todas horas.

De lo que estaba segura era que Héctor era un gran interrogante para mí. No comprendía su forma de actuar, ni por qué a veces lo sentía tan cercano como si siempre hubiera estado a mi lado, mientras que otras él mismo se empeñaba en hacer como si nada de lo nuestro fuera real. Por mucho que lo intentara, no podía entenderlo.

Pero lo que sí sabía, con total seguridad, era que mentía. No sabía ni cómo ni por qué, pero Héctor mentía, ocultaba algo. Lo podía ver brillar en sus ojos grises. Y tenía la impresión de que era la mentira más grande que jamás había tenido delante.

## CAPÍTULO 20



### *La vieja de la mirilla*

No hay nada que combine peor con el color rojo que los números de la cuenta bancaria. Es un hecho. Como lo es que Irene estaba tan enfadada que cerró el portátil con demasiada fuerza y se arrepintió de inmediato. Solo le faltaba que se rompiera justo cuando no tenía dinero para comprarse otro.

Esa semana su encargada en Mercadona le había llamado la atención dos veces, una por llegar tarde y otra por hacerlo medio dormida. Joder, no podía permitirse perder ese trabajo. Ya la habían echado de la zapatería, el súper era lo único que le quedaba y ahora ella tenía una hipoteca que pagar.

Miró a su alrededor. Ahí estaba el *chaise longue* de diseño que había comprado en un impulso, y justo al lado las mesitas carísimas que la vendedora se empeñó en colocarle y ella no supo rechazar. También se le había ido la mano con la cocina, bueno y con los dormitorios. Debía reconocerlo: en la reforma había gastado por encima de sus posibilidades.

En un principio la idea había sido la de irse a vivir con lo justo. Después de todo, ella lo que quería era una casa que fuera suya y poder salir del zulo. El resto le daba lo mismo. Entonces, ¿por qué se había vuelto loca comprando de manera compulsiva?

Tal vez porque creyó que sin la sanguijuela de su ex chupándole la sangre podría permitirse algo más. O tal vez porque los martillazos de los albañiles y las compras compulsivas habían resultado igual de satisfactorios que el sexo a la hora de hacerle olvidar una soledad que la aterraba como nunca.

Ese era, en realidad, su problema. Irene seguía sin saber vivir sola. Se esforzaba como nadie llenando sus vacíos con hombres que no le convenían. Follaba con desconocidos a cambio de no pasar la noche con una ausencia al otro lado de la cama. Pero todo aquello no era más que humo, y ella lo sabía. No hay forma de engañar a la soledad.

Triana tenía razón cuando decía que se estaba desmadrando y eso que no sabía ni la mitad. Porque Irene no se atrevía a contárselo ni a sus mejores amigas. Se había dejado llevar y ahora su vida era un completo descontrol. Vivía al día, porque se había gastado más de lo razonable en la reforma. Ni siquiera sabía cómo pagar el próximo recibo de la hipoteca.

Joder, con lo que le costó comprar su propia casa no podía permitir que se la quedara el banco.

Las primeras lágrimas de desesperación rodaban por sus mejillas cuando el móvil vibró. Irene se recompuso haciendo un esfuerzo. Era la aplicación de Tinder, tenía un nuevo *match*. Desbloqueó el *Smartphone* y se le escapó una sonrisa. En seguida recibió el primer mensaje. Era Unai y quería quedar.

Irene sabía que era del todo improbable que la reconociera por la foto. Al fin y al cabo, la única vez que se vieron ella llevaba el pelo naranja y ahora era fucsia. Además sabía por experiencia propia que cuando te follas a demasiada gente acabas por olvidarte de sus caras, incluso de sus nombres. Así que, ¿cómo iba a acordarse Unai de ella si no había sido más que la amiga de una de sus incontables conquistas? No creía que la recordara de la única cena en la que

habían coincidido, y acertó.

Por supuesto que Irene no me había hablado de lo que pensaba hacer, porque sabía que yo no estaría de acuerdo. Aun así prefirió seguir adelante.

Se mordió el labio mientras escribía a Unai para pedirle una cita.

Pasé toda la semana siguiente echando un vistazo por la mirilla de la puerta antes de abrir. No se me olvidaba que la última vez que no lo había hecho me había encontrado a Héctor al otro lado y, aún no sé cómo, habíamos acabado juntos en la cama. Y, por mucho (muchísimo, en realidad) que hubiera disfrutado, aquello no podía repetirse.

Incluso había dejado de utilizar el ascensor por miedo a coincidir con él, o peor aún, con ella, en su interior. Mejor las escaleras, que dicen que es muy sano y además podía ahorrarme algún disgusto que otro.

Lo tenía todo planeado para no tener que volver a enfrentarme a los ojos de tormenta de Héctor, ni a su piel, ni a su olor, ni a esa sensación que se me instalaba en la boca del estómago cada vez que lo tenía cerca. Todo... menos una cosa.

Era viernes por la noche, casi había pasado una semana entera desde aquel polvo que nunca debió haber ocurrido, y estaba arreglándome para nuestra cena de chicas en El Portal. Había elegido un vestido negro, ajustado, corto como un suspiro, y unos taconazos que causaban la ilusión óptica de que mis piernas eran infinitas. Además, había bajado un par de tardes a la playa y con el moreno todo me favorecía más. Me había recogido el pelo en un moño de bailarina para huir del calor y me estaba maquillando los ojos con esmero.

¿Iba buscando guerra? No. En realidad lo único que quería era olvidarme de las ganas que tenía de subir al ático, llamar al timbre y pedirle a Héctor que me hiciera todo lo que me hizo la última vez. Pero como estaba decidida a no ceder a mis impulsos, intenté concentrarme en el *eyeliner* y olvidarme de todo lo demás.

Entonces me pareció que llamaban a la puerta. Tenía el altavoz a todo volumen y en ese momento sonaba *Mamacita* de los Black Eyes Peas con Ozuna, lo cual no me impidió escuchar los golpes con claridad. El corazón se me subió a la garganta. No, no, no... por favor que no sea él. Fui repitiendo esas palabras como un mantra hasta asomarme por la mirilla. ¿Funcionó? Pues más bien no, porque sí era él.

Héctor estaba del otro lado de la puerta, esperando con la espalda apoyada en la pared del descansillo y las manos hundidas en los bolsillos. Contuve la respiración, pero los latidos me sonaban tan fuertes que temí que me delataran.

—Sé que estás en casa, Amalia —dijo de pronto levantando la vista hacia la mirilla, casi como si pudiera adivinar que lo observaba—. Se oye la música desde aquí.

¡Mierda! Y ahora ¿qué? No tenía más remedio que abrir y aguantar firme en mi postura. No debía ser tan difícil, ¿verdad?

—Hola —saludé sin soltar la puerta, como si la estuviera sosteniendo, aunque la verdad es que era ella la que me sostenía a mí.

Héctor no respondió de inmediato, sino que me recorrió el cuerpo entero con los ojos, de abajo a arriba. Luego, detuvo su mirada en la mía y levantó la comisura derecha de los labios en una sonrisa que me hizo hervir la sangre.

—Estás preciosa —murmuró con su voz grave y profunda.

No respondí, básicamente porque no pude pronunciar palabra alguna. Viéndolo ahí, con esa postura tan masculina y arrebatadora solo podía pensar en que él también estaba guapo, mucho, a decir verdad. Tanto que apenas podía dejar de pensar en que a ese cuerpo le sobraba toda la ropa

que llevaba encima.

—¿Puedo pasar? —preguntó separando la espalda de la pared y sacando las manos de los bolsillos.

Se acercó hacia mí y por un momento llegué a temer que volviera a besarme. Espera, ¿he dicho temer? ¿O desear? Pero lo que hizo fue apoyar el antebrazo en el marco y dejar que su frente descansara sobre él.

—Prefiero que no —contesté obligándome a levantar la barbilla y que mi voz sonara firme.

Creí ver que el gris de sus ojos se volvía más oscuro de repente, como si escucharme le hubiera dolido de alguna manera.

—Sé que contigo lo estoy haciendo todo mal, Amalia. Pero necesito que dejes de esquivarme, aunque sea para que pueda pedirte perdón —pidió pasándose la mano por el pelo oscuro y suspirando profundo.

Parecía sincero. Tenía el ceño ligeramente fruncido, lo que acentuaba más todavía la rotundidad de sus rasgos. Dios, ¿era necesario que fuera tan guapo?

—Ya te dije que a mí no tienes que venirme con disculpas —respondí cruzando los brazos sobre mi pecho, claramente a la defensiva—. Eso mejor resérvalo para tu novia. Por cierto, ¿le has contado ya lo que pasó?

Como respuesta Héctor me sostuvo la mirada mientras negaba con la cabeza, despacio. Y sus ojos, con cada nueva estocada que yo le lanzaba, parecían oscurecerse un poco más.

—Claro, es mucho mejor no decirle nada y seguir follándonos a las dos, ¿verdad?

—Te estás equivocando... —murmuró con la mandíbula apretada, pero yo estaba tan rabiosa que no me importó.

—A ti lo que te pasa es que eres un sinvergüenza a quien lo único que le interesa es su polla —continué, envalentonada.

Lo dije porque era lo que pensaba. Aunque también pensara otras cosas, como que Héctor era mucho más de lo que aparentaba, pero que por alguna razón nunca mostraba su verdadero yo. Eso, y que era uno de los hombres más atractivos que había visto en mi vida.

Lo había insultado abierta y directamente, sin paños calientes, y Héctor reaccionó. Solo que no lo hizo como yo esperaba. Hubiera creído que después de las perlas que había soltado, él se enfadaría y se marcharía sin intención de volver a verme. En cambio, dejó caer la mano con la que se había estado revolviendo el pelo mientras me escuchaba y avanzó con decisión hacia mí, obligándome a retroceder hasta que mi espalda chocó contra la pared del recibidor.

Me quedé arrinconada entre la mesita que utilizaba para dejar las llaves, que con el empujón habían caído al suelo, y el cuerpo de Héctor, sin poder siquiera pestañear de la impresión.

Entonces él, con movimientos lentos, apoyó cada una de sus manos a los lados de mi cabeza y pude escuchar con claridad su respiración agitada. Su pecho subía y bajaba justo delante de mí, con la camiseta marcando los músculos que yo había lamido y arañado no hacía tanto. Inspiré en busca de aire, pero lo único que conseguí fue llenarme los pulmones de su olor. Estábamos tan cerca el uno del otro que con solo movernos un centímetro nos habríamos rozado, pero no lo hicimos. Nos quedamos tan quietos como si fuéramos de cera.

—¿Crees que me conoces? —susurró junto a mi oído—. Déjame que te diga que no tienes ni puta idea de quién soy yo, y mucho menos de lo que me pasa, Amalia.

Y no sé cómo, pero su aliento cálido al pronunciar esas palabras me hizo cosquillas mucho más abajo que el cuello. Sentí un escalofrío recorrerme la columna y él debió darse cuenta, porque se humedeció los labios con la lengua, mordiéndose ligeramente el inferior al mismo tiempo.

—Pero creo que a ti te pasa lo mismo —añadió sujetándome por la barbilla, colocándome tan cerca de su boca húmeda que entreabrí la mía.

Pero Héctor no me besó. Al menos no como yo esperaba. A cambio del beso apasionado que yo había deseado, lo que hizo fue apoyar sus labios en mi frente mientras una de sus manos me acariciaba la nuca con suavidad. Permaneció así un par de segundos, dejando que sus dedos jugaran con mi pelo, para luego suspirar y separarse de mí como si eso le costase un esfuerzo inmenso.

—Tú no sabes nada de mí —me dijo aún con su mano acariciando mi cuello—, pero estoy dispuesto a demostrarte que te equivocas conmigo.

Y así, sin añadir nada más, se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás. Lo vi salir por la puerta que había cruzado por las bravas minutos antes y bajar las escaleras sin molestarse en esperar al ascensor.

Respiré profundo. Iba a necesitar un rato para recuperarme de lo que acababa de ocurrir.

## CAPÍTULO 21



### *La hora perfecta para montar un buen pollo*

A veces guardarse las cosas para una misma es lo peor que se puede hacer. Pero no siempre reunimos el valor necesario para compartirlo y buscar las palabras que hacen falta para pedir apoyo o hablar de un problema en voz alta. Algo así le pasaba a Laura, que tenía la necesidad de gritar un SOS que le empujaba desde la garganta, y al mismo tiempo se mordía los labios para no decir nada.

Sin embargo, ningún secreto se puede guardar eternamente. Antes o después todos acababan por salir a la luz. Y aquel viernes, sencillamente, Laura explotó.

—Ismael va a dejarme —soltó a bocajarro en cuanto estuvimos sentadas en nuestra mesa de la esquina en El Portal.

A Triana se le atravesó un cacahuete de los que el camarero nos había dejado junto con las bebidas y casi tuvimos que hacerle la maniobra de Heimlich. Por suerte acabó por tragar y pudimos centrarnos en la bomba que había dejado caer Laura.

—Eso no es posible —argumentó Irene, que no daba crédito. Ella sabía, tan bien como todas nosotras, que a Ismael solo le faltaba besar el suelo que pisaba su Sherezade.

—Ya lo creo que lo es.

Y Laura no tuvo más remedio que empezar por el principio para contarnos su aventura con el intercambio de parejas.

Aquello nos llevó un tiempo, primero porque a Laura le costaba hablar de esos temas y a veces daba tantos rodeos o usaba tantos eufemismos para referirse a algo, que nosotras acabábamos perdidas y a ella le tocaba volver a empezar. Segundo, porque Triana, que no daba crédito a lo que estaba oyendo, no dejaba de interrumpir con exclamaciones obscenas de lo más variado.

—Joder con Laurita —exclamó una vez nuestra amiga nos puso en antecedentes—. ¡Si parecía que ibas para monja y al final resulta que eres más puta que las gallinas!

La aludida ignoró el comentario soez y recogió su sedoso cabello negro tras las orejas para continuar.

—La cuestión es que el otro día pillé un mensaje en el móvil de Ismael. Era de Sol y le pedía que se vieran donde la última vez —dijo, y nos miró una a una antes de repetir—: Donde la última vez, o sean que ya han quedado antes.

—A ver —intenté poner un poco de orden—, había un mensaje sí, pero no decía para qué querían verse...

—¡Para hacer punto de cruz, no te jode! —saltó Triana interrumpiéndome—. Yo pienso igual que Laura, ahí no puede haber nada bueno, si no, ¿por qué su querido marido, ese que tanto la adora, lo ha mantenido en secreto?

Yo no tenía esa respuesta y la verdad era que la cosa pintaba mal. Pero no quería que Laura se viniera abajo antes de tiempo. Todavía era posible que todo aquello tuviera una explicación aceptable. Improbable, pero posible.

—Yo sigo sin poder creérmelo —apuntó Irene, poniéndose de mi parte—. Y creo que deberías

hablar con él.

Laura tragó saliva. ¿Cómo explicarnos que si no lo había hecho aún era porque no estaba segura de ser capaz de soportar lo que creía que iba a averiguar?

Ella no era como Ismael.

Laura había ocultado que se acostaba con su entrenador todo lo posible. Lo dijo solo cuando ya no pudo aguantar más, como solía hacer ella. Y para entonces había sostenido durante tanto tiempo aquella situación, que la única salida que veía era el divorcio. Sin embargo, se sorprendió cuando su marido le propuso una segunda oportunidad. Él, que debería haber montado en cólera por llevar más cuernos que un arce, mantuvo la calma y se aseguró de que ella también lo hiciera.

Fue gracias a él que habían podido seguir juntos. Con su paciencia infinita y su capacidad de amarla sin condiciones habían logrado mantener en pie las ruinas de su matrimonio. Pero eso fue antes, cuando la que había metido la pata era ella.

Ahora, y por extraño que pareciera, el desliz lo cometía Ismael. Lo cual era sorprendente, pero no dejaba de ser humano al fin y al cabo. Todos hacemos cosas de las que más tarde nos arrepentimos. La cuestión era si Laura sería capaz de perdonar sin reservas igual que había hecho él.

Y ni siquiera ella estaba segura de la respuesta.

—A lo mejor solo está echando una canita al aire. No tardará en aburrirse de metérsela a otra y verás como vuelve... —argumentó Triana después de que el camarero desapareciera con nuestra comanda—. ¡Joder, que está casado contigo, estaría loco si no volviera!

—Aunque él estuviera dispuesto a dejar de verse con Sol, no sé si yo podría vivir con ello —admitió Laura—. Ismael jamás me ha vuelto a mencionar mi asunto con Carlos, pero no creo que yo pudiera sobrellevarlo tan bien como ha hecho él... Lo sé, soy lo peor.

—No te culpes por eso —la apoyé dejando descansar mi mano sobre su antebrazo con cariño—, cada uno hace las cosas lo mejor que puede. Eso no te hace mejor ni peor.

Yo comprendía bien lo que se siente cuando te traicionan. Había pasado por ello. Y el hecho de que Laura hubiera sido la primera en ser infiel, no parecía ser suficiente para evitarle el dolor de saberse traicionada. Al fin y al cabo, Ismael había mentido. Y eso es duro de asimilar, por mucho que supiera que no tenía derecho a recriminarle nada.

—La culpa es mía —dijo esforzándose por retener las lágrimas y no montar un numerito en el restaurante—. Esto ha pasado porque yo insistí en lo del trío, he sido yo quien lo ha empujado a esto.

—Vamos a dejar las cosas claras —interrumpió Irene—. No puedes culparte tú de lo que haga tu marido. Aquí todos somos mayorcitos y cada uno es responsable de sus actos.

—Ismael siempre ha sido mi brújula —sollozó Laura—, ¿cómo voy a poder vivir sin él?

Apreté su mano porque no había respuesta a eso. Qué complicadas somos las personas, pensé. Hacía solo unos pocos meses era ella quien pensaba en romper la relación y ahora que las tornas habían cambiado y creía que él la iba a dejar, nuestra amiga estaba aterrorizada.

Llegué tarde a casa. Después de la cena habíamos salido a tomar unas copas por el barrio, cerca de casa de Triana y se nos había ido un poco de las manos. Bueno, a unas más que a otras, la verdad.

Yo apenas había probado una gota de alcohol, pero había tenido que acostar a Irene, que esa noche se había bebido hasta el agua de los floreros para después acabar proclamando que todos los hombres del mundo eran una mierda pinchada en un palo. Por supuesto, no faltó algún individuo (con el que compartía el mismo grado de alcohol en sangre) dispuesto a ofrecerse

voluntario para demostrarle que se equivocaba metiéndole mano bajo la falda. Pero Irene estaba demasiado borracha como para que la dejáramos hacer más tonterías, así que cuando se le pasó el punto divertido y empezó a soltar alguna lagrimilla, decidimos que ya era suficiente por aquella noche.

Yo me ofrecí a acostar a Irene en su cama y Triana quiso acompañarme. Pero al salir se tropezó con un compañero del juzgado que paseaba a su perra a horas intempestivas y me preguntó si no me importaba hacerlo sola.

Así que después de asegurarme de que Irene dormía la mona a pierna suelta, volví a casa con un dolor de pies de los gordos... y una mala leche más gorda todavía.

Sí, seguía cabreada con Héctor. Primero por haberme regalado un polvo con el que me hizo ver las estrellas. Qué digo las estrellas... más bien las constelaciones al completo, con su vía láctea, la osa mayor y toda la pesca. Segundo, por hacerme sentir una mierda con patas que se acuesta con el novio de otra. Y tercero... pues por no poder quitármelo de la cabeza.

El muy cabrón me la había jugado pero bien.

Había empezado como si fuera el casero más enrollado de la historia, permitiéndome incluso entrar en el piso unos días antes. Sin embargo había olvidado convenientemente mencionar el hecho de que tenía novia, claro. Y yo, que siempre acabo cojeando del mismo pie, pues caí como un ratón en la ratonera.

Encima tenía que aguantar que se burlara de mí, follándose a la Barbie encima de mi cabeza. Como si no supiera que los estaba oyendo. ¡Seguro que empujaba más fuerte solo para hacerla gritar más alto!

Cuanto más lo pensaba, más aumentaba mi cabreo, hasta el punto de que al llegar a mi bloque se me había olvidado hasta el dolor de pies. Lo único que sentía en esos momentos era una rabia infinita por esos tíos que nos chulean a unas y a otras, como si nada, y encima nunca se llevan un buen escarmiento. Pues eso se iba a terminar.

Así que cuando fui a abrir la puerta de mi apartamento, me lo pensé mejor. Miré el reloj, eran las cuatro menos cuarto de la madrugada. La hora perfecta para montar un buen pollo.

Subí por las escaleras pisando fuerte y haciendo mucho ruido con las sandalias de tacón atadas al tobillo, que a esas horas ya se me habían debido incrustar en la piel y no me quedaría más remedio que vivir con ellas puestas para siempre. Me planté frente a la puerta del ático, sobre el mismo felpudo en el que había potado hacía no tanto, y tomé aire para darme ánimos.

Si el cabrón de Héctor no le había contado a su novia que le había puesto los cuernos conmigo, lo haría yo. Tenía que hacerlo, era lo correcto. Por mucho que me costara tragar a Doña Perfecta, se merecía saber la verdad. Sabía que iba a liarse parda, a nadie le gusta escuchar lo que yo iba a decir, pero eso era mejor que dejarla vivir en la mentira, creyendo que su novio era un santo con una polla como un trabuco.

Sacudí los hombros y me coloqué el bolsito de mano bajo el brazo. Seguro que en ese mismo momento, la parejita feliz dormía desnuda y abrazada tras el polvazo de cada noche, y me sentí miserable por lo que iba a hacer. Pero inmediatamente me obligué a desechar esos pensamientos. La culpa no era mía, sino de Héctor. Era él quien tenía novia, quien había sido infiel. No yo. Antes de tener tiempo de arrepentirme llamé al timbre con un manotazo.

Silencio.

La espera se me hizo eterna. Casi creí que nadie me había oído, o tal vez no estuvieran en casa. Empezaba a perder fuelle, a sentir de nuevo el dolor de pies, y a creer que posiblemente lo que iba a hacer no era tan buena idea como yo había creído hasta entonces. Iba a girarme sobre mis

tacones cuando escuché la puerta abrirse.

En fin, ya era tarde para arrepentirse, tocaba apechugar y continuar para adelante.

Al otro lado estaba Héctor. Héctor con un pantalón de algodón gris y una camiseta blanca. Héctor con el pelo revuelto. Héctor descalzo. Héctor tan guapo como siempre, o puede que incluso mucho más que nunca.

—¿Te he despertado?

Y la ganadora del premio a la pregunta más tonta del siglo es para... ¡Amalia! Vamos a ver, que era plena madrugada, ¿qué iba a estar haciendo si no era dormir? No, mejor no respondo a eso, que si me empeño aún puedo ir a peor.

—¿Qué pasa, Amalia? —resopló al tiempo que se apoyaba en el marco de la puerta con un gesto muy masculino.

Su voz era ronca como siempre, pero no me pareció la de alguien recién levantado. Me fijé bien y no llevaba la ropa arrugada, como debería haber sido si se acabara de levantar de la cama. Tal vez tuviera insomnio, como yo, que de eso también sabía un rato.

—Yo... es que... —balbuceé sin encontrar las palabras que me había preparado durante el trayecto de casa de Irene a la mía.

Héctor levantó una ceja, seguramente preguntándose qué coño hacía yo allí a esas horas y por qué me ponía a decir tonterías sin sentido. Aquello me hizo recuperar el control. Yo había ido allí a poner los puntos sobre las íes. Y pensaba hacerlo.

—Dile a Silvia que salga —exigí por fin dedicándole una mirada desafiante—, que tengo que hablar con ella.

Vi cómo su ceja se levantaba un poco más. Pero eso fue todo. Héctor no hizo ademán de moverse de donde estaba. Y eso me irritó hasta límites insospechados.

—No voy a permitir que sigas engañando a esa pobre chica —exclamé sin poder controlar los nervios—. Por estirada que sea no se merece que un tío la chulee de esta manera, ¿me oyes? Ni ella, ni yo, ni nadie se merece algo así. Así que ahora mismo la llamas y le pides que salga para que podamos aclarar todo esto.

Como respuesta me encontré con la intensa mirada de Héctor, que me observaba desde su imponente altura, todavía apoyado en el marco de la puerta. Advertí que curvaba ligeramente la comisura de sus labios en una media sonrisa. Un momento, ¿se estaba riendo de mí?

¡Menudo hijo de la gran puta! ¿Cómo se atrevía? Si creía que aquello no era más que un farol y no sería capaz de hacerlo de verdad, se iba a enterar.

Solté un bufido exasperado y lo aparté de un empujón para colarme dentro de la casa al tiempo que daba voces por el pasillo.

—¡Silvia! —grité mientras buscaba el dormitorio—. ¡Silvia, necesito que hablemos!

No me percaté de que Héctor me seguía hasta que me metí en una habitación con una cama grande y revuelta... pero vacía. Entonces escuché su voz calmada a mis espaldas.

—No hace falta que grites, Amalia —dijo Héctor cruzando los brazos sobre el pecho—. Silvia ya no vive aquí. Pero si de verdad necesitas hablar con ella puedo darte su teléfono.

Me volví desconcertada.

—¿Por qué no me lo has dicho desde el principio?

—Pues porque no pensé que fueras a empujarme para colarte en mi casa y entrar a mi dormitorio sin permiso.

Lo había dicho con un brillo burlón en sus ojos grises, pero a mí aquello no me hizo ni pizca de gracia.

—No creí que pudieras ser tan arrogante —repuse esforzándome de veras para recomponer de alguna manera mi maltrecha dignidad.

—Ni yo que tú pudieras ser tan jodidamente complicada.

—¿Cómo dices? —exclamé ofendida.

—Digo exactamente lo que oyes —insistió él, sin dar su brazo a torcer.

Me quedé sin palabras viendo cómo se acercaba hasta mí, clavándome sus ojos de tormenta hasta lo más hondo del alma.

—Digo que no sé con qué clase de tipos te habrás cruzado hasta ahora —continuó Héctor sosteniendo mi mirada—. Digo que seguramente eran unos gilipollas que no te valoraron ni te trataron como merecías.

Inspiré profundamente en busca de aire. ¿Cómo era posible que Héctor supiera tanto de mí, si yo nunca le había hablado de aquello. En realidad, pensé entonces, no habíamos hablado de casi nada. Tan solo unas pocas frases cordiales en las que ambos habíamos intentado esquivar nuestros propios silencios.

—Y digo también que no deberías juzgarme a mí por lo que te hicieron ellos —dijo en una especie de susurro ronco.

Se había ido acercando tanto que di un paso atrás y tropecé con la cama que estaba a mis espaldas. Caí sentada sobre ella, pero no por eso dejé de mirarle. Él tampoco lo hizo.

—No es justo que lo hagas —murmuró mientras se inclinaba hasta dejar sus labios a escasos milímetros de los míos—. Porque yo no soy ellos.

## CAPÍTULO 22



### *Niñata engreída*

Su coraza de mujer fuerte a la que todo le resultaba indiferente no había aguantado la batalla. Se había resquebrajado con el primer golpe, dejándola desnuda, con sus inseguridades a la vista de todos. Incluso de ella misma. Pero esa noche Triana celebraba que las cosas estaban cambiando.

Para su sorpresa, desde que el juzgado arrancara motores después del descanso estival, la mujer del *pichafloja* había aflojado la garra con la que la tenía sujeta de las pelotas. La jueza ya no aparecía en todos y cada uno de sus casos y, cuando lo hacía, la trataba con indiferencia. Casi como si nunca se hubiera entretenido (y disfrutado) haciéndole la vida imposible.

Los primeros días Triana había caminado por los pasillos con los nervios a flor de piel, temiendo que fuera una estratagema antes de atestarle el golpe definitivo. Pero las semanas pasaban y nada de eso ocurría. La desconcertaba aquel súbito cambio de actitud. ¿De verdad su señorita la dejaría por fin en paz? ¿De verdad podría olvidarse de semejante pesadilla de una vez por todas?

Sin la sombra de la jueza cerniéndose sobre ella, había tomado la decisión de recuperar las riendas, de volver a sentirse fuerte. Ahora sabía que si quería que durase, no serviría de nada volver a construir castillos en el aire. Esta vez tendría que ser de verdad. Y tendría que empezar por quererse a sí misma. Con sus muchos defectos incluidos. Aprendería a conocerse y valorarse, con sus luces y sus sombras y todos los matices que cabían entre medias. En definitiva, se perdonaría no ser tan perfecta como siempre había querido aparentar.

Para empezar, volvía a arreglarse con esmero. Se había deshecho de toda esa ropa que la hacía parecer una morcilla de Burgos recién embutida, y había ido de compras para llenar el armario de prendas que le favorecían y con las que se sintiera cómoda. Para esa noche de chicas había elegido un vestido que acentuaba sus curvas a la vez que la estilizaba. Llevaba recogido su precioso pelo rojizo en un moño encima de la nuca y se había maquillado con unos colores neutros que hacían que sus labios cobraran protagonismo. Por supuesto iba subida a sus infinitos tacones. Sí, las cosas podían empezar a ir bien.

Aunque encontrarse con Ángel al terminar la fiesta en plena madrugada era de las últimas cosas que Triana se hubiera esperado. Lo cierto era que la pilló desprevenida, con la guardia baja, quizás por eso no le pareció tan mala idea detenerse a saludarlo.

—¡Hola!

Era la primera vez que lo veía fuera de los juzgados. De hecho, sin su traje anticuado Ángel casi parecía otro. Llevaba unas bermudas cómodas de algodón gris y una camiseta blanca de manga corta. Triana se fijó en que llevaba a una perrita pequeña de pelo largo al otro extremo de la correa que sostenía en su mano derecha y supuso que debía vivir por allí cerca.

—Un poco tarde para sacar a pasear al chucho, ¿no?

Ángel la observó un largo minuto sin responder, claramente desconcertado y con el ceño fruncido. Triana no tardó en impacientarse, cambió el peso de un pie a otro y cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Qué coño le pasaba a ese tío?

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —le soltó con desparpajo.

La respuesta de Ángel fue un chasquido de lengua y un par de pasos, que dejaban clara su intención de marcharse de allí.

—¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza? —murmuró al pasar de largo junto a una atónita Triana.

—Oye, ¿a qué viene esto? —preguntó ella mientras detenía su huída sujetándolo del brazo—. Solo intentaba ser amable.

Ángel se soltó de un tirón brusco, como si el contacto de ella le quemase y no pudiera soportarlo por más tiempo. Entonces, en vez de irse como había sido su primer impulso, se giró dispuesto a decirle cosas que ella hubiera preferido no escuchar.

—¿Primero me amenazas con castrarme con el tacón de aguja de tus carísimos zapatos y ahora pretendes ser amable? —dijo a media voz, a esas horas la calle estaba prácticamente desierta y no quería llamar la atención—. Debes estar mal de la chaveta.

Triana recibió su respuesta como un insulto. ¿Quién se creía que era para hablarle así? Él no era más que un abogado con el que había cometido el error de tomarse un café en uno de sus momentos más bajos. Uno que, por cierto, después había ido tras ella cual perrito faldero para proponerle conciertos, inauguraciones o cualquier cosa que sirviera de excusa para volver a quedar.

—A ti lo que te pasa es que estás enfadado porque te he dado largas —sentenció convencida y sin disimular un evidente tono de burla—. Y eso te ha herido en tu orgullo de macho, ¿a que sí?

—¿Mi orgullo de macho? —respondió él con un bufido de impaciencia—. Joder, Triana, ¿de verdad crees que es eso lo que me pasa?

Ángel se había girado mientras hablaba, y ahora lo tenía plantado frente a ella, mirándola con tanta dureza que la obligó a bajar la vista.

—Lo que a mí me pasa es que soy imbécil, eso es lo que me pasa —soltó Ángel dando un paso adelante con los ojos echando chispas.

Por una vez Triana se quedó sin habla. No entendía de qué iba aquel numerito. Ángel aprovechó su silencio para continuar, decidido a no dejar nada sin decir.

—Lo soy porque te he ayudado sin que te lo merezcas —aclaró él apretando con fuerza la correa del perro—. Yo, que me he pasado la vida esforzándome para conseguir por mí mismo lo que tengo. Que me he dejado la piel para que no me conozcan como «el hijo de» y que el nombre de mi padre no me haga sombra eternamente... Al final he acabado por ir a buscarle y pedirle un favor que ni siquiera es para mí.

Una de las cualidades de Triana era su inteligencia, así que nada más escuchar aquello los cabos sueltos empezaron a anudarse unos a otros en su mente a toda velocidad. La mujer del *pichafloja*, un juez que estaba por encima de ella, el repentino cambio de actitud de los últimos días...

—No te lo cuento para que me des las gracias —continuó Ángel sin darle tiempo a responder—. Solo quiero que te des cuenta de lo tremendamente egoísta que eres... y que no todo el mundo es como tú.

De repente Triana se imaginó a Ángel entrando en el despacho de la jueza. Poniéndola entre la espada y la pared. Amenazándola con tomar medidas ante su acoso, tal vez echando mano del nombre de su padre (del que él había renegado durante años para al final recurrir a él), mencionando las consecuencias que tendría para su carrera si se ella empeñaba en mantener una conducta tan poco profesional. Y se imaginó a su señoría cediendo, a regañadientes, a soltar el

mordisco para liberar a su presa.

Ahora todo tenía sentido. Por eso la jueza había dejado de joderle la vida. No era porque se hubiera hartado o creyera que ya había tenido suficiente castigo, no. Era porque Ángel se había ocupado de que así fuera. Él la había defendido.

¿Por qué?

Triana boqueó un par de veces, atónita. Después de lo mal que lo había tratado, de cómo lo había despreciado... Algo así era lo último que se hubiera esperado.

—¿Y por qué lo has hecho? —alcanzó a articular Triana, que no se recuperaba de su asombro y buscó apoyo en el edificio más cercano mientras ordenaba sus ideas.

—Porque lo que estaba haciendo esa jueza contigo no era justo, por eso. Y alguien tenía que pararle los pies, aunque tú no te lo merezcas.

¿De verdad el hombre que estaba frente a ella era el Ángel que ella conocía? Le costaba reconocer al corderito que ella había creído que era en aquella figura firme y decidida. De pronto había dejado de ser un potencial padre de familia, blandito y que daba un poco de pena, a un tío con un par de huevos bien puestos.

—No sé qué decir... —musitó Triana aturdida todavía.

—Mejor no digas nada, que ya te lo digo yo —la cortó él sin andarse con rodeos—. Te has comportado como una niña engreída y además cobarde. No me lo explico la verdad, porque si me gustabas tanto era precisamente porque creía que eras mucho mejor que todo eso. Pero mira, resulta que estaba equivocado. Tú te has encargado de demostrármelo. Debería estarte agradecido porque me hayas abierto los ojos.

Mientras hablaba, Ángel se había acercado a Triana. Mucho. Tanto que ella permaneció inmóvil contra la pared, con la espalda apoyada y el pecho agitado ante la cercanía de Ángel, que tenía casi encima.

Entonces, cuando sus cuerpos estaban a punto de rozarse, Ángel se dio media vuelta y se alejó calle abajo seguido por el eco de sus pasos furiosos y su perro. Y Triana necesitó unos minutos para acallar los latidos de su corazón resonando en su pecho. Sentía un cosquilleo en el vientre y las piernas flojas. Se pasó la lengua por los labios entreabiertos. Joder, ella conocía muy bien esa sensación. ¡Se había excitado!

¿Cómo era posible que se hubiera puesto cachonda con Ángel si ella lo aborrecía con todas sus fuerzas? ¿O tal vez no?

Si mientras cenaba con las chicas alguien me hubiera dicho que poco después iba a estar sentada en la cama de Héctor en plena madrugada, seguramente me hubiera entrado la risa. Pero lo estaba.

Es cierto que yo había subido echa un basilisco, dispuesta a explicarle a una casi desconocida la clase de hombre que tenía a su lado, pero las cosas habían salido muy diferentes a como yo había planeado.

Para empezar, la novia ya no era la novia. Al parecer Barbie Malibú había volado del nido. ¿O tal vez Héctor le había dado un empujoncito? ¿Qué era lo que había ocurrido exactamente entre ellos? ¿De verdad quería saberlo?

No. Definitivamente lo mejor sería salir de allí cuanto antes y olvidarme del ridículo que acababa de hacer colándome en su casa mientras gritaba el nombre de su ex.

Pero, al parecer, Héctor no pensaba lo mismo.

Cuando me levanté de la cama él no se movió. De modo que nos quedamos frente a frente, casi rozándonos. Yo no había encendido la luz del dormitorio al entrar, así que la única iluminación provenía del pasillo. En medio de la penumbra hice ademán de rodearlo, pero él me retuvo

sujetándome de la cintura con uno de sus brazos.

Yo podría haberme resistido, haberlo apartado y salido de allí. Podría haber huido. Podría haber hecho muchas cosas... y sin embargo no hice ninguna. Tan solo me quedé inmóvil, conteniendo la respiración y preguntándome por qué la mano de Héctor me ardía de esa manera sobre la piel incluso a través de la tela del vestido.

Él me atrajo hacia sí con un leve movimiento, hasta que mi pecho se apoyó en el suyo. Supuse que notaría los latidos de mi corazón sin dificultad y me ruboricé. Entonces, enredó en mi pelo uno de los dedos de su mano libre mientras acercaba sus labios a mi oído y murmuraba:

—Amalia...

Mi nombre pronunciado con su voz ronca y profunda sonaba mejor que nunca. Y, sin dejar de repetirlo, Héctor acarició mi mejilla, mi barbilla y dibujó la curva de mis labios haciéndome unas deliciosas cosquillas.

Me abandoné. No quería pensar, ni racionalizar lo que estaba ocurriendo. ¿Estaba bien? ¿Estaba mal? ¿Qué importaba? Si yo solo quería perderme en esa increíble sensación de la piel de Héctor encendiendo la mía.

De pronto, sus caricias dejaron de ser delicadas. Su besos se convirtieron en mordiscos. Cerró su mano sobre mi cuello, apretando ligeramente mientras utilizaba la otra mano para deslizar los tirantes de mi vestido por los hombros hasta que este cayó a mis pies. Luego tiró de las copas de mi sujetador hasta descubrir mis pechos y un ronroneo sordo se escapó de su garganta.

Mi respiración se aceleró de inmediato, excitada ante la inesperada brusquedad de sus movimientos. Todos y cada uno de los poros de mi piel se cerraron, en un escalofrío que me recorrió de la cabeza a los pies.

Él se percató y esbozó una sonrisa lasciva que pude apreciar incluso en la penumbra. Entonces me soltó para quitarse la camiseta con un gesto masculino y arrollador, dejando los músculos firmes de su pecho y de su abdomen al descubierto.

Movida por una imperiosa necesidad, acaricié su anatomía con mis manos y no tardé en acuclillarme frente a él para bajarle los pantalones. No llevaba ropa interior, por lo que de inmediato su potente erección quedó al alcance de mis labios. Ante aquello no pude ni quise resistirme. Acaricié la punta con mi lengua húmeda y escuché cómo se le escapaba un gemido allí arriba. Sus manos descansaron sobre mi cabeza y ejercieron una leve presión. Comprendí lo que deseaba y se lo di. La introduje entera en mi boca y la hundí lo más profundo que pude. Sentí cómo con aquel gesto se endurecía aún más.

Héctor me obligó a incorporarme y me besó con ansia, encajando su boca contra la mía, sujetándome con ambas manos la mandíbula, como si fuera a devorarme allí mismo. Su delicioso sabor me inundó, arrancándome un suspiro que él mismo se encargó de acallar hundiendo más aún la lengua en mi boca.

Entonces me giró, dejándome de espaldas a él, aún de pie. Noté cómo sus besos descendían por mi nuca, por mi espalda, hasta llegar a mi trasero. Me agarró las nalgas con ambas manos y las amasó mientras las mordisqueaba con suavidad.

Joder, ¿cómo era posible que Héctor supiera justo lo que más deseaba que me hiciera en cada momento? Era como si estuviera dentro de mi cabeza, como si conociera mi cuerpo hasta el último milímetro.

Se incorporó y con un hábil gesto me apartó las braguitas a un lado. A continuación se lamió los dedos antes de acercarlos a mi clítoris rodeando mi cadera desde atrás, para acariciarlo con movimientos circulares que me hacían temblar de puro placer.

Podía sentir su pecho fuerte detrás de mí, mientras con su mano libre pellizcaba con delicadeza mi pezón izquierdo. Su erección se me clavaba por encima de las nalgas. Y yo gemía cada vez más fuerte porque sus dedos me frotaban cada vez más rápido. A pesar de que traté de contenerme, no lo conseguí. Exploté en un orgasmo brutal que me sacudió entera, al tiempo que él me estrechaba contra su cuerpo y susurraba mi nombre.

Mientras yo trataba de recuperar la respiración, él buscó en la mesita de noche un condón y se lo puso. Luego, sin darme un respiro, sentí que Héctor volvía a estar detrás de mí y abría con los dedos mis labios vaginales para introducir su erección. Aullé como una loba. Estaba tan húmeda tras el orgasmo que con una primera embestida entró entera. Alcé los brazos sobre mi cabeza y busqué su cuello para sujetarme antes de la siguiente penetración.

Héctor me agarró con una mano bajo el pecho y con la otra por las caderas mientras salía y entraba de mí, con más cuidado al principio, aumentando el ritmo poco después. Yo sentía mi interior palpitante y ansioso. Pronto me encontré suplicando más y él no se hizo de rogar.

Colocó una mano sobre mi espalda y empujó, obligándome a doblarme por la cintura. Seguíamos al borde de la cama, así que me apoyé sobre el colchón, mientras sentía que la dureza de Héctor se introducía en mí. No podía verle, pero hundió sus dedos en mi carne mientras dejaba escapar un gemido ronco y adiviné que estaba a punto de correrse. Entonces sus penetraciones se hicieron más profundas, casi llegué a sentir dolor, de no ser porque un intenso placer ocupó todo el espacio hasta llevarme de nuevo a un orgasmo húmedo que nos dejó a ambos empapados y agotados.

Había sido increíble. Otra vez.

Con la respiración entrecortada me fui hasta el baño. Desde el interior le escuché decir que cogiera una toalla limpia si quería darme una ducha, y me pareció una gran idea. Cuando volví a salir estaba limpia y con la ropa interior de nuevo en su sitio.

Me crucé con Héctor y su sonrisa, que me atrapó para besarme con dulzura antes de entrar él mismo a la ducha. No cerró la puerta. Escuché el agua correr y no pude resistirme a echar un vistazo disimulado. Al otro lado de la mampara, con el agua resbalando por su piel y sus músculos, me pareció todavía más atractivo... si es que algo así era posible.

Rescaté mi arrugado vestido del suelo. Me lo estaba intentando abrochar cuando me di cuenta de que Héctor había salido de la ducha y me observaba desde la puerta del baño con una toalla enrollada a la cintura. Dios, estaba tan irresistible que a pesar de acabar de echar un polvo en el que había vuelto a ver la osa mayor, la menor, y el resto de constelaciones conocidas, tuve que contener mis ganas de acercarme y estirar de una puntita de esa toalla maldita.

—¿Te marchas? —dijo sin dejar de observarme con esos ojos grises increíbles.

—Creo que será lo mejor —respondí buscando mi cartera de mano que al parecer se había colado bajo la cama.

Aparté mi mirada de la suya. Lo cierto era que en esos momentos estaba muerta de la vergüenza. Joder, yo había ido allí a liarla parda y había acabado follando con él.

¿Cómo coño había pasado?

Héctor se acercó hasta mí y me abrazó por detrás. Eso me hizo recordar que hacía muy poco habíamos estado en una postura parecida solo que desnudos, jadeando y corriéndonos. Sacudí la cabeza para deshacerme de esa imagen que prendía un fuego entre mis piernas.

Sí, debía irme. Héctor tenía algo que me hacía sentir como si nos conociéramos desde hacía mucho, desde siempre. Y eso seguía dándome miedo. Porque no lo podía controlar. Además, las incógnitas con ese hombre eran tantas que abrumaban.

Con él nunca estaba segura de qué estaba ocurriendo, ni de si lo que me decía o lo que callaba era cierto. Porque sí, callar callaba demasiado. De eso estaba segura. Ni siquiera sabía por qué Doña Perfecta ya no estaba allí, en aquella cama, en aquel dormitorio. Ni por qué estaba yo.

—No te vayas, Amalia, por favor —susurró con voz ronca a mi oído, sin soltarme todavía.

Lo dijo de una manera que mi cabeza dejó de pensar y el corazón me dio un vuelco. Tuve la impresión de que sobre los hombros de Héctor descansaba un peso inmenso, y él no sería capaz de sobrellevarlo por más tiempo. Casi como si me pidiera ayuda.

Y me quedé.

## CAPÍTULO 23



### *Un gigante llamado Pitu*

La llamada del banco la dejó tocada. Y no era para menos. Le acababan de recordar que llevaba retraso en el pago de la hipoteca y, si no se ponía al día, las cosas se le iban a complicar bastante. Irene colgó y tragó bilis. Le aterrorizaba perder su casa, pero se negaba a pedir ayuda. Después de todo ella solita se había metido en ese lío, y sería ella la que saliera... o quien pagara las consecuencias.

Irene caminó de prisa para no llegar tarde al Zara de Maisonnave. Aquel era un lugar extraño para una cita, pero más aún lo era la persona con la que había quedado: Unai.

Lo cierto es que aquello nada tenía de romántico, era más bien una especie de lección. Los hombres que trataban así a las mujeres debían recibir un castigo que les quitase las ganas por un tiempo de seguir jodiendo la marrana. Y ella estaba dispuesta a ser la herramienta del karma para conseguirlo.

Todo eso lo decidió por su cuenta, sin avisarme porque sabía que pondría el grito en el cielo, así que decidió que también lo podía hacer sola. Después de todo, con Leo había funcionado de maravilla. ¿Por qué no hacer lo mismo con el tío que había chuleado a una de sus mejores amigas justo cuando estaba intentando sobreponerse a la traición de su novio?

Unai había tenido prisa por quedar, al parecer estaría solo unos pocos días más en Alicante antes de volver al norte. Lo de verse en una tienda de ropa era parte del plan. Él le había confesado en sus conversaciones por Tinder su fantasía de tener sexo en lugares públicos y a ella se le había ocurrido una idea.

Así fue como Irene entró en la tienda y se encaminó con decisión a la zona de probadores de hombres. Esperó a que el empleado trajeado que doblaba ropa se fuera un momento para colarse en el del fondo, y desde allí envió un mensaje a Unai:

*«Estoy en el último probador».*

No tuvo que esperar más de medio minuto para que él respondiera:

*«¿Quieres que entre?»*

Irene sonrió satisfecha, aquello iba a ser muy fácil. Tecléo con rapidez:

*«Mejor ponte en el de al lado, tengo una idea que te va a encantar».*

Irene escuchó unos pasos acercarse y se le aceleró el pulso. Tenía que ser él. La cortina del probador contiguo se descorrió y después de que entrase Unai en él, volvió a cerrarse. Vio sus pies por el hueco de abajo que quedaba libre y tomó aire para armarse de valor. Iba a ser rápido.

—Hola... —susurró ella poniendo una voz sugerente y con cuidado de que solo la pudiera escuchar quien estuviera muy cerca. Solo faltaba que la pillara el empleado, que ya debía haber vuelto a doblar ropa y no andarían muy lejos de allí.

—Hola, preciosa —contestó él—. Estoy deseando conocer esa idea que me iba a encantar.

Reconoció la voz. Sí, era Unai, no cabía duda. Eso la animó a continuar.

Como toda respuesta, Irene dejó caer una falda al suelo y se la pasó con un golpe de tacón aprovechando que los vestidores se comunicaban unos con otros por abajo.

—Ahora tú deberías entregarme algo a cambio —le pidió.

Escuchó una risa ahogada del otro lado mientras que una mano agarraba la falda. Unai había aceptado el juego.

—Así que te gusta jugar, ¿no? —le dijo él mientras se desabrochaba unos vaqueros y se los pasaba por debajo, igual que antes había hecho ella.

—Digamos que no eres el único que tiene fantasías —respondió Irene impostando un tono travieso al tiempo que dejaba caer al suelo una camiseta de estampado floral.

La verdad era que estaba muy nerviosa y debía hacer un gran esfuerzo porque no se le notara. A esas horas apenas había gente en la tienda, por lo que estaban solos en los probadores. De vez en cuando se escuchaban los pasos del empleado desde el exterior y eso hacía que sus latidos golpearan fuerte en su pecho. Pidió para sus adentros que no les pillaran, ya casi estaba... solo un poco más. Continuaron así, pasándose una prenda tras otra, hasta que llegó el turno de la ropa interior.

Irene empujó con la punta de sus sandalias un conjunto de sujetador y braguita de encaje de lo más sugerente. Tenía que excitar a Unai todo lo posible, necesitaba que no se parara a preguntarse demasiado sobre lo que estaban haciendo.

—Ahora tú —le urgió a que le pasara los calzoncillos y Unai obedeció.

Ya estaba, ese era el momento. Había conseguido dejar a Unai en pelota picada en un probador mientras que ella seguía con toda su ropa puesta, porque le había entregado unas prendas que había traído consigo a propósito en su bolso mochila. Ahora solo tenía que recogerlo todo deprisa y largarse de allí corriendo.

—¿Y ahora qué hacemos, preciosa? Se me ocurren unas cuantas cosas...

En vez de contestar, Irene se agachó para amontonar la ropa de Unai. Cuando ya estaba a punto de salir, una mano la atrapó. Tuvo que contener un grito.

—¿Qué coño estás haciendo?

Joder, Unai se debía haber olido algo en su silencio nervioso, porque de un tirón había arrancado la cortinilla que hacía de separación entre sus dos probadores. Irene levantó la mirada y lo vio allí, delante de ella. Ni siquiera se detuvo a admirar ese cuerpo de gimnasio, porque la mirada de él era de las que daban miedo. Y a Irene no le extrañó, acababa de descubrir que ella había estado a punto de abandonarlo en bolas en un Zara del centro. Era motivo suficiente para estar furioso.

—Yo... no es lo que parece... —balbuceó mientras intentaba buscar una explicación a por qué ella iba vestida, cuando se suponía que le había dado toda su ropa, bragas incluidas.

—Lo que parece es que me la estabas jugando —le escupió él sin soltarla del brazo—. ¿Me vas a decir que no es eso lo que hacías?

—Lo siento mucho... de verdad que no...

Irene lo intentó, pero las palabras no acudían a su rescate. De repente estaba asustadísima y no sabía cómo iba a poder salir de allí. ¿Si gritaba pidiendo ayuda el empleado que doblaba ropa podría oírla? Tal vez, siempre y cuando no se hubiera vuelto a marchar a caja o a colocar prendas, dejándola completamente sola.

—Oye, tu cara me suena... —le soltó entonces Unai entrecerrando los ojos, estudiándola—. Sí, ya me acuerdo de ti, tú eras amiga de la tía aquella...

Conforme hablaba, Unai aumentaba la presión de la mano con la que le aprisionaba el brazo. Empezaba a dolerle de verdad. Las lágrimas de impotencia y miedo impedían a Irene reaccionar.

—¿Te ha mandado ella? ¿Queríais darme una lección? —continuó él alzando la voz—. No sois

más que unas zorras...

No pudo seguir insultándola porque justo en ese instante la cortina del probador se abrió de golpe y apareció un tío enorme al otro lado. Unai e Irene tardaron unos segundos en reaccionar, mientras el armario empotrado los observaba estudiando la situación. Y es que era una situación de lo más extraña: dos personas discutiendo dentro un probador, uno de ellos como su madre lo trajo al mundo. No se ve algo así todos los días.

—Vístete y lárgate de aquí —dijo el desconocido con voz grave y cara de admitir pocas bromas.

Unai pareció dudar, como si tratase de descubrir si había alguna forma de deshacerse de aquel entrometido para continuar la conversación por donde se había quedado antes de la interrupción.

—Ahora —insistió el gigante cruzando los brazos sobre el pecho de modo que unos inmensos bíceps quedaron a la vista.

Al parecer eso fue suficiente argumento para convencer a Unai de que más le valía obedecer, y rápido. De un tirón agarró la ropa que Irene aún tenía hecha un gurrño contra su pecho y se puso los pantalones a toda prisa sin decir ni una sola palabra. El desconocido seguía allí, supervisando la maniobra, e Irene bajó la vista agradecida y avergonzada a partes iguales.

Unai se largó con los zapatos en la mano y lanzándole una mirada de odio a Irene que esta no pudo ver porque estaba ocupada secándose las lágrimas con una mano temblorosa.

—¿Estás bien?

Irene escuchó al grandullón dirigirse a ella, y quiso contestarle que sí y darle las gracias, pero la impresión aún le tenía la garganta atenazada.

—Me parece que necesitas sentarte y tomarte algo hasta que se te pase el susto. Y así de paso me cuentas qué estaba pasando ahí dentro —dijo él mirando la hora en su reloj—. Vamos, te invito aquí al lado, aún me queda media hora para mi cita con el agente inmobiliario que me va a enseñar los pisos de alquiler.

Y ella aceptó, claro. Primero porque era cierto que o se sentaba o las piernas no la sostendrían mucho más. Segundo porque quería agradecerle a aquel oso pardo del que aún no sabía ni el nombre que la hubiera salvado de la furia de Unai. Y tercero porque él había dicho que iba a ver pisos de alquiler, y eso podía ser interesante. Muy interesante.

—Por cierto, me llamo Óscar, pero todos me conocen como Pitu.

A Irene se le escapó una sonrisa tímida. ¿Pitu? ¿En serio alguien había tenido la guasa de llamar así a aquel tiarrón? En fin, el caso era que Pitu la había sacado de un buen lío... y a lo mejor aún podía sacarlo de otro aún mayor.

La noche en que había irrumpido en casa de Héctor, para contarle a su novia que él le ponía los cuernos, acabé quedándome a dormir. Después de follar como salvajes él me había pedido que no me fuera. Y me lo había pedido de tal forma, que yo no me había ido.

Nos tumbamos sobre las sábanas, uno al lado del otro. Y hablamos. Hablamos mucho. Debían ser cerca de las seis de la mañana, porque se empezaba a intuir algo de claridad en el horizonte. A esas horas es cuando la temperatura da un respiro, y puedes darte cuenta de que realmente el verano llega a su fin. Héctor aprovechó para apagar el aire acondicionado y abrir el balcón de par en par para permitir que esa deliciosa sensación inundara el dormitorio. Nos habíamos sentado en la cama, con las espaldas apoyadas en el cabecero de madera natural y las piernas estiradas. Yo llevaba una camiseta suya de algodón que me había prestado. Justo frente a nosotros estaba la ventana, sin cortinas, por lo que estábamos viendo amanecer como si se tratara del cine.

Héctor fue quien preguntó primero. De hecho, no dejó de hacerlo. Parecía tener una curiosidad

insaciable. Y yo creí que aquel era una gran oportunidad para enfrentarme a mis propios demonios y sincerarme con él. Pero también conmigo.

Le conté cómo conocí a Alberto y me enamoré de esa manera ciega e inconsciente de los primeros amores. Le hablé de mi traslado a Madrid y de mi vida en pareja en un coqueto piso cerca de Atocha. No olvidé mencionar cómo las rutinas y la vida en común van transformando a la pareja, y de que hay que aprender a adaptarse o se convierte en el principio del fin. Entonces me preguntó por mi fin con Alberto. Porque era evidente que si yo ya no estaba en Madrid era porque había llegado nuestro fin.

A pesar del pellizco en el estómago que me producía hablar de ello, yo estaba decidida a sacarlo todo. Así que lo solté, como si fueran amarras que me mantenían retenida a un pasado imposible de olvidar. Solté mis ansias por ser madre, mi anhelo por sentir una criatura creciendo dentro de mí, mis deseos de que me llamaran mamá... Y también solté mi dolor por no conseguirlo, mi frustración al ver que mi cuerpo no respondía, mi humillación cuando descubrí que mi pareja tendría un hijo con otra mujer. Todo aquello salió por mi boca, casi sin respirar.

Ni siquiera me di cuenta de que en cierto momento Héctor había preparado un par de cafés y los había traído a la cama. Ni de que me había puesto una taza en la mano y que yo me lo había bebido. Tampoco fui consciente de que después me había ido reclinando, poco a poco, hasta acabar con la cabeza apoyada en su pecho. Ni de que él me había ido acariciando el pelo mientras yo hablaba. Ni de cómo me había secado con el pulgar una lágrima traidora.

Lo único que sentía era alivio. Un alivio inmenso al liberarme de todos mis fantasmas. Eso, y que la respiración calmada de Héctor, que hacía subir y bajar su pecho con movimientos pausados y rítmicos, era lo más parecido a un hogar que recordaba en mucho tiempo.

¿De verdad puede ser la respiración de otra persona un hogar?

Lo que sí puedo decir sin miedo a equivocarme es que nunca antes me había sentido así. El hecho es que cuando terminé de vaciarme por dentro, el sol estaba bien alto y Héctor había cerrado las ventanas para impedir que entrara el calor y vuelto a encender el aire acondicionado.

Permanecimos un par de minutos en silencio, yo con la cabeza sobre su pecho y él haciéndome cosquillas en la espalda con las puntas de los dedos. Me sentía mucho más ligera sin tener que cargar con todo ese pasado en mi mochila. Pero también estaba algo avergonzada, al fin y al cabo acababa de sincerarme con alguien que era prácticamente un desconocido.

Hice además de incorporarme haciendo un comentario acerca de que ya era hora de irme. Pero Héctor me atrajo hacia sí para besarme, despacio, con dulzura.

No era un beso apasionado, como los que nos habíamos robado el uno al otro horas antes, sino uno lleno de ternura. Me dejé llevar y entreabrí los labios para buscar su lengua mientras notaba que, de algún modo, mis heridas empezaban a cicatrizar.

Su lengua caliente enroscándose en la mía fue suficiente para que me alcanzara una chispa de electricidad y volviera a sentir un deseo incontrolable. ¿Qué tenía Héctor? ¿Qué había en el fondo de esos ojos de tormenta que me hacía sentir el vacío bajo mis pies?

Sin dejar de besarme, Héctor me rodeó con un brazo y tiró de mí hasta colocarme encima de él. A la luz del día, su cuerpo me pareció aún más tentador que en la penumbra en la que lo había conocido hasta entonces. Sentí una nueva erección bajo la toalla que él aún llevaba enrollada en la cintura, aunque hacía horas que estaba seca. Se incorporó para levantarme su camiseta y sacarla por encima de mis hombros. Luego me desabrochó el sujetador de encaje y lamió mis pezones endurecidos. Dejé caer la cabeza hacia atrás y lancé un sonoro suspiro.

Entonces me giró hasta tumbarme boca arriba y me quitó las braguitas. Yo abrí las piernas para

permitirle tumbarse entre ellas y se colocó sobre mí, ya sin toalla. Creí que iba a sentir cómo entraba en mí (en realidad lo estaba deseando) pero en vez de eso, Héctor permaneció así, sosteniendo su peso sobre sus codos y con su erección apretada contra mi vientre.

Me observó unos segundos en silencio con sus ojos de tormenta. Y, sin saber por qué, aquello me desarmó por completo. Un sollozo me atravesó la garganta y giré la cara en un intento inútil de que no me viera llorar. Joder, ¿qué me estaba pasando? ¿Por qué me sentía tan desnuda con él? Y no me refiero a la desnudez del cuerpo, sino a otra mucho más íntima y profunda.

Creí que Héctor se espantaría ante semejante demostración de desequilibrio mental, que me pediría que me fuese, que no le complicase la existencia... pero no lo hizo. En cambio, me besó despacio el cuello, los párpados, la raíz del cabello, las puntas de los dedos... hasta que mis sollozos se acallaron y mis lágrimas dejaron de fluir.

Yo seguía con la cabeza girada a un lado. No me atrevía a mirarle. Seguramente pensase que había cometido el mayor error de su vida metiendo en su cama a la tía más loca del mundo. Y no le faltaría razón.

Estaba dispuesta a irme de allí para no volver, recoger mi ropa y mis humillaciones y largarme con viento fresco, cuando su voz me detuvo.

—Te han hecho mucho daño, Amalia —dijo en un murmullo ronco—, pero tienes que aprender a dejar atrás todo lo que no pudo ser. O nunca serás feliz.

Después Héctor y yo hicimos el amor. Es decir, que nos revolcamos como salvajes, igual que hicimos la noche anterior, con la diferencia de que ya no éramos dos extraños arrancándose la ropa sin miramientos. En cada uno de nuestros movimientos se adivinaba una ternura, una complicidad que no había estado ahí antes. Al menos por mi parte.

Porque sí, resulta que se puede hacer el amor con una persona sin llegar a estar enamorada. Se puede hacer el amor, queriéndote a ti misma. Y algo así es lo que me ocurrió con Héctor. Y no quiero que se entienda que fue un polvo ñoño y acaramelado, no. En aquella ocasión aullé, gemí, arañé, resoplé y me corrí más que nunca. Pero lo hice con la sensación de que la persona que compartía las sábanas conmigo me comprendía, de algún modo que todavía no sabía definir yo le importaba. Y eso era mucho más de lo que había tenido desde hacía tiempo.

Rechacé la invitación de Héctor de quedarme a comer y bajé a casa con ganas de darme una ducha, picar algo y echarme una buena siesta. Troté por las escaleras, como de costumbre, solo que con mis tacones en la mano en vez de en los pies. Había sacado las llaves de mi cartera de mano y llevaba una sonrisa tonta en los labios inflamados por tantos besos y mordiscos.

Pero entonces, cuando di la última curva y pude tener una visión completa de mi rellano, el mundo entero pareció congelarse. Parpadeé, por si aquello era una visión después de haber pasado tantas horas sin dormir. Pero no, él seguía allí.

Alberto estaba allí.

—Cariño... —dijo, levantándose del suelo, donde me habría esperado sentado a saber cuánto tiempo.

Yo seguía detenida en el giro de las escaleras, con las llaves entre los dedos y el corazón detenido. No pude articular palabra.

—Amalia, cariño —insistió Alberto—. Necesitaba verte.

## CAPÍTULO 24



### *Después de caer, toca que levantarse*

Hay que ver, lo mucho que se tarda en salir del pozo... y lo poco que cuesta volver a caer en él.

Hacía seis meses que no veía a Alberto y, a pesar de ello, encontrármelo de nuevo fue como recibir un latigazo que me abrió las carnes sin compasión. ¿Cómo era posible que aún doliera tanto?

Era como si hubiera visto un fantasma en mi rellano, solo que este daba mucho más miedo que los que llevan una sábana blanca y una cadena en los pies. Me quedé paralizada, de modo que él tuvo la oportunidad de acercarse hasta mí y darme un beso en la mejilla sin que yo alcanzara a reaccionar. Pero el calor de sus labios, o tal vez fuera su olor, tan familiar y a la vez tan extraño después de tanto tiempo, me sacó de mi ensimismamiento.

—No te atrevas a volver a besarme en tu puta vida.

Eso fue lo primero que le dije. Y, aunque apenas logré reunir un hilillo de voz, debí sonar bastante amenazante porque Alberto dio dos pasos hacia atrás sin disimular cuánto le había dolido.

—Cariño, yo...

—Ni tampoco me llames cariño —respondí. Me estaba costando un mundo, pero por fin me iba reponiendo a la sorpresa y el susto.

Alberto permaneció de pie, a una distancia prudencial, con un gesto de perrito abandonado pintado en la cara que me hizo hervir la sangre. ¿De verdad se podía tener tan poca vergüenza como para plantarse en mi casa como si nada después de lo que había ocurrido entre nosotros?

—La he dejado —anunció de pronto, y acentuó una mueca que casi se parecía a un puchero—. Quiero recuperar lo nuestro, Amalia. Lo que te decía en los mensajes es cierto... No puedo vivir sin ti.

Me tapé la cara con las manos, incapaz de seguir presenciando el espectáculo de un Alberto suplicante y arrepentido. No, lo último que necesitaba en mi vida ahora que por fin empezaba a sentirme mejor, que estaba encontrando mi sitio, era eso.

—Pues tendrás que aprender —contesté sin apartar las manos, dejando que mi voz se escapara entre las rendijas de mis dedos—. Es tarde para todo esto, Alberto.

—No me digas eso, por favor —me interrumpió e hizo el ademán de cogerme del brazo, pero se detuvo antes de rozarme—. Algo habrá que pueda hacer para que volvamos a estar como antes, Amalia. Tú solo dime qué es lo que tengo que hacer... y lo haré.

Tomé aire y levanté la vista para mirarlo a esos ojos castaños que un día llegué a amar. Pero ya no. Lo que le había dicho era cierto, era tarde para nosotros.

—¿Quieres que te diga lo que debes hacer? —pregunté.

—Por favor...

—Vuelve a Madrid y pídele perdón a esa chica —respondí, tranquila por fin. Mi lucha interior se había terminado en el preciso momento en que vi a Alberto—. No la conozco, pero dudo que se merezca que la hayas plantado con un bebé recién nacido.

—Pero yo te quiero, Amalia, sé que me he dado cuenta tarde y que me he comportado como un auténtico imbécil, pero te quiero.

—Eso ya no importa —repuse con serenidad, a pesar de que lo que decía era increíblemente doloroso—. Conmigo ya no tienes ninguna oportunidad pero, con un poco de suerte, con ella sí. Hazme caso, regresa y discúlpate. Y luego pasa el resto de tu vida cuidando de ella y del niño. Ahora son tu familia.

Me sorprendió la entereza de mi voz. Sonaba firme y segura, porque sabía que lo que decía era cierto. Aquella era la única opción válida.

Alberto no volvería a ser el hombre de mi vida. Ni el futuro padre de mis hijos. Alberto no sería nada más allá de un recuerdo doloroso. Se había desmoronado hasta la última piedra de lo que un día construimos juntos. Ya no quedaba nada a lo que aferrarse entre nosotros dos.

Debió ser tan evidente, que hasta él lo comprendió. Y se derrumbó allí mismo, delante de mí. Alberto se giró y dejó escapar un sollozo. ¿Qué sentí yo?

Nada.

En todo caso una pena honda, por él. Curioso, ¿no? Mi novio me jodía la vida y resultaba que quien me daba pena era él. Bueno, creo que ya había aclarado antes que soy completamente gilipollas, y eso lo explica todo.

Alberto se fue. Regresó a Madrid, y yo me quedé donde estaba. Pero lo hice sabiendo que era mucho más fuerte que antes. El encuentro me había servido para que mi cabeza asumiera que ciertas cosas se van para no volver. Y que eso está bien, que es así como debe ser.

—¡Está viva! —exclamó Triana al verme acercarme, tarde, a nuestra mesa de los viernes en El Portalón—. Ya empezábamos a sospechar que el semental de tu casero te la había metido tan hondo que ya nunca jamás volverías a caminar.

Laura se cubrió con la servilleta al oír semejante barbaridad convencida además de que el resto de mesas del local la habrían escuchado también, lo cual era probable.

—Mira que eres bruta —la saludé con un beso en la mejilla mientras ella me daba un pellizco en el trasero y decía algo así como que todas las pollas del local debían estar empalmadas en ese momento.

A mí me pareció que quien estaba espectacular era ella. Llevaba un vestido azul eléctrico, no demasiado ceñido, pero con un profundo escote en uve. Se había cortado las puntas de su preciosa melena pelirroja y la llevaba arreglada hacia un lado. De repente había desaparecido esa Triana apocada y taciturna que habíamos visto en los últimos meses. Nuestra Triana de siempre estaba de vuelta. Para lo bueno... y lo no tan bueno.

—Chicas, hoy tengo el presentimiento de que vamos a triunfar —anunció alegre—. Yo por si acaso me he venido sin bragas.

Sí, Triana estaba de vuelta.

Para empezar, la maldita mujer del *pichafloja* la había dejado definitivamente en paz. Después de unos meses infernales, la tortura había terminado. Volvía a respirar tranquila, a ganar casos, a no sentir ansiedad cuando entraba en los juzgados.

Su mayor enemigo había resultado ser ella misma. Y había descubierto que esa batalla sería larga, pero no imposible de ganar.

Triana resurgía de sus cenizas. Ella siempre lo hacía. Pero en esta ocasión había contado con la ayuda Ángel.

El nombre le venía que ni pintado a ese abogado con la corbata torcida y pinta de padre de familia, porque le faltaban las alas para ser uno de esos que caían del cielo. A su modo había

salvado a Triana, y eso que ella no se lo merecía. Al menos según él. Aunque, también era posible que en el fondo no pensara todo lo que decía, y es que... ¿por qué si no se había tomado tantas molestias para ayudarla?

Desde entonces, Triana no había podido quitárselo de la cabeza. En su mente revivía una y otra vez el momento en que él la había llamado niñata engreída, y cómo eso la había excitado. ¿Era posible que aquel abogado patético la pusiera cachonda?

—¿Habéis pedido ya? —pregunté mientras me sentaba en la silla que quedaba libre y hacía un esfuerzo por dejar de lado el tema de las inexistentes bragas de mi amiga. Entonces me percaté de que la copa de Irene no tenía vino, sino agua, y algo así en una noche de chicas era casi un sacrilegio—. Oye, ¿y esto?

—Es que llevo un par de semanas con el estómago revuelto y no me apetece beber, la verdad —contestó Irene encogiéndose de hombros y me pareció notar algo extraño que no supe identificar en su tono, pero no tuve tiempo de indagar más porque entonces esta agarró su bolso y sacó algo de él—. Por cierto, tengo algo para ti...

Era un pedazo de tela gris que cogí y estiré para identificarlo.

—¡Joder, son unos calzoncillos! —exclamé al darme cuenta y, sin querer (o a lo mejor sí que quería), los solté de golpe con tan mala pata que le fueron a caer a Laura, que se lio a manotazos histéricos con ellos hasta que se los quitó de encima.

—No son unos calzoncillos cualquiera, joder, son los de Unai —aclaró Irene con naturalidad, recuperándolos del suelo donde habían caído.

—¿Qué dices?!

La pregunta creo que la hicimos las tres a coro y nos quedó como si la lleváramos semanas ensayando. Irene nos relató su pequeña venganza en el probador y cómo esta estuvo a punto de torcerse. Por suerte el gran Pitu había aparecido a tiempo y, con el revuelo del momento, los calzoncillos se quedaron en su poder.

De esa pequeña aventura Irene había conseguido algo más que la ropa interior de Unai. Además había encontrado un inesperado compañero de piso. Al parecer el destino había querido que los caminos de Irene y Pitu se cruzasen, y había elegido aquella rocambolésca manera de hacerlo. Ella necesitaba ingresos extra para no perder la casa y él buscaba piso en la ciudad. Era como juntar el pan con las ganas de comer. Perfecto.

Eso significaba que, al menos de momento, los problemas financieros de Irene quedaban solucionados. Podría pagar la hipoteca, y se había prometido a sí misma que eso de amanecer en casas ajenas con desconocidos desnudos abrazados a su espalda se había terminado.

Estaba decidida a sentar la cabeza, había probado el estilo de vida Triana y definitivamente no iba con ella. Ella era una hormiguita, a partir de entonces todo volvería a la normalidad. A la suya. Para celebrarlo se había vuelto a cambiar el color del pelo, que ahora era gris plateado en *degradé* con las raíces ligeramente más oscuras. De todo lo que se había hecho hasta el momento (y no era poco), aquel look era el que más la favorecía.

Estaba radiante. ¿Qué sería eso que le brillaba en los ojos?

—No me digas que los has guardado desde entonces —dije sin dar crédito a toda aquella historia, y sin poder apartar la mirada de aquellos bóxers con el nombre de Calvin Klein escrito en la cinturilla.

—Bueno, es que estaba esperando el momento adecuado para dártelos.

—¿Acaso hay un momento adecuado para darme los calzoncillos de mi ex? —bufé.

—Joder, la una sin bragas y la otra con unos calzoncillos en el bolso... menuda noche nos

espera —se quejó Laura sirviéndose más vino.

—¿Sabéis lo que deberíamos hacer con ellos? —preguntó Triana que seguía con los calzoncillos colgando del dedo índice como si fueran una especie de bandera—. Quemarlos en la playa, como se hace en la noche de San Juan con todas las cosas malas del año que no queremos que vuelvan.

Le arranqué aquello de las manos y lo escondí debajo de la mesa justo a tiempo de que el camarero que se acercaba con nuestros platos no se diera cuenta de nada.

—Mejor nos olvidamos de hogueras por el momento —repliqué entre dientes, y me giré hacia Laura en un intento desesperado por cambiar de tema—. ¿Qué tal las cosas por casa?

Laura hundió el tenedor en la ensalada. Por su gesto no parecía que las cosas fueran demasiado bien.

—Aún no me he atrevido a preguntarle a Ismael —confesó removiendo las hojas de lechuga—. De momento solo le he dicho que necesitaba un descanso de nuestras citas con Sol y su marido, y a él le ha parecido bien. Imagino que si no le importa demasiado es porque seguirá viéndola a escondidas.

—Deberías hablarlo —contesté apoyando mi mano sobre la suya—. A lo mejor hay una explicación, algo tendrá que decir él...

—Lo haré, solo necesito hacerme el ánimo.

Nuestra Sherezade mantenía una lucha interna desde que lo que había empezado siendo una aventura excitante, un juego sexual con el que avivar su matrimonio, había acabado por convertirse en un completo desastre.

Sí, porque aquella jodida hada se estaba follando a su marido a sus espaldas. La verdad es que Laura no podía estar segura de eso pero, ¿para qué otra cosa se iban a ver si no? Y ahí estaba el problema. Ismael había perdonado su desliz con Carlos. Bueno, un desliz no fue, más bien una infidelidad en toda regla. Y ahora le tocaba el turno a ella de decidir si sería igual de magnánima que su marido o, por el contrario, sería incapaz de olvidar semejante traición.

Se debatía entre mandarlo todo a la mierda y la certeza de que su vida sería mucho más triste si Ismael no estaba incluido en ella. Tenía una difícil decisión por delante, ninguna la envidiábamos.

—Amalia, cielo, tendrás el conejo agotado, ¿no? —dijo de pronto Triana mirándome y reconduciendo la conversación hacia el tema que a ella más le interesaba—. Porque espero que no intentes hacernos creer que has llegado tarde a la cena porque estabas haciendo la colada...

¡Pillada! Había intentado ser puntual, de verdad, pero Héctor me había secuestrado en su cama más de la cuenta.

Vale, quizá no me había secuestrado. Quizá solo habíamos follado como animales (dos veces, la primera en la cama y la segunda en la ducha) y luego nos habíamos quedado abrazados hasta que perdimos la noción del tiempo.

Sí, me seguía viendo (y acostando) con Héctor. Y nos iba bien.

No se puede decir que tuviéramos una relación de pareja, pero estábamos a gusto el uno con el otro. Me parecía un hombre diferente a todos los que se habían cruzado antes en mi camino, al menos a priori, y había decidido que valía la pena detenerse a comprobar si en realidad era tan bueno como parecía.

Por supuesto que la visita de Alberto me había ayudado a dar el paso. Darme cuenta de que su recuerdo no era más que humo, sirvió para que lo disipara con una mano y así no me cegara, permitiéndome ver otras cosas que tenía delante. Como a Héctor, por ejemplo.

Héctor. Un Dios del Olimpo con la polla de un toro, así lo había descrito Triana. Yo no diría

tanto, sobre todo porque si bien es cierto que eran muchas las cosas que me gustaban de él. En realidad había otras muchas que desconocía por completo. Lo único que había sacado en claro, era que había roto con Silvia porque estaba en un momento que necesitaba estar solo. Pero eso se contradecía constantemente con su forma de tratarme y de pedirme siempre que me quedara un poco más.

A pesar de que yo me había abierto y compartido la historia de mi pasado, él seguía siendo tan reservado que apenas había conseguido sonsacarle algún detalle de su vida más allá de que su regreso a Alicante no parecía hacerlo feliz. Así que siempre me quedaba el mismo interrogante.

¿Quién era Héctor en realidad?

—Oye, ¿has vuelto a saber algo de Alberto? —se interesó Laura.

—¿Después de encontrármelo suplicante en mi portal? —Levanté una ceja y di un largo trago al mojito que nos acababa de servir el camarero—. No, y espero que siga siendo así.

—Contigo se podría hacer una telenovela turca de esas a las que se enganchó Irene —se burló Triana—. Por cierto, ¿cómo consiguió tu dirección?

—Se la dio mi compañera, Maribel —expliqué—. Al parecer se presentó por allí el sábado por la tarde, le contó que venía para darme una sorpresa, que no sabía dónde encontrarme... vamos, que le comió el tarro. Ya sabéis lo persuasivo que puede ser cuando se lo propone.

—La madre que lo... —saltó Irene.

—¿Y ahora? —interrumpió Laura.

Ahora. Menuda pregunta. Y parecía fácil. Seis letritas de nada que lo abarcaban todo.

La verdad era que no tenía ni idea de lo que haría más allá de aquella cena. Alberto y Unai formaban ya parte de mi pasado. Al menos así quería que fuera. Y si miraba hacia adelante... ¿qué veía? ¿Estaba Héctor ahí?

Era posible. Pero también lo era que aquello no fuese más que una de esas ilusiones ópticas que se ven en el desierto y hacen creer al sediento que hay agua cuando en realidad no hay más que kilómetros y kilómetros de ardiente arena. Un espejismo.

Fuera lo que fuera lo que estaba por venir, me sentía mucho más fuerte para afrontarlo que hacía unos meses. Me había caído, sí. Pero también me había levantado. Y lo había hecho con ayuda de mis chicas. Todas, cada una a su modo, me habían enseñado que las heridas acaban por cicatrizar. Y ellas sabían de lo que hablo, porque tenían las suyas propias.

Por mucho que nos empeñemos en ocultarlo, todas tenemos esas marcas en la piel... y en el alma. Yo las tenía. Y ellas también. Aunque reconocerlo a veces requiere de mucho valor, demasiado. Y no siempre es fácil encontrarlo.

Por eso nos habíamos ocultado las verdades que más duelen. Lo habíamos hecho unas a otras. Pero también a nosotras mismas. Y, desde luego, no hay peor mentira que esa.

—Pues ahora —contesté intentando no pensar más que en el presente—, vamos a empezar por brindar.

Todas agarramos nuestros mojitos, excepto Irene, que desoyó las protestas de Triana de que brindar con agua trae mala suerte.

—Brindemos porque juntas somos más fuertes. —Levanté mi copa y las miré una a una a los ojos, como se debe hacer cuando se habla con el corazón en la mano—. Porque no importa las veces que tropiece, sé que siempre os tendré a mi lado para levantarme.

Noté una ligera humedad en mis ojos y tragué para no permitir que la emoción me impidiera decir lo que sentía.

—¡Porque nos levantemos! —exclamé.

El ruido del cristal entrecrocando y mezclado con nuestras risas me pareció lo más bonito que había escuchado nunca. Y eso que aún no sabíamos que tendríamos que caernos unas cuantas veces más.

¿Seríamos de verdad capaces de levantarnos?

*Continuará...*



¡Sigue a Puta Cordura en redes!

 [INSTAGRAM](#) y [FACEBOOK](#) 

Y no olvides dejar tu comentario en

 [AMAZON](#) 

¡Haz que este libro llegue a más lector@s!





**@putacordura** en realidad es una chica un poco atolondrada y bastante despistada a la que le encanta soñar y escribir historias.

Un día decidió que eso de la estabilidad no iba con ella y dejó su trabajo de oficina para lanzarse a la aventura de ser escritora.

Ha publicado otros libros con su nombre real que han triunfado entre los lectores y ahora se atreve con el género de la novela romántica más fresca y divertida.

*Las mentiras de Amalia* es la segunda entrega de una saga que te atraparás sin que puedas (ni quieras) evitarlo...

¿Te animas a leerla?

## SINOPSIS

*¿Qué harías si un día descubres que todos los que te rodean esconden algo?*

Yo solo quería rehacer mi vida,  
olvidar la traición de mi ex y empezar de cero.

Aunque las cosas se complicaron porque nadie decía toda la verdad.

Triana no lo hacía por inseguridad.

Irene no lo hacía por soledad.

Laura no lo hacía por sexo.

¿Y yo?

Cuando en mi camino se cruzó Héctor con sus ojos grises y sus verdades a medias,  
me di cuenta de que yo también mentía...

y lo peor es que lo hacía a mí misma.

*Una historia donde los sentimientos son más fuertes que la voluntad. Una aventura en la que Amalia hará todo lo posible por volver a creer en el amor. ¿Lo conseguirá?*